

ROMAN VIAL

bndc
390.0933
V599.c
1907
v.2
AA B7309

COSTUMBRES CHILENAS

TOMO SEGUNDO

SEGUNDA EDICION

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
PRESCRITO POR LA LEI



F. BECERRA M., EDITOR
BANDERA 4.- SANTIAGO

—
1907

IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 50.



EL DIEZINUEVE DE SETIEMBRE

I

Pocas fechas habrá mas jeneralmente queridas i deseadas en Valparaiso que la del *Diezinueve de Setiembre*, porque de todas las festividades cívicas es la que mejor ha conservado con su tradicional prestijio i su culto patriótico, su carácter popular i el colorido propio de nuestras costumbres.

El verdadero aniversario nacional es, sin duda, el Dieciocho; pero el Diezinueve es como si dijéramos una parte integrante o por lo menos la corcova del gran dia, especialmente para aquellos que han suprimido la noche por no haber tenido tiempo de dormirla.

¿Qué seria el *Dieciocho* sin su corcova?

Personas hai para quienes el *Diezinueve* vale mas que el *Dieciocho*, no porque represente una unidad mas, sino por ser el dia que mejor simboliza la mas grande de nuestras conquistas,—la de la *libertad*,—i de aqui que ellas crean un

deber consagrar la suya a la patria con todo su entusiasmo i todos sus ahorros.

Nuestro pueblo, jeneralmente poco previsor i económico, ahorra, sin embargo, cuanto se lo permiten sus necesidades o sus derroches, para los dias de la patria, el *Dieziocho*, que así dicen aunque se trate del *Diezinueve*. Aquel que por desgracia no ha podido ahorrar, empeña si es necesario la camisa para tener con que pasear i triunfar sin ir a las ancas de nadie. En cambio los mas afortunados, léjos de empeñar sus prendas, las sacan o las compran nuevas, como que esos dias son los mas a propósito para el estreno i el remojo.

Así es como vemos hasta el último de nuestros rotitos salir a la calle con el concho del baul encima, o por lo ménos; encima de su mujer en forma de vestido, pañuelo, aretes i sortijas, o de su caballo en forma de montura, herraje de plata, etc.

No faltan, por supuesto, quienes economicen en otro sentido, gracias a su espíritu eminentemente conservador; estos son los que salen a lucir sus trajes de gala que desde tiempo inmemorial han venido conservando como una reliquia de un año para otro, no obstante la polilla i la moda (esta otra polilla), sin preocuparse de lo que dirán al verlos convertidos en antiguiedades o adefesios que contribuyen no poco a la pública diversion.

II

—Ande yo caliente i ríase Clemente, decia aludiendo a su marido, que asi se llamaba, una señora que en la mañana del 19 de Setiembre,—hará de esto doce o quince años,—se engalanaba con lo mejor que tenia, fuese o no de moda i viniésele bien o mal.

—Que se riese mi papá seria lo de ménos, le observó su hija algo disgustada; pero la verdad es que va a llamar la atención de todos . . .

—Es lo que yo quiero . . .

—Con ese vestido tan claro i tan corto para una señora de su edad.

—Al contrario, las niñas son las que, ahora, usan el vestido largo i con cola.

—Va a aparecer una colejiala, mamá. . . Cámbiese, por lo ménos esa manteleta que no le alcanza a cubrir la cintura.

—Por eso mismo me gusta, hija.

—Será para lucir el talle. ¡Como es tan bonito!

—Así no lo cambiaria por el tuyo ni por el de ninguna de esas muñecas que se adelgazan a fuerza de apretarse el corsé i de mortificarse el estómago.

—¡Jesús! ¿Va a ponerse ese sombrero, mamá?

—¿Qué tiene? Mi plata que me ha costado.

I doña Manuela, que tal era su nombre de pila, se encasquetaaba su sombrero de moda pasada, i, lo que era peor, impropio de sus cincuenta años por los colores encendidos i la profusion de flores, encajes i cintas que lo cubrian sin orden ni arte ninguno.

La misma profusion ostentaba en las alhajas: ademas del reloj, que pendia de una larga i gruesa cadena de reluciente oro, le colgaban de las orejas ricos aros con piedras preciosas; sobre el pecho lucia un gran prendedor con el retrato de su marido, i todos los dedos, con excepcion de los pulgares, se los habia cubierto de anillos a cual mas valioso.

Doña Manuela, que ni en su juventud se habia distinguido por la esbeltez de su cuerpo, era escasivamente gruesa i desproporcionada, mui ancha de caderas i con una barriga tan prominente, que la hacia aparecer en perpetuo embarazo, lo cual daba motivo a las burlescas felicitaciones que dirijian a su marido los mas bromistas de sus amigos.

III

Tanto mas sarcásticas eran las felicitaciones cuánto que aquél matrimonio no había sido muy fecundo. Solo poseían una hija, encantadora niña en quien tenían puestos *sus ojos* según decía, con frecuencia, doña Manuela, a pesar de faltarle el izquierdo, que llevaba seco desde la infancia.

La habían criado con todo regalo y educádola en los mejores colegios, haciendo de ella una niña superior a las de su clase. De aquí los continuos choques que tenía con sus padres, especialmente con doña Manuela, por no querer o no poder someterse a las lecciones que les daba. Esto, sin embargo, no pasaba más adelante, porque la muchacha, buena por educación y por naturaleza, comprendía todo lo que les debía y se manifestaba siempre con ellos tan reconocida como cariñosa.

A la sazón contaría unos veinte años, atesorando todas las seducciones de la edad florida y de una hermosura nada común, mucho menos con la de sus padres. Esto hacía decir a malas lenguas que esa niña no era hija suya, sino una huérfana que habían prohijado desde su venida al mundo.

Sea como quiera y sin meternos en averiguaciones, el hecho es que Clorinda llamaba la atención en todas partes, tanto por su belleza como por su aire de distinción, siendo objeto de tentación y codicia para los jóvenes (sin que esto quiera decir que no lo fuera también para los viejos), con más razón después de conocer su carácter, su modestia, su gracia natural y su trato fascinador. Sólo tenía un defecto, si tal puede considerarse, el poseer un alma ardiente y apasionada, capaz de toda resolución y sacrificio por el hombre que supiese amarla.

Ese día estaba hechicera con su vestido ligero y transparente, un elegante chal que, plegándose sobre sus brazos y cubriendo apénas sus espaldas, permitía ver todas las suaves y gra-

ciosas formas de su cuerpo; un sombrerito de fina paja amarilla que ella misma había adornado con gusto i puéstose con cierta coquetería, i un calzado no menos fino que, oprimiendo apenas el mórbido empeine de su pie pequeño, dejaba ver una flamante i lustrosa media de seda, que era todo su lujo.

IV

—Son ya las diez, dijo doña Manuela, entrando en el cuarto de su hija, i Clemente no llega.

—Estará sin duda aguardando el coche.

—Mientras tanto, será bueno que nosotras almorcemos.

—Yo no tengo ganas.

—Lo de siempre. Así es como te has puesto como una espina.

—¿Yo como una espina, mamá?

—Sí: tú no serás nunca como tu madre.

—¡Dios me libre!

—Yo no sé como se alimentan estas niñas del dia, salió diciendo entre dientes doña Manuela, dirigiéndose al comedor con los contoneos propios de los gordos i la inclinación de cabeza de los tuertos.

V

A esa hora se notaba un gran movimiento en las calles. Era un desbordamiento de gente que, a pie, a caballo, en carros i coches, carretones i otros vehículos, llevaba la misma dirección, como si se tratase de abandonar la ciudad amenazada de bombardeo o de un peligro semejante. Pero el aspecto festivo de la población con sus banderas i el no menos alegre de los viandantes, muchos de ellos llevando sus provisiones de boca i otros sus instrumentos,—el arpa i la guitarra,—eran una prueba de que se trataba de la gran fiesta o parada militar en el campo de Marte, a donde acuden ese dia por

todos los caminos i senderos que conducen a él, sin esceptuar el mar, veinte mil almas por lo ménos, unos como simples paseantes i otros en calidad de proveedores de la tropa i de la gran masa de pueblo que va dispuesta a dejar en las fondas i ventorrillos una buena parte, si no el todo, de lo que han podido ahorrar para ese dia de espansion i jolgorios.

Las familias de algunas proporciones como la de doña Manuela, alquilan un coche por todo el dia i se proveen de lo necesario para hacer once en pleno campo, casi siempre en union de los amigos i conocidos que en calidad de convidados o por casualidad, llegan a tiempo.

Desgraciadamente este paseo en plena primavera tiene dos temibles enemigos, el sol i el viento, que parecen conjurarse para descomponerlo i deslucirlo todo, desazonando a los paseantes, que no saben dónde meterse cuando la abrasa el sol o los acosan el viento i la tierra en medio de ese páramo que se llama Playa Ancha.

—¡Qué hermoso dia, mamá!, esclamó gozosa la encantadora Clorinda al ver a doña Manuela que volvia saboreándose del comedor.

—Así parece, contestó ella; pero allá será otra cosa, porque nunca falta ese condenado viento que a una casi se la vuela.

—Lo que es a tí i a mí lo dudo mucho, dijo desde la puerta la voz algo cavernosa de su marido, que en ese instante llegaba acezando.

I razon de sobra tenia para dudarlo, porque él era tan gordo como su mujer i no habria viento ni huracan que pudiese mover ese par de males.

Don Clemente se distinguia por dos signos mui sobresalientes o característicos: uno moral, la expresion bondadosa de su rostro, i otro físico, una pierna coja. Ese defecto lo tenia doña Manuela en mas estimacion que la bondad del rostro, porque cuando en medio de sus altercados, él le decia *tuerta*, ella en el acto le gritaba: *cojo!*

Por lo demas, don Clemente era tan buen esposo como pa-

dre, i cuando adquiria en sus transacciones de compra i venta de frutos del pais, que era su negocio, sabia aprovecharlo en darse gusto con su familia, sin que por eso hubiera dejado de economizar hasta formarse una regular fortuna.

—¿Están ya listas? les preguntó con la inquietud de un niño que no ve la hora de volver al paseo.

—Hace mucho tiempo, le contestó su mujer. Solo esperamos que tú almuerces.

—Yo vengo almorzado, hija.

—Con razon estaba viéndote alegre, dijo doña Manuela clavándole una mirada con el ojo bueno.

—Me encontré con don Edmundo, que me llevó al café...

—¿I no lo convidó, papá? se apresuró a preguntarle Clorinda con viveza.

—¡Cómo nó! I tenemos que aguardarlo. Pero no ha de tardar mucho.

—¡Cuándo habia de faltar! refunfuñó doña Manuela, mirando a su hija con el rabo del ojo.

—Queda un asiento en el coche, mamá, le observó ella.

—¿I qué digo yo?... Sin embargo, vamos a ir oprimidos. Ya sabes que yo i Clemente no cabemos juntos en un lado.

—Yo voi con usted, mamá, i Edmundo con mi papá al frente.

—¿I los canastos?

—En el pescante caben bien los dos, dijo don Clemente.

—Pero no toma en cuenta el peso, hombre, repuso con rabia doña Manuela.

—¡Vaya si lo he tomado en cuenta! Por eso hemos pedido un coche con tres caballos.

—Así, tambien, lo tomarán en cuenta para cobrar.

—Al contrario.

—¡Cómo al contrario!

—Por que lo ha pagado don Edmundo. Ya ves que no somos nosotros si no él quien convida... Poro no nos ocupemos de esto, vieja, sino de divertirnos, que hoi es dia de la patria.

Y su alegre i buen esposo le dió un abrazo.

—¿Me parece oír música? observó Clorinda.

—Son las tropas que vienen, dijo don Clemente, saliendo a asomarse.

Eran ellas, en efecto, que se acercaban formadas en columnas i al son de marchas marciales, en medio de una masa compacta de pueblo que obligaba a los pocos transeuntes que iban en opuesta dirección a tomar los huecos de las puertas para no ser arrastrados por tan impetuosa corriente.

VI

—Nosotros nos iremos a la retaguardia, dijo don Clemente entrando con Edmundo, después de ver desfilar las tropas . . . Manuela! . . . gritó en seguida . . . Vamos! al coche!

La señora i su hija no se hicieron esperar. Después de saludar a Edmundo, subieron al carro, sentándose en la testera doña Manuela con Clorinda i al frente don Clemente con Edmundo. Era éste un joven como de veinticuatro años, buen mozo i de porte distinguido, sin amaneramiento ni afectaciones, lo cual guardaba cierta relación con sus prendas morales, nacidas de un buen corazón que había sido educado bajo esos principios sanos i severos que forman los hombres de bien.

El cochero, que ya había colocado los canastos en el pesante, azotó los caballos, partieron éstos al galope, con gran satisfacción de don Clemente i admiración de doña Manuela, que tenía conciencia del peso de sus humanidades.

Como el coche era bastante ancho i don Clemente iba algo incómodo en los asientos del frente, cambió de lugar con su hija, quedando entonces los dos esposos juntos, quienes mostraban sus caras placenteras i sus enormes barrigas, sobre las cuales llevaban puestas sus manos como diciendo: aquí dentro llevamos encerrada la felicidad i no queremos que se nos escape.

Sin embargo, la verdadera dicha iba en los asientos delanteros representada por aquellos dos jóvenes cuyos corazones latían con violencia al choque de sus miradas o de sus cuerpos a cada sacudón o vaiven del vehículo. En esos momentos, tal vez, ellos encontraban delicioso el áspero empedrado de nuestras calles i el no menos áspero rodado de nuestros carruajes.

—Si esto sigue así, dijo doña Manuela al experimentar un fuerte balance, prefiero irme de a pie.

—Paciencia, hija, le dijo don Clemente, que ya vamos a salir de estos demonios de empedrados.

—No va a quedarme hueso bueno, Dios mío! ... Aí! aí! ... ¡Qué coche es éste que has ido a buscar! ...

—Yo he sido el culpable, señora, interrumpió Edmundo. Pero no había otro mejor.

—De modo que si no encuentran más que un carreton ...

—No es tan áspero, mamá, dijo Clorinda al notar la turbación del joven.

En ese mismo instante el coche dió un salto i se tumbó, el cochero tiró con todas sus fuerzas de las riendas de los caballos, doña Manuela dejó escapar un grito i la gente corrió hacia el carro, que había soltado una de sus ruedas delanteras.

—¡Si esto no podía concluir bien! exclamó doña Manuela bajando del coche después de Clorinda i de Edmundo, que le daba la mano.

—Al contrario, repuso riéndose don Clemente; yo creo que tiene que concluir bien por lo mismo que ha empezado mal.

—¡Cómo no se había de romper con ese pesito! dijo un roto.

—¡Véngase aquí que no le pasará nada! les gritó un carretonero que llevaba en su vehículo algunos toneles.

—El coche no quiso ser menos que el patron, dijo otro que había observado la pierna coja de don Clemente.

—Mira que lo dice por tu pierna, Clemente. ¿No hai algun policial?

—No haga caso, mamá.

—¿Se ha malogrado la pierna, patron? le preguntó otro con mucho interes al verlo cojear.

—A nadie le importa nada, le contestó colérica la señora.

En ese momento llegaba el cochero con la tuerca que se había salido i que era la única causa del accidente. Inmediatamente colocó la rueda ayudado de algunos comedidos i apretó bien la tuerca, volviendo los pasajeros a tomar sus asientos, aunque con alguna resistencia de parte de doña Manuela que quería seguir a pie.

VII

El carro volvió a partir, esta vez con mas velocidad, gracias a los latigazos que el cochero descargó rabioso sobre los caballos, como si éstos hubieran tenido la culpa de que se zafase la tuerca.

—¡Despacio, cochero! ¡Despacio! gritaba doña Manuela en medio de los zangoloteos i de los porrazos que se daba contra el cuerpo de don Clemente.

—No tenga miedo, señora, le decía Edmundo. El coche es un poco áspero, pero firme.

—Será mui firme, pero a mi me parece que no alcanzamos a llegar a Playa Ancha.

—Al contrario, le replicó don Clemente, así llegaremos mas luego.

En ese mismo instante, por desgracia, se siente una alarmante gritería, a la vez quo el cochero detiene bruscamente los caballos.

—¡Lo mató! exclamaba uno.

—¡El bruto del cochero tiene la culpa por ir a todo escape! agregaba otro.

—¡Llamen a la policía!

—¡Qué lo lleven preso!

—¡Nó! Qué respondan los pasajeros!

Miéndras tanto sacaban de entre las ruedas del carroaje a un hombre del pueblo todo revolcado, el que luego se puso en pié i colgándose de las riendas de los caballos, dijo:

—Me pagan el mote o no los dejo moverse.

—¡Sí! Qué se lo paguen! gritaban todos!

—I que le abonen, tambien el golpe!

—¡I las resultas!

—¿No lo podrá recojer? dijo doña Manuela, asomándose por la portezuela para mirar el mote que brillaba como oro esparcido por el pavimento.

—¡Bien haiga con la patrona tan gorda i tan cicateraza! exclamó el motero.

—Toma, dijo Edmundo, pasándole algun dinero, i déjanos en paz.

I, en seguida, el coche continuó su camino, esta vez con mas lentitud i sin contrariedad ninguna, hasta llegar a la subida del camino llamado Taqueadero. Allí el cochero detuvo los caballos para que respirasen un poco ántes de empezar la ascension de los empinados zig-zag del antiguo i descuidado camino.

—Aquí te quiero, escopeta, dijo don Clemente al observar la rápida pendiente de la primera vuelta.

VIII

—¿Subiremos, cochero? le preguntó doña Manuela.

—Eso es lo que vamos a ver, patroncita, le contestó él. Por los caballos no ha de quedar, porque son güenazos.

—¿No seria mas acertado que nosotros subiésemos a pié? les consultó Edmundo.

—Hagamos primero la diligencia, dijo el cochero sacudien-

do las riendas i en seguida azotando los caballos, que apénas se movieron.

—¡Qué güenazos! esclamó don Clemente.

Herido en su amor propio, el cochero volvió a prodigar los latigazos i los gritos, pero con el mismo resultado.

—Este cochero está loco, dijo uno de los que pasaban. Ali-
via el coche, hombre, agregó mirando a los pasajeros i sol-
tando la risa.

—¡Habráse visto desvergozado! esclamó doña Manuela.

—Arroja carga al agua, cochero, dijo un contramaestre de buque de guerra que subía con algunas niñas.

—No pierdan tiempo, agrego otro que iba a caballo i que se fijó en Clorinda. ¿La llevo en áncas, hijita?

Ella se sonrió, pero doña Manuela se puso a refunfuñar.

—Yo creo que será mejor apearse, dijo Edmundo.

—¿I vamos a repechar a pié toda la cuesta? preguntó doña Manuela. Para esto hubiera sido mejor no venir en coche.

—Entónces no subimos nunca, repuso Clorinda.

—Usted es capaz de subir hasta el cielo, mi almita, le dijo uno de los rotos que alcanzó a oirla. ¡Dios me la guarde!

—Aquí estamos como en berlina, señora dijo Edmundo todo azorado dirigiéndose a doña Manuela. Cada uno que pasa nos dice algo.

—Los caballos de su coche tienen la culpa, le contestó ella.

—No son los caballos, interrumpió el cochero, sino ustedes...

—¡Cómo nosotros! esclamaron casi todos a la vez.

—¡Me admirán que no se conozcan, cuando está a la vista!

Piden el coche para cuatro, cuando pesan por ocho!

—¿Sabes que tiene razon, hija? dijo don Clemente.

Entre tanto, muchos curiosos habían rodeado el carruaje, imponiéndose de lo que pasaba; i al ver la desesperacion del cochero, se propusieron ayudarlo apiegándose a las ruedas.

—A ver, pues, una manito, dijo don Clemente, i no quedaré mal con ustedes.

El cochero comenzó a azotar los caballos i ellos a impulsar las ruedas, a la vez que daban gritos atronadores para animar a los pobres brutos.

—¡Azota, cochero! Azota!

—¡Ahora! ¡Ahora!

—¡Ya vá! ¡Ya vá!

—¡Ah, caballo! caballo! caballo!

—¡Que pesada la señora!

—¡Ya sube! ¡Ya sube!

—¡Aliviane el cuerpo, patrona, con los diablos!

—¡Ah, caballo! caballo!

—¡Ya vá! ¡Ya vá!

—¡Vaya aflojando las chauchas, patron!

—¡Aguanta, que se nos viene!

—¡Cuña, cuña a las ruedas!

—¡Ahora, ahora, niños, que se nos viene!

—¡Tira, cochero! Tira!

—¡Aguanta! ¡Aguanta!

—¡Se pegó!

En efecto, el carroaje, después de retroceder un poco, volvió a quedar plantado, habiendo avanzado apénas unos cuantos metros!

—Mucho han almorzado hoy, patroncitos, dijo acezando uno de los rotos.

—¡Vaya con los cristianos pesados! exclamó otro enjugándose el sudor.

—Deben estar empecatados.

—¡A qué irá esto a Playa Ancha!

—Nada mas que a dar que hacer.

IX

Después de un breve momento el carroaje marchó sin contratiempo ninguno, porque comenzaba a bajar por el camino

que va falleando por el cerro en cuya cima se halla el convento de San Francisco.

Pero apenas empezaban a bajar, empezaban, tambien, los zangoloteos. A esto se añadia que el camino estaba mui descuidado en esa parte, obligando al coche a dar unos balances que hacian gritar a cada momento a doña Manuela.

Esto no duró mucho tiempo, por fortuna, porque la visita de Playa Ancha hizo olvidar a la señora todo peligro i sufrimiento.

Las casas, carpas i ventorrillos con su multitud de banderas de todas formas i tamaños flotando ajitadas por el fuerte viento; las tropas confundidas con la masa del pueblo i medio perdidas entre las nubes de polvo; las boces de mando i las de los venteros; los ecos de las bandas de música, de los tambores i cornetas formando un descomunal desconcierto entre sí i con los atiplados gritos, tambores i demás sonajeras de los cantos populares de fondas i ramadas; la dilatada perspectiva, en fin, de aquel cuadro animado por la mas pintoresca i bulliciosa multitud, rodeado de un lado por cerros que, como otros tantos anfiteatros, se veian coronados de gente, i del otro por la inmensidad del mar, con su seno azul como el del cielo i rompientes albas como la nieve: todo este conjunto cautivó vivamente la atencion de doña Manuela, le hizo recordar los paseos de su juventud i olvidarse completamente del coche i de su aporreada persona.

—¡Ai! esclamó dando un hondo suspiro i mirando a su esposo. ¡Cómo se pasan los años en esta vida! ¿Te acuerdas de nuestros tiempos, Clemente?

—Ese buque lleva rumbo al Callao, dijo don Clemente cambiando el de la conversacion i aludiendo a una barca que, navegando a un largo i con casi todo su velámen desplegado, rompia atrevida el mar i levantaba a cada momento grandes penachos de agua.

—¡Miren que es ocurrencia, dijo doña Manuela, irse en un dia tan grande como éste!

—Son ingleses, señora, le observó Edmundo.

—Ya irán todos mareados con esos saltos que da el buque..

I todavía no concluia de hablar, cuando el coche se precipitaba por el camino que desciende a la quebradita que sirve de deslinde a Playa Ancha, volviendo doña Manuela a dar gritos destemplados en medio de los botes i rebotes de su cuerpo i de la risa de don Clemente, que no por eso dejaba de columpiarse como su esposa.

—Esto es peor que ir a bordo, decía la señora... ¡Ai! ¡ai!... yo me bajo, Clemente, porque me voi a marear.

Afortunadamente el coche, con el impulso de la carrera, alcanzó a encimar el lado opuesto, quedando en pleno llano.

—¡Gracias a Dios! exclamó, con toda el alma, doña Manuela. Pero les aseguro que yo no me vuelvo en este coche.

—Trataremos de conseguir otro mejor, dijo Edmundo.

—En ninguno, añadió, aunque no llegue a mi casa hasta mañana.

—Como gustes, le dijo don Clemente, que parecía dispuesto a todo.

X

Miéndolas el carro avanzaba lenta i suavemente por el medio de la ajitada muchedumbre a que se había incorporado i que se movía en todos sentidos como si nadie tuviese un punto de dirección, preguntó Clorinda:

—¿I dónde vamos, papá?

—Al faro, se apresuró a contestar doña Manuela.

—¿No será mejor que nos instalemos en el cerrito del Membrillo, que domina todo el campo? observó Edmundo.

—Después, dijo la señora con el buen humor que comenzaba a dominarla, porque es preciso ir a buscar empanadas antes de que se acaben.

Doña Manuela tenía razón, porque como todo el que va a Playa Ancha ha de comer empanadas i ha de encontrarlas

esquisitas, talvez por el apetito que allí se siente, ellas se concluyen a primera hora, a pesar de que no se ve casa que no tenga su horno, en la puerta del horno la empanadera armada de un remo o canalete a guisa de pala, tras la empanadera la jente apiñada que la vuelve loca pidiéndole i arrebataéndole las empanadas.

Doña Manuela fué obedecida i sus deseos satisfechos, porque encontraron empanadas, que pasaron a comer dentro de un cuartucho en que apénas cabian don Clemente i su esposa. Sobre las empanadas se echaron sendos tragos de vino, que los puso a todos un poco alegres. Edmundo i Clorinda parecian no tener ojos sino para mirarse, así como don Clemente i su cara mitad parecian no tener boca sino para comer, engulléndose cada uno de ellos un par de empanadas, sin acordarse de que en el coche tenian un par de canastos bien provistos para hacer once.

XI

—¡Mozo! gritó al fin, don Clemente para pagar.

En esos momentos apareció un jóven acompañado de tres mas, diciendo desde la puerta:

—No me habia engañado...

—¡Oh! amigo Chamorro!

—Por la voz lo he sacado, don Clemente.

—Adelante, caballeros... Todavía es tiempo.

—Gracias, gracias, contestaron todos.

—¿No gustan?

—Ya hemos hecho lo mismo.

—Eso no impedirá que bebamos una copa por la patria.

—Eso sí, por la patria cuanto usted quiera, dijo Chamorro.

I entraron todos en el cuarto, viéndose obligados a quedar de pié i aun así apretados.

Chamorro era un farmacéutico amigo de don Clemente i su familia, de carácter bueno i afable, *liviano de sangre*,

cual suele decirse, vivo i jugueton como un niño, que andaba siempre con los bolsillos llenos de medicamentos, ya fuese para un caso de enfermedad, o ya para hacer alguna travesura. En el modo de vestirse demostraba un tanto su carácter porque llevaba el sombrero echado a un lado, la levita corta i el pantalon bombacho.

Tenia dos compañeros inseparables: el uno era *Sultan*, un perro mestizo de color ceniciente i mui lanudo, que por el pelo i por lo feo parecia mas bruto que fino, aunque no lo era tanto como lo aparentaba; i el otro *Machuca*, como él llamaba a un grueso i maciso baston de puño arqueado, el cual solia entregar a *Sultan* para que se lo llevase en el hocico, que era una de sus gracias.

—¡Por el grande aniversario nacional! esclamó al fin, invitando a beber.

Todos inclinaron reverentes la cabeza en señal de asentimiento, los vasos chocaron unos con otros, i se los llevaban a la boca cuando . . . ¡púm! sonó un cañonazo que remeció la casa como un terremoto, haciendoles a todos saltar i derramar el vino, a la vez que *Sultan* se ponía a dar tristes aullidos.

Clorinda dió un grito i trató de abrazarse de Edmundo, mientras doña Manuela no solo gritaba sino que se iba de espaldas con silla i todo, quedando por fortuna afirmada en la pared gracias a lo pequeño del cuarto, pero sin poder moverse hasta que don Clemente le dió la mano i la enderezó.

—Ai! por Dios! esclamó en medio de la hilaridad de don Clemente i de la risa que apenas podian contener los demas. Creí que estaba en el coche i que me iba quebrada abajo.

—Es el fogueo que ha empezado, dijo el farmacéutico.

—Y como hai artilleria aquí cerca . . . añadió otro de los jóvenes.

—Pero no avisar! . . . dijo doña Manuela. Vámonos, vámonos de aquí, agregó levantándose, que nos puede suceder algo peor.

Como no tenia tampoco para qué permanecer allí mas tiempo, i don Clemente deseaba ver el ejercicio de füego, no trataron de contrariar a la señora i resolvieron salir.

Despues de pagar Edmundo lo que se debia i de quedar convidados los jóvenes para ir a hacer las once en el cerrito que iban a ocupar, se subieron al coche i partieron.

XII

La invitacion no habia sido mui del agrado de Edmundo, porque, como todo enamorado, queria estar solo con su Clorinda. Pero era fácil evitar aquella compañía: no habia mas que hir a hacer las once a otra parte.

—¿Saben ustedes, dijo, que no me parece bien el punto que hemos elejido? Allí nos va a volar el viento.

—No deja de tener razon, contestó don Clemente. Estaremos allí solo un rato para ver el ejercicio i despues nos iremos a buscar un lugar mas reparadito.

—Me parece bien pensado, agregó doña Manuela, porque yo no me siento mui buena.

—¿Qué será, mamá? le preguntó Clorinda un tanto alarmada.

—Siento pesado el estómago.

—El movimiento del coche, sin duda, le observó Edmundo.

—Nó, no es eso; yo creo que ese maldito cañonazo me ha indijestado la empanada.

—Un clavo saca otro clavo, hija, le dijo don Clemente. Acerquémonos a la artilleria . . .

—Por nada de este mundo.

—Yo te apuesto que eso que tienes no depende mas que de unos cuantos cañonazos.

XIII

Despues de andar de aquí para allá durante media hora sin encontrar lo que deseaban, porque los lugares mas resguardados del viento eran el cementerio i el lazareto, i doña Manuela no queria por nada del mundo acercarse a ellos, determinaron buscar la orilla del mar hasta donde pudiese descender el coche. Este se detuvo al fin en una pequeña planicie entre el faro i el lazareto, i aunque el viento les iba en linea recta de este establecimiento, doña Manuela no paró mientes en ello, pareciéndole, al contrario, mui delicioso el lugarcito. El viento era allí mas o menos el mismo, pero no se levantaba polvo ninguno, gracias ha encontrarse el piso cubierto por un mullido alfombrado de césped adornado de olorosas florecillas.

Llegar, saltar del coche i bajar los canastos con las provisiones fué todo uno. El mantel se tendió a los piés del coche a fin de que éste los amparase un poco del viento. Y mientras doña Manuela, ayudada por don Clemente i el cochero, colocaba las gallinas fiambres, el jamon i las demas provisiones, acompañadas de sus correspondientes postres, botellas de vino, cerveza, chicha etc., cuando reconocieron a poca distancia a los jóvenes que habian convidado i a cuya cabeza venia el farmacéutico con una bandera blanca que habia hecho con su pañuelo atándolo en el baston.

—Vienen a darnos un asalto, dijo Clorinda.

—¿Cómo habran sabido donde estábamos? preguntó Edmundo.

—Yo no sé por qué, dijo la señora, a nosotros nos han de sacar siempre. Pero no importa, así estaremos mas acompañados, i en estos días uno no debe mirarse porque todos somos chilenos.

Un momento despues se reunian en medio de la mas cordial i franca alegría, con excepcion de Edmundo i Clorinda,

que no acertaban otra fraternidad que la de entre ámbos ni mas amor que el suyo, aunque los demas estuviesen ardiendo de amor a la patria.

XIV

—¿Se le pasó el dolor de estómago, señora? preguntó el farmacéutico a doña Manuela.

—Al contrario, me lo siento mas prendido, contestó ella.

—Si usted gusta, aquí ando trayendo remedios...

I comenzó a desenvolver un estuche.

—Muchas gracias, mas tarde veremos.

—¡A la mesa! ¡A la mesa! gritó en esos momentos don Clemente, quien estaba repantigado como un gran turco alrededor del mantel, que era la *mesa*, cubierto con todo el contenido de los canastos.

—No perdamos el tiempo, dijo don Clemente cojiendo con las manos una media gallina.

—Sí, sí, porque ya va siendo tarde, agregó la señora apoderándose de la otra mitad, i tenemos que ir a dar una vuelta a pié para verlo todo ántes de irnos.

—Así es como debe comerse el ave, decia don Clemente con la boca llena i desarticulando las presas.

—Déjense de tenedores, jóvenes, añadió la señora. A manos es mas cómodo i hasta mas sabroso.

—Ya lo creo, dijo el farmacéutico, porque así uno se chupa hasta los dedos, i esto es mui digestivo.

I tanto él como sus compañeros se apresuraron a imitar a la señora, porque los cubiertos no alcanzaban tampoco para todos.

—Toma tú, cochero, le dijo doña Manuela pasándole un trozo de gallina.

Pero *Sultan* se lo arrebató bruscamente de un tarascon, haciéndole dar un grito, porque creyó que le había mordido la mano.

—¡Quítaselo, cochero! esclamó cuando ya el perro iba lejos con su presa.

—Déjenlo! gritó a su turno don Clemente; mui bien que ha hecho para que otra vez lo conviden siquiera por política.

—No ha sido mas que una equivocacion, agregó Chamorro: creyó que se la pasaban a él.

—Diga mejor que su perro es mui sinvergüenza, no sea tapadera, replicó doña Manuela... Vaya, toma esta otra presa, añadió pasándosela al cochero.

—Dios se lo pague.

—Para que no suceda lo que a la venida.

—Yo no tuve la culpa. Pero no se le dé nada, patrona, porque ahora no llevaremos los canastos llenos.

—En cambio iremos nosotros mas pesados, dijo don Clemente. ¿No es verdad Manuela?

—Así es, porque yo al ménos me siento cada vez el estómago mas cargado.

—¿Se lo descargo, señora? le preguntó Chamorro sacando el estuche de medicinas.

—Voi a ver primero cómo me va con unos tragos de vino, dijo ella apoderándose de una copa.

—Que sea jeneral, agregó don Clemente cojiendo la suya.

—¿Quién tiene la palabra? preguntó Chamorro.

—Que hable *Sultan*, dijo doña Manuela. ¡Es tan habiloso el animalito!

—En efecto, no le falta mas que hablar, repuso el farmacéutico; pero yo lo haré por él, agregó cojiendo su copa.

—Toma, cochero, dijo doña Manuela pasándole una copa llena de vino.

—Yo no sé, Manuela, cómo te estoí viendo con el cochero, dijo don Clemente.

—Bebe a mi salud... Cuidado con el perro!

—*Sultan* no bebe vino, señora, repuso Chamorro con mucha seriedad.

—¿Pertenece a la sociedad de la templanza? le preguntó uno de los jóvenes.

—No lo sé, contestó el farmacéutico, pero me consta que no bebe mas que agua, salvo cuando suele encontrar quien le dé algun trago de chicha.

—Me alegra de saberlo, dijo don Clemente cojiendo una botella de chicha i vaciando en un plato una buena parte de la *baya*.

Llámennmelo, a ver si puedo alegrarlo.

Chamorro dió un silvido i *Sultan* llegó de carrera.

—Toma, *Sultan*, dijo don Clemente aproximándose el plato.

El perro lo olfateó i se puso en seguida a beber el líquido a lengüetadas en medio de la risa jeneral i del regocijo de don Clemente.

—Lo mismo que su amo, murmuró doña Manuela. No será mucho que tambien le gusten las niñas.

—De eso mas bien no hablar, dijo el farmacéutico, porque suele perdérseme semanas enteras.

—¿Con qué tambien es enamorado? exclamó don Clemente echándole mas chicha en el plato.

—Por algo ha de llamarse *Sultan*, dijo Chamorro.

—¿Cómo decia entonces, agregó doña Manuela, que no sabia si era de la sociedad de la *templanza*?

—¡Eh! . . . ¡Eh! . . . ¡A dónde se van pasando! gritó en esos momentos don Clemente.

Se dirijia a dos jóvenes que iban a caballo i quienes, al oír los gritos i reconocer a don Clemente, torcieron las riendas. Invitados a apearse, saltaron lijeros a tierra i amarraron sus caballos en la culata del coche.

XV

—Todavía es tiempo, les dijo doña Manuela.

—Gracias, señora, le contestó uno de ellos.

— Ya hemos hecho once, agregó el otro.

— Tambien nosotros las hicimos con empanadas...

— Una copa primero, interrumpió don Clemente, invitando a todos a beber. El boticario tiene la palabra.

— Ya que se me ha hecho, ese honor, dijo Chamorro alzando la copa, voi a permitirme brindar por la felicidad de Clorinda i de...

— ¡Alto ahí! le interrumpió don Clemente; este primer trago debe ser por el dia en que estamos... por la patria, por nuestros primeros padres, que nos dieron libertad...

— Alcanzo, señor, dijo uno de los jóvenes cuando aun no concluia don Clemente. Ya que se ha pronunciado aquí la palabra libertad, debemos hacer justicia a los hombres de la presente administracion... ¡Por el gran partido liberal!

— ¡Ya salieron con su politica! esclamó doña Manuela.

— Yo brindo, dijo otro de los jóvenes, por los verdaderos hombres de libertad, por el partido de oposicion.

— Pero, señores, dijo Chamorro, ¿dónde dejamos a los hombres de ideas i de principios? En nombre del partido radical, al cual tengo el honor de pertenecer, yo protesto...

— Yo tambien protesto contra este demonio, interrumpió doña Manuela descargando un puñetazo en cabeza de *Sultan*, que habia querido arrebatarle de la mano una tajada de jamon.

El perro dió un grito i saltó hacia atras, yendo a meterse desatentado por entre las patas de los caballos amarrados en la culata del coche, uno de los cuales al sentirlo se alborotó, cortó las bridadas, retrocedió un tanto i levantando a toda fuerza sus dos patas traseras arrojó al perro como pelota sobre uno de los jóvenes, quien a su vez, sin darse cabal cuenta de lo que le caia encima, lo recibia con otro bofeton, acabando de atortillar al pobre *Sultan*, que enderezó por sobre la mesa derribando i rompiendo botellas, copas, platos, etc., en medio de los gritos de los comensales i de la hilaridad de don Clemente, que se tiró de espaldas sobre el pasto para reirse mejor.

—¡Le agarró! . . . ¡Le agarró la chicha! exclamaba alborozado.

Doña Manuela se levantó disgustada, tanto mas cuanto que se sentía aun sofocada con el cañonazo que tenía adentro, según ella decía.

El farmacéutico volvió a ofrecerle con insistencia sus medios, pero ella le contestó:

—Yo creo que andando se me quitará. ¿Quién me acompaña?

—Su obediente servidor, le contestó Chamorro dirigiéndose a cojer su *Machuca* i llamando a Sultan, que se lamía una pata ligeramente herida i que no hizo caso alguno a su amo.

—Ya te las entiendo, bribón, dijo Chamorro. No quieres abandonar la mesa.

—Mas vale así, añadió la señora, porque es capaz de hacer por ahí otra barbaridad.

—¿No vas con nosotros, Clorinda?

—Espero a Edmundo.

Pero no solo la siguió él sino varios de los otros jóvenes, quedándose don Clemente con los de a caballo.

—Luego los alcanzamos, dijo don Clemente invitando a beber la última copa a los que se habían quedado con él.

Doña Manuela del brazo de Chamorro, Clorinda con Edmundo, i los demás jóvenes acompañándolos, emprendieron su paseo cerro arriba.

XVI

—Pero ¿adónde vamos con este viento, mamá? le preguntó la joven algo disgustada.

—Adonde tú quieras, hija, con tal de que no nos acerquemos a los cañones, le contestó entre los fuertes resoplidos que le hacia dar el cansancio.

—Aproximémonos a las carpas de la derecha, dijo Chamorro, que allí estaremos más reguardados del viento.

—I está . . . tambien . . . mas animado . . . dijo doña Manuela casi ahogándose i deteniéndose a respirar.

Despues de un momento volvió la señora a ponerse en marcha, siendo casi remolcada, puede decirse, por el farmacéutico, que ya iba encontrando pesada la carga.

A poco andar se encontraron metidos en un verdadero laberinto formado por las carpas, los puestos al aire libre con sus mesas bien provistas, carretones cerveceros, jente a pie confundida con la de a caballo, ciegos cantando en medio de alegres círculos, i jugadores rodeados de otra clase de aficionados provocando a los paseantes.

Al pasar doña Manuela junto a estos coros deslumbrando con sus brillantes alhajas, las miradas de los pillos se dirijian codiciosas a ella sola, como si hubiese sido una niña bonita.

—¿Oigamos cantar a este ciego? dijo la señora al verlo templar su enorme guitarron en medio de un numeroso círculo de aficionados i curiosos.

—Con tal que valga la pena de oirse, dijo Chamorro.

—A ver, añadió doña Manuela, que nos cante una cosa bonita.

—¿Cómo quiere? preguntó el ciego. ¿A lo humano o a lo divino?

—A lo divino, le contestó Chamorro pasándole algunas monedas.

El ciego empezó a tañer las innumerables cuerdas de su abultado instrumento, que producian sonidos confusos i monótonos, cantando en seguida con voz gangosa i seca los siguientes versos en medio del religioso silencio de su atento auditorio:

Llorá, corazon llorá,
Llorá si teneis por qué,
Que no es delito en un hombre
Llorar por una mujer.

—Vean todo lo que ha perdido Clemente por irse a que-

dar! esclamó doña Manuela. ¡Tanto como le gustan estas cosas a mi cojito!

Luego el ciego continuó:

Bien lloró David postrado
La culpa que cometió;
Tambien San Pedro lloró
El haber a Dios negado;
San Pablo en llanto anegado
Bien conoció su maldá;
Contrito i con humildá
Bien lloró San Juan de Dios:
¿I cómo no llorais vos?
¡Llorá, corazon, llorá! . . .

I mientras el guitarrón seguía *chingu . . . chingu . . . chingu* . . . la gente aumentaba mas i mas, viéndose doña Manuela i sus acompañantes confundidos i apretados entre la rotería.

—Vámonos, mamá, dijo Clorinda, retirándose con Edmundo a alguna distancia.

—Nó, nó, contestó doña Manuela; yo me quedo hasta lo último porque esto no debe perderse.

El elojo hizo pavonearse al ciego, quien continuó con mayor entusiasmo:

Tambien lloró San Agustín
Detestando su herejía:
Llorando de noche i dia
Ustaquio i San Juan Garin,
Pues muchos lloran al fin
Mui contritos en la fe,
Como claro bien se ve
Que por llorar santos son;
Pues pecaste sin razon,
Llorá si teneis por qué . . .

XVII

En esos momentos habia aumentado tanto el auditorio, que la señora se vió obligada a retirarse al lugar en que se hallaba su hija con Edmundo, desde donde alcanzaba a oír perfectamente al ciego, que siguió cantando:

Bien lloró con tierno llanto
Jeremía a Dios propicio;
Por la trompeta del juicio
San Jerónimo fué santo;
San Francisco lloró tanto,
Que alcanzó a tener renombre;
I por eso no te asombre
De nuestras culpas lo atroz:
Llorá, corazon, por Dios,
Que no es delito en un hombre.

Al cesar el canto, doña Manuela se sintió sorprendida por detrás con los gritos de los tahures, que parecía haberseles acercado:

—Colorá! colorá! quien tira! decian los del bolo haciendo jirar los punteros.

—La mona! la mona! gritaban otros jugando las *tres cartitas*.

Pero luego la señora volvió a contraer su atención al ciego que siguió cantando:

Cristo con vivo dolor
Cuando en la cruz espiró,
Por el hombre bien lloró
Lágrimas de corazon;
I tú, ingrato pecador,
Que viniste a ofender

De Dios el divino ser,
Llorá con dolor profundo.
Que bien sabis en el mundo.
Llorar por una mujer.

—Vamos, mamá, por Dios, que ya ha concluido, dijo Clorinda con impaciencia.

—La mona! la mona! ¡Quién me levanta la mona! continuaba gritando el de las tres cartitas, mostrando una sota que luego ocultaba i confundía con las otras dos cartas, en medio del tejido de movimientos i cambios que les hacia dar por entre sus ájiles dedos.

Doña Manuela, atraída por la curiosidad, se puso a observar el juego.

—¡La mona! la mona! repetía el tahur.
—¡A que la levanto! dijo ella.
—¡Qué va a hacer, señora! exclamó Chamorro.
—¿Está loca, mamá? agregó Clorinda.
—Por ver no mas. Es una humorada.
—¡No la priven de su gusto a la señora! ... ¡La mona! ¡Aquí está la mona! continuaba el roto, mostrándola intencionalmente.
—¡Esa es! exclamó doña Manuela desprendiéndose del brazo de Chamorro i tirando un peso sobre una de las cartas.
—¡Perdió! dijo el tahur dándola vuelta i mostrando la sota en otro lugar.
—¡Cómo ha sido eso! Me la ha trocado este pícaro, dijo ella un tanto azorada i llevándose la mano al seno para sacar mas plata.

—Así es el juego, murmuró el roto recojiendo el peso... ¡A la mona! a la mona! añadía moviendo las cartas i fijando la vista en doña Manuela.

—Vamos, mamá, volvia a repetir Clorinda.
—No se meta con esta gente, señora, agregaba el farmacéutico tratando de arrastrarla consigo.

Pero ella se resistió tenazmente, diciendo:

—Nó, yo no quiero que me hagan lesa. Déjenme desquitarme siquiera...

—¡La mona, señora! ¡Aquí está la mona! seguia miéntras tanto el pillo, dando alternativas miradas a las cartas i a doña Manuela.

—Cinco pesos a que es ésta la mona, dijo ella convulsivamente e inclinándose cuanto pudo para levantar la carta por sus propias manos.

—¡Perdió otra vez la patroncita! ¡Qué mala suerte tiene!

—¡No vale! ¡Me la ha cambiado! gritó la señora queriendo apoderarse del dinero cuando ya el tahur lo había recojido diciendo:

—Así es el juego; no es mas que la pura suerte.

—¡Sí... suerte! . .

—En algo ha de estar la intelijencia... .

—La pillería, roto sinvergüenza.

—¡Lo luego que se pica la patrona!

—Dame mi plata que me has robado... .

—¿Quién le mandó jugar? agregó uno de los gurupiés.

—¿I si me hubiera ganado? dijo el otro recojiendo las cartas.

—Devuelve su plata a la señora, le dijo Chamorro en tono imperioso.

—O me la paga tu sombrero, agregó doña Manuela arrebataéndole uno de pita que llevaba puesto.

El roto le cojió entonces el brazo, mientras otro de sus compañeros le decía:

—¡Apriétale el pescuezo a esa vieja!

Pero en el mismo instante Chamorro, enarbolando a *Manchuca*, le arrimaba un buen palo en la cabeza que lo hacia soltar a la señora, a la vez que Edmundo se iba encima del que la había insultado.

Los demás compañeros del roto salieron en su defensa, i a su vez los otros jóvenes se precipitaron sobre los tahures.

La gresca se hizo jeneral desde ese momento, lloviendo las bofetadas i los palos de Chamorro en medio de los gritos de doña Manuela i sobre todo de Clorinda, que temia por Edmundo, uno de los mas comprometidos.

Entre tanto, la jente llegaba en todas direcciones, a pié i a caballo, dando mayores proporciones al desorden, porque, sin averiguar nada, iban plegándose a los distintos bandos, segun era la clase a que pertenecian.

Doña Manuela misma se vió acometida por uno de la pandilla que, al parecer, quiso arrebatarle el sombrero de su compinche, pero que la señora no soltó por considerarlo lejítimo trofeo de guerra.

Justamente en esos instantes veia la señora con gran júbilo aproximarse a don Clemente en el coche i a los dos jóvenes de a caballo, quienes, al darse cuenta de lo que ocurría, se precipitaron por entre la masa de gente i arremetieron a caballazos i azotes contra los rotos, empezando por los que tenian acosado a Edmundo.

En cuanto a Chamorro, aunque manejaba con destreza admirable su pesado i temible *Machuca* ya defendiéndose o ya acometiendo eficazmente con él, comenzaba a flaquerar i a echar de ménos a su perro, cuya glotonería lo había retenido al rededor del mantel, cuando llegaba jadeando a la zaga del coche.

Apenas vió a su amo en pelea, dió un gruñido i se lanzó en su defensa, libertándolo pronto de sus contrarios, porque al sentirse éstos fuertemente cojidos por las piernas, daban un salto acompañado de un grito i tenian que volver cara para defenderse de tan rara como imprevista agresión.

—¡Túmele! túmele, *Sultan!* gritaba don Clemente desde el coche, animando al fiel i esforzado perro.

—Ahora sí que lo quiero i me esplico el cariño que le tiene su amo, decia doña Manuela, admirada al verlo soltar a uno i cojer a otro, introduciendo el desorden i el pánico en las filas contrarias.

Con el poderoso ausilio de los recien llegados i los gritos de *¡la policia! ¡la policia!* que luego se oyeron, porque efectivamente se acercaban algunos soldados a todo galope, los rotos se desbandaron, algunos bien *machucados* i otros con sus ropas desgarradas, confundiéndose entre la multitud.

Los jóvenes salieron tambien algo estropeados i con sus ropas descompuestas. Chamorro fué el mas desgraciado, porque dejó su sombrero de copa en poder del enemigo, el que poco despues se desquitaba de su derrota echándolo a volar por los aires, en medio de la algazara jeneral.

Sultan habia tenido la fortuna de salir ilesos, salvo uno que otro puntapié que sintió por las costillas.

En cambio, doña Manuela se hallaba ostentando la presa que habia hecho, el *guarapon*, cuando don Clemente le preguntó por la cadena que llevaba puesta, contestando ella, despues de un grito lastimero:

—Ahora me doi cuenta por qué se me allegó tanto ese que quería quitarme el sombrero: no ha sido otro sino ese pícaro... ¡Este no mas tiene la culpa! agregó arrojando el sombrero.

—No está tan malo, dijo el farmacéutico recojiéndolo... I hasta parece hecho para mi cabeza, añadió al ponérselo i ver que le quedaba bien.

La figura que presentó Chamorro con aquel sombrero hizo soltar la risa a la misma doña Manuela i sirvió para volver la tranquilidad a la pobre Clorinda, que aun estaba temblando i pálida con el susto que acababa de pasar.

—Pero no pensemos mas en esto, dijo doña Manuela resignada.

—Sí, tienes razon, hija, agregó don Clemente, i vamos andando, que ya se nos pasa la tarde.

XIX

Don Clemente se bajó del coche i los jóvenes de sus caballos, caminando todos a pie. A la cabeza iba don Clemente,

cojea que cojea, del brazo con Clorinda, en seguida los jóvenes i Edmundo, i por último Chamorro del brazo con doña Manuela, seguidos de *Sultan* i del coche.

A medida que avanzaban le era mas difícil a don Clemente seguir su camino, no por su cojera ni por los traguitos que había echado, sino porque la muchedumbre se hacia mas compacta cuanto mas se aproximaban a las fondas, a causa de hallarse las tropas en descanso. Por la misma razon era preciso ir con mucho cuidado para no ser atropellados por los carruajes o por los jinetes que cruzaban en todas direcciones, muchos de ellos *pechando* o haciendo alarde de la buena rienda de sus cabalgaduras.

Doña Manuela era la que mas alarmada se manifestaba, no solo por carecer de un ojo, sino tambien de la agilidad necesaria para los gritos i lances que, como en una plaza de toros, exijia a cada momento la situacion, no obstante la eficaz defensa de Chamorro, que con su *Machuca* se imponia a los imprudentes.

—De todas layas se anda mal en estos paseos, le decia la señora. En coche se machuca una los huesos, i a pie se espone a que se los quiebren. De buena gana me fuera.

Pero viendo que don Clemente no debia pensar como ella, porque en vez de seguir el camino principal se desviaba de él para dirijirse a una de las casas, la señora le gritó:

—¿Adónde vas, Clemente?

—Adonde va la gente, le contestó él sin detenerse ni volver siquiera la cara.

En efecto, don Clemente penetró resuelto con Clorinda por entre la apiñada concurrencia hasta desaparecer dentro de la fonda, lo mismo que Edmundo con los demás jóvenes i por último Chamorro con doña Manuela.

La jente hervia allí, sobre todo en el patio interior, que se hallaba cubierto con una lona, adornado con banderas i convertido en un salon de baile, aunque el piso por su desnivel i el polvo que se levantaba del pelado suelo no era el mas

a propósito para los danzantes. Pero el entusiasmo coreográfico de que parecían hallarse dominados lo dispensaba todo. En esos momentos hubieran sido capaces de bailar sobre puntas de bayonetas, como los equilibristas, especialmente los soldados, que, no obstante las fatigas de la marcha i del ejercicio, eran los mas ájiles i alegres, mucho mas cuando se veian animados por sus jóvenes i no ménos alegres oficiales.

La primera diligencia de don Clemente habia sido apoderarse de una buena pieza que por casualidad encontró desocupada i de donde podia verse bailar perfectamente sin esponerse a apreturas ni compromisos. Esto conformó a doña Manuela i hasta la entusiasmó cuando empezó el canto.

—¡Al fin oigo una zamacueca parecida a las de mis tiempos! exclamó. Esto siquiera se puede oír.

—I hasta bailar como Dios manda, dijo el farmacéutico echando un zapateado i dando una vuelta redonda sobre un pié.

—Bravo! bravo! gritaron los demás.

—Estas zamacuecas lo hacen bailar a uno solito, dijo en seguida echándose hacia atrás el alon del tahir.

Efectivamente, las cantoras con sus buenas voces, la expresión que daban al canto i la claridad i cierto donaire e intención con que decían los versos, formaban contraste con el atiplado i desabrido canto, o más bien berrido de las de su clase, i tenían electrizada a la concurrencia, entre la cual se veía mucha gente decente, particularmente hombres, sin que faltasen entre ellos las indispensables, esas niñas alegres de las llamadas de rango, las que contribuían poderosamente a la animación general.

La mesa del cuarto ocupado por don Clemente, su familia i amigos, se vió luego cubierta de botellas i vasos, porque él no se andaba con chiquitas ni quedándose atrás cuando se trataba de pedir, i al contrario, en eso tenía su diablo i era como quien dice el pié por donde cojeaba. Esto i los atracti-

vos de Clorinda constituijan un poderoso incentivo para los jóvenes, que se pegaban como las moscas a la miel.

—No los convide, señora, decia el farmacéutico al verlos entrar, que estos futres *se pegan* como sanguijuelas i chupan mas que una *ventosa*.

XX

Clorinda era la mas mortificada, porque los mozos no la dejaban un momento tranquila con sus requiebros i sus exigencias, a pesar de que Edmundo no la abandonaba i aprovechaba todas las ocasiones para interponerse i librarla de los importunos.

Debia haber ademas una confabulacion para *cargar la mano* a don Clemente i su esposa, desde que éstos tambien se veian incansablemente rodeados de jóvenes que, vaso en mano, los obligaban a brindar, ya por la patria (a cuya mágica palabra no podia resistir don Clemente), ya por su linda hijita (otra invocacion irresistible), o ya por la felicidad de los esposos.

El resultado fué el que debia esperarse: que luego se encontraron don Clemente i doña Manuela en el colmo de la alegría formando coro con la entusiasmada i bulliciosa juventud que los rodeaba.

Cuando Edmundo i Clorinda quisieron hacerle algunas observaciones, era ya tarde; ámbos se echaron a reir.

—¿Hemos venido a hacer penitencia? dijo don Clemente. ¿Qué te parece hija?

¡Era lo que faltaba! esclamó ella. De aquí a mañana nos recoje Dios . . . Dime, ¿quién no se entusiasma con esa zamacueca? agregó al oír la que empezaban a tocar. ¡A bailar jóvenes! . . .

Hasta mí me están dando ganas.

—¡Bravo! ¡Viva la señora! gritaron los mozos en medio de ruidosos palmoteos.

—Aquí estoi yo, dijo uno de ellos, como me acompañe la señorita Clorinda.

—Yo no puedo . . . de ningun modo . . . se apresuró a contestar la joven.

—Hágalo por el dia que es, hijita, le dijo don Clemente.

—¿En este lugar tan público, señor? observó Edmundo.

—¡Vaya! ¡Cuando nosotros hemos bailado tanto por aquí! dijo doña Manuela. ¿No es verdad, Clemente?

—Pero se opone ese caballero, agregó con cierto retintín uno de los jóvenes, aludiendo a Edmundo.

—Aunque se oponga, dijo algo disgustada la señora.

—I no es porque no la sepa, agregó don Clemente.

—¡Vaya si la baila bien! esclamó su esposa. Como que fué lo primero que le enseñé cuando era chiquita.

—¡Que baile! ¡que baile! gritaron todos entonces.

Clorinda estaba encendida, confusa i vacilante.

—Si ella no quiere, allá voi yo dijo doña Manuela.

I se puso de pié en medio de los aplausos jenerales, incluyos los de don Clemente, que parecia tambien dispuesto a hacer pareja a su esposa.

Clorinda se levantó entonces i comenzó a arreglarse el vestido en medio de los aplausos de los jóvenes. Uno de ellos se apresuró a darle la mano para sacarla; pero en el acto Edmundo, interponiéndose, dijo;

—Nó; usted dispense; va a bailar conmigo.

I dando el brazo a la joven, salió de la pieza, i en pos de ellos todos los demás.

Al notar esto los del patio prorrumpieron en aplausos i vivas, abriendo camino para que pasase la interesante pareja.

Chamorro se acercó a las cantoras i les pidió una zamacueca que el mismo les entonó. Luego ellas se secretearon, afinaron sus instrumentos i por fin empezaron a tocar.

Fuese por la favorable acojida del concurso o verse acompañada de Edmundo, lo cierto es que Clorinda había cambiado de fisonomía: estaba risueña, afable, dando a cada momen-

to dulces miradas a su compañero, quien, por su parte, se sentía tambien mas dispuesto a los goces del baile.

Por fin se oyó el primer verso i los dos jóvenes comenzaron a bailar en medio de la animacion jeneral, que luego se convirtió en entusiasmo i por último en delirio. Clorinda cautivó todas las atenciones i las simpatías con su hermosura i jenitileza.

Terminado el primer pié, estallaron los aplausos i llovieron las felicitaciones con los vasos de licor que todos se apresuraron a pasarles.

Don Clemente i su esposa no cabian de orgullo i de gozo por la admiracion que habia despertado su graciosa hija.

Los jóvenes, por su parte, se aprontaban para el *capote*: todos querian bailar con ella.

Al farmacéutico le faltaban las manos i boca para animar el baile, al que de por sí era aficionado, dando gritos que descollaban en medio del canto i acompañamiento de los espectadores.

Las cantoras conocieron luego, por las ardientes miradas que se dirijian, que aquellos dos jóvenes se amaban, i empezaron a cantar los maliciosos versos siguientes:

No sea tan descarado,
Hijito, para mirarme,
Porque mi madre no deja
Un momento de catearme.

Si la vieja supiera
Cuánto te quiero,
Me mataria a palos
Con el plumero.

Con el plumero, mi alma,
I es bien sabido,
Porque ya varias veces
Me ha sucedido.
Ciento tondondoré,
Al otro pié.

XXI

Muchos se precipitaron en seguida a reemplazar a Edmundo en el otro pié; pero él tomó del brazo a Clorinda i se retiraron, dando ella excusas que en cualquiera otra ocasión habrían sido irresistibles.

Viendo don Clemente que insistían los jóvenes i que su hija se veía hasta cierto punto comprometida, corrió a sacar una niña para bailar él, distraiendo esto la atención del concurso, sobre todo al ver que don Clemente, además de ser excesivamente gordo, cojeaba también excesivamente de una pierna.

No solo estallaron los aplausos, sino que se formó una grande algazara.

Regularmente los gordos i los cojos son muy livianos para el baile, i con mayor razón debía serlo don Clemente, gordo i cojo a la vez. En efecto, desde los primeros momentos dió pruebas de su extraordinaria agilidad, porque saltaba i jiraba como un cuspe, en medio de la hilaridad i de los bravos de la concurrencia, al son de los versos siguientes:

Una niña embarazada
Estuvo ayer con antojo:
Pedia la zamacueca
Bailada por algun cojo,
Si la niña lo viera,
No abortaría,
Porque el cojo la baila...
¡Ave María!
A su niña el cojito
¡Quién lo pensara!
Con la patita coja
Le hace las guaras.
Ciento tondondoré,
Una, dos, tres.

— ¡Cojo es! gritó Chamorro. ¿Por qué lo ha de negar?

— Ahora me toca a mí, dijo doña Manuela presentándose a don Clemente, que apénas podía respirar de cansado.

— ¿Cómo es eso? le preguntó él. ¿Me dejas en un pié? ¡Lo que es verlo cojo a uno! . . .

I en seguida se acercó a las cantoras con un vaso que acababan de pasarle, hablando con ellas algunas palabras por lo bajo. A su vez se secretaron las cantoras, sin duda para ponérse de acuerdo en los versos, porque luego se les oyó empezar así la zamacueca:

Si no me casa mi madre
En la semana que viene
Le prendo fuego a la casa
I le quemo cuanto tiene.
I no me case madre,
 Con hombre tuerto,
Que parece que duerme
 I está despierto.
I está despierto, sí,
 I esto es tan cierto,
Como sacarse un ojo
 I quedar tuerto.
Ciento tondondorito,
 Los dos solitos.

Los versos por una parte i los danzantes por la otra habían despertado grande interés en los espectadores, quienes se apresuraron a gritar:

— ¡De cinco tres!

— ¡Al otro pié!

Pero doña Manuela se había disgustado por las indirectas, dirigiendo palabras un tanto duras a las cantoras, quienes a su vez le contestaron con otras no menos blandas, lo cual dió por resultado que la señora se les fué encima i se armó una

de manotadas i arañazos, teniendo que intervenir los hombres, entre ellos don Clemente, que dijo a su esposa dándole un abrazo.

—No se enoje mi *chuechita*.

—¿Tambien tú?

—Yo he tenido la culpa de todo. Dígame a mi cojo hasta mañana hijita.

Entre tanto, las cantoras estaban desesperadas, no contra doña Manuela, sino con una comezon que les habia entrado repentinamente en el pescuezo.

—Algo nos han echado, decia una, rascándose a dos manos.

—¡No saber quien ha sido ese facineroso! agregaba la otra — desnudándose el cuello para poder rascarse mejor.

—Ese has sido tú, bribon, dijo por lo bajo al farmacéutico uno de sus amigos.

—Era el mejor medio de concluir con la gresca i de divertirnos un poco. ¡Míralas cómo se rascan i cómo reniegan!

XXII

En esos momentos se sintió un grande alboroto, en medio de gritos i golpes, dentro de la pieza a donde se habian dirigido Edmundo con Clorinda seguidos de algunos de los demás jóvenes.

Chamorro, don Clemente i doña Manuela corrieron en el acto a ver lo que sucedia, pudiendo penetrar solo el primero, porque todos los de adentro, con excepcion de la joven, que se habia trepado sobre una banca i no cesaba de dar gritos agudos, estaban asidos unos con otros dándose de bofetadas.

Sin embargo, don Clemente i su esposa insistieron en abrirse paso, consiguiendo al fin penetrar en medio de aquella confusa i bulliciosa batahola.

—¡Mi hija! ¡mi hija! gritaba atrabilada la señora atravesando por entre los combatientes.

—¡Orden! ¡Orden, que estamos en *Dieziocho!* ¡Todos somos chilenos! gritaba por su parte don Clemente precipitándose sobre los mas furiosos, entre los cuales se hallaba Edmundo.

Pero nadie parecía hacer caso de los gritos, continuando la gresca cada vez mas encarnizada. Las botellas i los vasos rodaban por la mesa i por el suelo derramando el contenido que les quedaba.

Don Clemente i doña Manuela, no obstante su peso, andaban de un lado para otro, a veces a punto de caer, con los fuertes choques que recibian.

El farmacéutico, que al entrar recordó con pena que su *Machuca* lo había dejado sobre la mesa cuando salió a ver bailar, no solo se vió privado de su arma, sino que al tomar parte en la lid lo sentía caer sobre su cabeza, aunque sin hacerle mucho daño a causa de que la misma estrechez en que se hallaban no permitía blandir bien el bastón.

—¡Bribon! le decía Chamorro. ¡Me pegas con mi mismo palo!

I pescándoselo de la punta, comenzó a forcejear hasta que se lo hubo quitado, devolviéndole en seguida el garrotazo, que afortunadamente se embotó en el *tarro* de su contendor.

Sultan había querido entrar varias veces al cuarto en defensa de su amo, pero sin conseguirlo, porque los curiosos agolpados en la puerta lo rechazaban a puntapiés. Desesperado al fin, saltó sobre una ventana, de donde lo desalojaron mas pronto, cojiéndolo por la cola i tirándolo abajo. Tuvo, pues, que limitarse a andar de un lado para otro ajitado i jimiendo, atrayéndole cada jemido un nuevo golpe de los que se hallaban mas próximos i que no sabían explicarse la desesperación del perro.

XXIII

Estaba la riña en lo mejor, sin pronunciarse por uno ni por otro bando, cuando se vió aparecer, o mas bien, precipitarse por la puerta del cuarto un desconocido algo canoso, de aspecto grave i formas atléticas, quien se abrió paso a fuerza de puños, tirando a uno i otro lado a cuantos se le interponían, incluso don Clemente, que fué a dar por un rincón en medio de los gritos de doña Manuela i de la sorpresa que le había causado la vista del desconocido.

El propósito de éste era sin duda salvar a Edmundo de la crítica situación en que se hallaba, porque luego se le vió ponerse de su lado i, repartiendo golpes a diestro i siniestro, hizo retroceder a los principales agresores con sus puños de fierro, imponiendo respeto a los demás.

La actitud i sorpresa del desconocido por una parte, i los gritos de doña Manuela i de Clorinda por la otra, consiguieron al fin restablecer el orden i luego la calma.

—¡Armisticio! esclamó el farmacéutico sacando su estuche. ¡Hai que curar los heridos!

I miéntras los unos se daban explicaciones i los otros se restañaban la sangre o se acomodaban sus ropas desgarradas, Chamorro empezó sus curaciones con tela emplástica, árnica i otros de los medicamentos de que andaba provisto.

Clorinda había comenzado ya a limpiar con su propio pañuelo la sangre que vertía de la boca de Edmundo a causa de una pequeña rotura del labio.

Felizmente no había heridos de gravedad: todo se reducía a ojos mas o menos hinchados, sangre de narices, arañazos, contusiones, ropas despedazadas i sombreros apabullados.

El oríjen de la gresca es fácil explicárselo despues de lo que se había bebido i de la negativa de Edmundo a que bailese Clorinda con uno de los jóvenes. Dándose éste por ofendido, le pidió explicaciones; Edmundo se las negó, se acalo-

raron, intervinieron los demas, se complicó mas la situacion, i por último se fueron a las manos.

XXIV

Lo que no se esplica es la intervencion del estraño personaje que con tanta decision como eficacia habia ido en ayuda de Edmundo. ¿Quién era ese desconocido? ¿De dónde habia salido? ¿Por qué se tomaba tanto interes por el jóven? Estas preguntas se las hacian todos, ménos don Clemente i doña Manuela, que parecian conocerlo i hasta temerlo, cuando se le vió salir de la pieza conversando con Edmundo.

—Necesito hablar con usted ahora mismo, le dijo.

—Estoi a sus órdenes, le contestó el jóven siguiéndolo i mirándolo con cierta estrañeza por el tono grave que daba a sus palabras.

A medida que se alejaban a un lugar sin testigos, dijo a Edmundo el misterioso personaje:

—Segun he podido observarlo hace tiempo, usted ama a esa jóven.

Edmundo recibió una nueva sorpresa, sobre todo al oirle decir: *hace tiempo*.

—No desconfíe usted de mí, prosiguió con mas familiaridad al notar la turbacion de Edmundo.

—En efecto, la amo, le contestó él con una entereza que demostraba la sinceridad de su confesion.

—¿I se casaria usted con ella?

Edmundo le dió una mirada que parecia decir.

—¿I a usted qué le importa todo esto?

—Comprendo su estrañeza, . . . es natural . . . le dijo el desconocido.

—¿Puedo saber con quién tengo el honor? . . .

—Se lo diré a usted si me promete una entrevista en mi casa.

—Cuando usted guste.

—Mañana mismo.

—Convenido.

—Aquí está mi tarjeta.

I sacando un lápiz de oro escribió el nombre i número de la calle.

—Todo lo que por ahora puedo decirle, agregó pasándole la tarjeta, es que no soi para ustedes un estraño.

La palabra *ustedes* llamó la atencion de Edmundo, quien, fijándose mas detenidamente en las facciones de su interlocutor i creyendo encontrar en ellas cierta semejanza con las de Clorinda, esclamó para sí con cierto fundamento:

—¡Si será su padre!

—Adios, jóven; hasta mañana, i cuide usted mucho a Clorinda, apretándole la mano i partiendo en seguida.

XXV

Cuando Edmundo regresaba a la pieza preocupado con la inesperada entrevista que acababa de tener i con la convenida para el dia siguiente, vió con satisfaccion que sus adversarios se ausentaban.

Chamorro, despues de curarlos, les había pedido por toda recompensa su partida para evitar un nuevo encuentro, pues ya no podria prestarles sus servicios porque había agotado los remedios. A esto se agregaron las súplicas de la encantadora Clorinda, que fueron irresistibles.

Como la hora era ya avanzada i los ánimos tambien se habian enfriado, sobre todo los de los dos esposos con la inesperada aparicion del desconocido, resolvieron la partida de regreso apénas vieron llegar a Edmundo.

Grandes masas de paseantes tomaban la retirada, repartiéndose por los diversos caminos i formando cordones que parecian interminables.

XXVI

Al ir don Clemente con su familia a tomar posesion de su coche, se encontró con que el cochero estaba hecho una cuba.

En vano lo removieron para que despertase: no pudo ni abrir los ojos.

—Mas vale así, dijo doña Manuela, porque esto nos obligará a irnos a pie. ¡Sabe Dios lo que nos hubiera pasado!

—Tienes razon, hija, agregó don Clemente dándole el brazo.

Edmundo se apresuró a hacer lo mismo con Clorinda, ántes de que cayese en poder de algun comedido, acelerando el paso para tomar alguna distancia i conversar a solas con ella. Pero anduvo largo trecho sin hablarla mas que de cosas insustanciales i a veces hasta incoherentes, demostrando así que algo serio tenia ocupada su imajinacion.

Sin saber cómo se habian adelantado mucho, segun pudieron notarlo al oir una voz lejana, la del farmacéutico, que levantando el baston les daba la voz de *alto* para que los esperasen, porque don Clemente i su esposa marchaban con una lentitud que estaba mui léjos de parecerse a la ajilidad que habian desplegado en la zamacueca.

Edmundo se apartó un poco del camino i se sentó con Clorinda en una piedra que apénas ofrecia lugar para los dos.

—Aquí estamos como en el coche, observó él al sentir el contacto de la jóven.

—Pero los cojines son mui duros, dijo ella.

—En cambio ¡qué hermosa vista!

—¡Qué preciosa tarde!

En efecto, el viento habia calmado completamente, viéndose a lo léjos las banderas de las fondas flameando lánguidamente a impulsos de una tenue brisa del Este. El sol comenza a ocultar sus rayos en el mar, i el horizonte tomaba esos

irisados colores, tan variados como caprichosos en sus formas i combinaciones, que cautivan siempre la atencion por lo mismo que ofrecen cada dia un nuevo i grandioso espectáculo.

Vivamente impresionados los jóvenes enamorados, se entregaron a su contemplacion hasta que el sol, despojándose de su manto de púrpura i oro para dejarlo esparcido hecho jirones por el cielo, desapareció completamente.

—¡Hasta mañana, Su Majestad! exclamó Edmundo entusiasmado, poniéndose de pié i saludando solemnemente con su sombrero al astro Rei.

I daba el brazo a Clorinda para continuar su camino, cuando vió que le contestaban el saludo cariñosamente desde un coche que pasaba en esos momentos, creyendo sin duda que había sido dirigido a él.

—¿No es el mismo? se apresuró a preguntar Clorinda.

—Sí, el que acudió en mi socorro. ¿Tú le conoces?

—Nó. ¿I tú?

—Tampoco.

—Sin embargo, creo que es el mismo que he visto muchas veces.

—¿Dónde?

—En todas partes... I siempre me mira con interes...

—Es bien raro.

—Recuerdo ahora que cuando iba al colejo solia detenerme en el camino para hacerme caricias.

—No sé si me equivoque, pero tengo una sospecha, Clorinda.

—¿Cuál?

—Ese caballero no es extraño para tí...

—¿Qué quieres decir?

—Sus facciones, sus ojos sobre todo... Luego su interes... i lo que acabas de revelarme...

—Es decir que tú crees...

—Que es tu padre.

Clorinda no contestó una palabra i quedóse pensativa por algunos instantes.

—Nó, no puede ser, dijo al fin.

—¿I por qué lo dudas?

—Porque si realmente fuese mi padre, se habría portado de otra manera conmigo. ¿Qué le he hecho yo?

I algo como una nube de indignación mezclada de orgullo cruzó por la fisonomía de la joven.

—Pues yo juraría que es tu padre, dijo Edmundo con convicción. Ese aire de familia que no me engaña. Pero mañana lo sabré.

—¿Cómo?

—Tengo con él una entrevista.

—¡No me lo habías dicho! exclamó la joven entre agraviadísima i sorprendida por aquella noticia.

XXVII

En esos momentos iban a comenzar el descenso del cerro para caer a los almacenes fiscales i creyeron prudente detenerse para unirse con los demás.

Como el jentío que bajaba era inmenso, i la alegría propia del día que se celebraba, se corría riesgo, sobre todo en las vueltas, de ser atropellado por los jinetes que corrían cuesta abajo a toda rienda.

Los jóvenes se hicieron a un lado del camino, en donde no tardaron mucho en reunírse los dos esposos con sus fieles compañeros.

Chamorro, que era como el director o maestro de ceremonias de la partida, hizo ver los peligros que podía correr la familia bajando a esa hora por el medio de los carruajes i los jinetes. Lo más acertado era pasar algunos momentos a la fonda alemana de Villaseca, que estaba a pocos pasos, en el recodo de la primera vuelta.

—Convenido, dijo don Clemente apresurando el paso, i echaremos allí unos tragos de la buena cerveza de Valdivia.

—Lo que yo quiero es sentarme un rato, dijo doña Manuela, porque ya no puedo mas de los piés.

XXVIII

Desgraciadamente al llegar se vieron que todos los departamento de la casa estaban atestados de una bulliciosa multitud de gente de diversas nacionalidades, en su mayor parte alemanes, que habian ido en busca de la cerveza de Valdivia, como a Playa Ancha se va en demanda de las empanadas.

Aquello era una especie de Babel, porque se hablaba i hasta se cantaba en todos los idiomas. Solo habia una uniformidad, los vasos, que eran todos de cerveza.

No quedaba otro remedio que instalarse en el patio, bajo el emparrado; pero allí las mesas se hallaban todas ocupadas, i no era posible tampoco permanecer de pie. Afortunadamente algunos alemanes, de quienes, dicho sea de paso, era muy conocido i estimado don Clemente, con motivo de las relaciones mercantiles que tenia con ellos en las ventas de harina que les hacia para el pan, o de la cebada para la cerveza, se apresuraron a ofrecerle amablemente su puesto, acomodándose ellos como pudieron en otra mesa ocupada por paisanos suyos.

Don Clemente pidió cerveza en seguida, que llegó pronto, llenándose los vasos con el espumoso, cristalino i fresco líquido. Inútil es decir que le encontraron delicioso despues de la caminata i de las agitaciones del dia, en particular don Clemente i su esposa, que habian hecho un esfuerzo supremo para llegar hasta allí por sus propios piés.

Despues del trago don Clemente sintió apetito, segun dijo, i se dirijió al interior de la fonda en busca de pan negro o de centeno, a que era muy aficionado. No bien se hubo asomado al salon principal i reconocido a muchos de los alemanes que

lo llenaban casi completamente, unos con el vaso en la mano, otros comiendo i casi todos hablando i fumando, lo cual producia una espesa humareda, don Clemente, que, como aficionado a todo lo aleman, tenia la costumbre de hablar en ese idioma a su manera, gritó desde la puerta:

—*Vy geht's!*

De todas las bocas se escapó una exclamación de sorpresa i de placer, corriendo a la vez al encuentro de don Clemente, unos dándole la mano, otros abrazándolo, i casi todos invitándolo a beber cerveza.

—¡Ton Clemente!

—¿Cómo fá, ton Clemente?

—¿Te tonte fiene, ton Clemente?

—¿Está puena la pata coca, ton Clemente?

—Un trajo ton Clemente.

En fin, no se oía mas que el nombre de don Clemente pronunciado por todos los labios, hasta que exclamó uno de los mas entusiastas:

—¡Fifa ton Clemente!

—¡Fifaaa!! repitieron a una todos los alemanes.

Mientras tanto él se veía obligado a beber un vaso tras otro de los que se le presentaban, hasta que, no pudiendo aguantar mas, lo rechazó exclamando:

—Yag! yag!

—¡Señogues! gritó uno de los amigos de don Clemente, pepamos esta copa...

—Es vaso, le interrumpió el cojo.

—Bien: pepamos este fasó pog nuestro amigo i pog Chile, este pello país que nos printa hospitalitat.

—¡Hurrah! gritaron todos alzando sus vasos.

—Ahora me toca mí, dijo don Clemente.

—¡Que lo tiga en nuestro idioma!

—Sí! sí! en aleman.

I en el acto don Clemente, simulando los sonidos guturales i las ásperas articulaciones de aquel idioma, comenzó a pro-

nunciar un bríndis que ni el diablo que lo entendiera, pero que hacia reventar de risa a los alemanes.

XXIX

Así trascurria el tiempo, i viendo doña Manuela que se venia encima la noche, pensó en don Clemente i encargó a Edmundo que fuese a buscarlo; pero Edmundo no volvió. Entónces fué Chamorro, i no volvió tampoco. A su vez salieron los demas jóvenes, i tambien se quedaron.

—¿Se quieren burlar de nosotras? dijo doña Manuela.

—Los habrán sujetado, le observó Clorinda.

—A ver si me sujetan a mí, le contestó ella levantándose.

Clorinda siguió tras su mamá, porque no era posible que se quedase sola.

Al llegar a la puerta del salon se detuvieron sorprendidas con el espectáculo que se presentó a su vista. Todos los alemanes cantaban el *vaterland*, incluso don Clemente, que, vaso en mano, hacia desollar su voz desde el centro en que se hallaba colocado, cantando con un entusiasmo que le hacía sudar a mares.

Los emisarios de doña Manuela estaban entretenidos en presencia de aquel cuadro, cuya figura principal era don Clemente.

—Míralo! míralo! esclamó asombrada doña Manuela.

Los alemanes al oirla se fijaron en ella i su hija, corriendo en tropel hacia la puerta; pero la señora, que no queria quedarse como los demas, se escapó seguida de Clorinda, mientras sus perseguidores gritaban:

—Señoga! Señoga!

—Señoguita!

—¡Espégase mamita!

La señora, léjos de esperarse, no paró hasta el mismo camino. Allí se le reunieron luego Edmundo i los demas jóvenes

ménos don Clemente, quien parecia haberse olvidado de que tenia familia.

—Nos vamos, les dijo doña Manuela al verlos.

—Pero mi papá, observó Clorinda.

—Allá se las avenga: que se vaya con sus *paisanos*.

I la señora se echó a andar; pero a los pocos pasos dijo deteniéndose:

—¡No le vaya a suceder algo! . . .

En esos momentos volvió a oirse el canto de los alemanes i la voz de don Clemente, quien parecia empezar de nuevo i con mas ganas.

—Es una lesura esperarlo, dijo doña Manuela. Nos vamos... I por mas resolucion que hacia para marcharse, no podia salir del lugar en que se hallaba.

—¡Qué hacemos! esclamó al fin toda angustiada... I ya estan tarde... .

—Tenemos que aguardarlo, mamá. ¡Cómo lo dejamos así!

—Es verdad; i se va a poner peor con el canto. ¡Pero vean por donde le ha chiflado!

—A ver si yo consigo hacerlo salir, dijo el farmacéutico llevándose la mano a uno de los bolsillos de la levita i dirigiéndose al salon.

XXX

Poco rato despues i cuando todavía no terminaba el canto, comenzaron a oirse algunos estornudos, que pronto se hicieron generales, formando un coro mui distinto, cuya música no se sujetaba a compas ni a regla alguna del arte.

Don Clemente fué el primero en romper estrepitosamente con la nueva música, diciendo:

—Esto me sucede... *aaaschi!*... cada i cuando bebo... *aaaschi!*...

Pero notando luego que los demas empezaban a hacer lo mismo agregó:

—Sí, hágame burla no mas... *aaaschi!*...

—¡Qué temonio es esto! exclamó uno de los alemanes... *aaaas...* Mozo!... *aaaschi!*...

—¡Qué parparitat!.. exclamó otro. Yo tampien... *aaas...* *aaaschi!*...

—Esto ha sido una priponada... *aaaschi!*.. Apran las fentanas... *aaaas...*

Luego comenzaron a salir todos del salon, porque el romadizo jeneral iba en aumento, al extremo de no dejarlos ya ni hablar.

Don Clemente no tardó mucho en salir tambien a estornudos, cayendo en poder de su esposa, quien tomándolo del brazo le dijo:

—¡Vaya, hombre! no paraste hasta agarrar el constipado.

—Ya sabes, hija, le contestó él, que siempre me pasa lo mismo... ¿Qué será bueno para esto, amigo Chamorro?

—Recojerte a su casa, le contestó el farmacéutico.

XXXI

Sin perder mas tiempo empezaron a bajar el camino, por donde a esa hora ya no se veia mas que uno que otro bulto medio perdido en la oscuridad de la noche i con la cabeza mas perdida aun con la oscuridad de la embriaguez.

Eran las ocho de la noche cuando la familia de don Clemente llegaba a su casa. Edmundo fué el primero en despedirse de ella a fin de dar el ejemplo a los demas, que hicieron otro tanto.

Don Clemente los invitaba con insistencia a que se quedasen a comer; pero nadie aceptó, porque vieron que Clorinda estaba avergonzada con el estado de su padre, por mas que él decia a cada momento:

—En estos dias todo es permitido, hasta curarse.

Habia terminado, pues, el paseo del Diecinueve. Por muchas peripecias tuvieron que pasar, pero salieron bien de to-

das ellas. Lo único que preocupaba a doña Manuela i su hija,—porque don Clemente no se hallaba en estado de pensar,—era la aparicion del desconocido, aunque no fuese tal para la señora, como lo demostró su misma sorpresa al verlo; pero ámbas se cuidaron mui bien de promover el asunto de comunicarse sus impresiones, bajo cuyo dominio se durmieron aquella noche.

XXXII

El siguiente dia encontró a Clorinda poseida de grande ansiedad i zozobra por lo que Edmundo le había comunicado el dia anterior, aunque solo a medias. ¿Qué resultaría de la entrevista? ¿Sería realmente su padre aquel desconocido que tanto se le parecía?

Su inquietud aumentaba a medida que trascurrian las horas sin saberse siquiera de Edmundo. Llegó la noche, i éste no parecía; lo que era tanto mas extraño, cuanto que el enamorado jóven no dejaba pasar un dia sin ir a verla una o mas veces.

XXXIII

Serian las nueve de la noche cuando Clorinda oyó que llamaban a la puerta. Corrió ella misma a abrir, porque en los golpes había reconocido, con instinto de enamorada, la mano de su Edmundo. Era él, en efecto, que esta vez llegaba, contra su costumbre de amante celoso, acompañado de otra persona, el desconocido de la víspera.

La jóven sintió grande emocion, porque el corazon le decia que se trataba de su porvenir, de vida o muerte para ella, que amaba a Edmundo, con toda la vehemencia de un alma pura, noble i apasionada. Así fué que los recibió temblando i toda turbada. Su atencion se concentraba en Edmundo, en cuya fisonomía quería leer lo que para ella era todavía un arcano; pero la fisonomía del jóven no decia na-

da, o mas bien, decia mucho, revestida como estaba de toda la gravedad de la situacion, aunque sin dejar traslucir otra cosa.

—Llámenos a sus padres, Clorinda, que necesitamos hablar a solas con ellos, se apresuró a decir Edmundo cuando todavía no tomaban asiento en el salon.

La joven obedeció sin vacilar.

XXXIV

Momentos despues entraban don Clemente i su esposa, manifestándose sobresaltados a la vista del desconocido.

—Señor... se anticipó a decir o a balbucear don Clemente; usted nos habrá dispensado...

—No vengo a hacerles cargo ninguno, le interrumpió él en tono algo grave. Eso sería ya tarde.

—¡Cómo tarde! esclamó alarmada doña Manuela.

—Porque ahora no se trata del presente ni del pasado de Clorinda, sino de su porvenir...

—Comprendo, dijo don Clemente, quien había adivinado de lo que se trataba, i yo seré el primero en celebrar su enlace con este jóven.

—Me alegra. Pero no es eso solo: deben ausentarse en seguida de Valparaiso...

—¿Por mucho tiempo? preguntó con ansiedad doña Manuela.

—Para siempre.

La señora dió un grito i luego soltó el llanto. El mismo don Clemente no pudo ocultar su pena, dejando escapar algunas lágrimas.

—¿I adonde se irán? preguntó doña Manuela.

—Lo mas lejos posible.

—Eso no puede ser...

—Solo bajo esta condicion reconoceré a Clorinda como hija mia i la haré mi única heredera.

—Tambien es suyo todo lo que nosotros poseemos, dijo don Clemente.

—¿I quién le dará una madre? agregó doña Manuela acen-tuando la palabra *madre* i dirigiendo una provocativa mira-da al desconocido.

—Yo no he venido a entrar en estas cuestiones, contestó él algo disgustado. ¿Aceptan o nó mi proposicion?

—¡Yo jamas! dijo resueltamente doña Manuela.

—¡Ni yo! agregó don Clemente con la misma enerjia.

El desconocido se levantó con un ímpetu que demostró su despecho.

—¿Pero no es usted su padre? le preguntó Edmundo.

¡Nó!... contestó irreflexivamente doña Manuela.

—¡Cállate!... le interrumpió su marido. ¿Qué vas a hacer?...

—A decir la verdad ántes que me lleven a mi hija.

—¿Es así como me pagan? dijo con amargura el desconocido, fijando en ellos una mirada acusadora i terrible.

—¡Es cierto!... ¡Todo se lo debemos a usted, señor! escla-mó don Clemente. Pero de qué nos va a servir cuanto nos ha dado si ahora nos quiere arrebatar a nuestra hija?

—Todo lo que nosotros pedimos, agregó doña Manuela, es estar a su lado, verla a cada momento, cuidarla, servirla... ¿No nos admitirá usted así, don Edmundo?

—¡Ai! esclamó el jóven; ¡cuanto siento haber sido la causa de este pesar!

—Tambien lo siento yo, agregó el desconocido en tono mas bondadoso. Pero ¿qué hacemos?

—Si es por mí, dijo Edmundo, yo solo ambiciono la pose-sion de Clorinda i renuncio a su herencia paterna. Me basta-ria con saber quiénes son sus padres.

—Ya he dicho que yo...

—¿I su madre?

—No puedo... eso es imposible.

—¿I ella? preguntó Edmundo. ¿No tomamos para nada en cuenta la voluntad de Clorinda?

XXXV

—Mi voluntad es la tuya, dijo la jóven entrando despues de haberlo oido todo desde una de las puertas que estaba solo a medio entornar. Yo no tengo mas que éstos a quienes les debo su cariño, que es para mí la mayor de las riquezas.

Doña Manuela, sin poder contenerse, la abrazó con efusion, derramando copiosas lágrimas de ternura, miéntras don Clemente sollozaba como un niño.

El presunto padre de Clorinda iba a retirarse, contrariado i conmovido a la vez, cuando lo detuvo doña Manuela i le dijo:

—Reconózcala como su hija, señor, que nosotros la seguiremos hasta el fin del mundo si es preciso, ya que ella no nos niega su cariño.

—Tanto mejor, le contestó él, porque esto vendrá a colmar mis deseos. Yo no me atreveria a imponerles ese sacrificio. Pero ya que ustedes la aman tanto...

—¡Sí, sí! lo venderemos todo, dijo don Clemente con resolucion. ¿No le parece bien, don Edmundo?

—¿I por qué? le interrumpió Clorinda indignada. ¿Acaso yo necesito ni quiero una riqueza que se me ofrece bajo condiciones humillantes i a la cual, segun parece, no tengo ningun derecho? Si usted no me dice quiénes son mis padres, añadió dirigiéndose al desconocido, puede disponer de su herencia sin tomarme para nada en cuenta.

—Está bien, repuso él con resentimiento. Creo haber hecho por tu felicidad cuanto me aconsejaba el deber i me lo permitia el honor.

—Nó, eso no podemos negarlo, dijo don Clemente dirijién-

dose a su hija. Todo lo que eres i lo que somos nosotros se lo debemos a este caballero. No seamos ingratos con él.

—Admita, hija, esta nueva prueba de su jenerosidad, agregó doña Manuela, aunque nosotros seamos desgraciados... El ha hecho mas que si te hubiese dado el ser...

—¡Quién es entonces mi padre! exclamó Clorinda desesperada.

—Murió, le contestó el desconocido.

—¿I mi madre?

—Es un secreto...

—Pero usted ¿quién es?... ¡Ah! comprendo... ¿No dices, Edmundo, que tiene mis mismas facciones, mis propios ojos i hasta mi carácter?... Nó, nó; usted no es, no puede ser un estraño para mí... I ahora recuerdo sus caricias desde mi infancia, i el atractivo que tenía para mí... que tiene aun, porque el corazon me dice... i esas lágrimas... Usted es...

—¡Tu tio! nada mas que tu tio! exclamó él profundamente conmovido.

—Es decir...

—Que todo lo he revelado i sacrificado a tu cariño, alma buena i jenerosa.

—Luego mi madre es...

—Mi hermana!

I despues del silencio que en todos impuso esta revelacion, aunque no lo era para don Clemente i su esposa, agregó:

—Pero que nadie lo sepa, por Dios! Mi hermana vive en perpetua inquietud con la semejanza que con ella va tomando esta niña a medida que se hace mas mujer. No han faltado quienes se lo hayan dicho ya, aun en presencia de su marido, viéndome yo obligado a declararme su padre para desvanecer toda sospecha.

—¡Su hermana es casada! exclamó Edmundo sorprendido.

—Luego, se apresuró a decir Clorinda, yo soi hija... I no se atrevió a concluir.

—Nó, nó, dijo doña Manuela; tú no eres hija adúltera. Yo lo sé mui bien, porque...

—Sea como quiera, la interrumpió Edmundo al ver un tanto triste a Clorinda. Tú no eres responsable de faltas ajenas.

—Fué una desgracia i nada mas, dijo el desconocido... Mi hermana era entonces mui jóven...

—Terminemos de una vez, volvió a interrumpir Edmundo con impaciencia.

—Sé todo lo que vales, hija mía, continuó su tío, i que eres digna de ser, mas que mi sobrina, mi propia hija. Dame este placer... Yo no tengo descendientes... Acéptame como padre...

—Pero a condicion de que sea despues de estos pobres viejos, que ocupan el primer lugar en mi corazon... ¿Qué harian ellos sin mí?... Yo no podria tampoco abandonarlos, porque me moriría...

I llorando se abrazó de su madre, como si ya tratasesen de separarla de ella.

—Esto, hija mía, te hace mas grande a mis ojos, le dijo su tío con ternura paternal i colmóndola de caricias.

XXXVI

Dos meses mas tarde el indisoluble lazo unia a los dos jóvenes, que seguian amándose cada dia con mas pasion. Clorinda había sido reconocida como hija lejítima ante la lei por el que solo era su tío carnal. Treinta mil pesos fué el regalo de bodas de su padre i padrino a la vez.

—Me alegra de que hayas reconocido al fin a tu hija, le había dicho su cuñado al saberlo. Ya no te morirás sin haber saldado esa cuenta de tu alegre juventud.

Pocos dias despues, conforme a lo convenido i para evitar toda indiscrecion que pudiese perturbar la tranquilidad de la verdadera madre de Clorinda, los novios partieron para el

Perú con sus padres adoptivos, quienes habian realizado todos sus negocios.

Desde entonces aquella familia no ha vuelto a Valparaiso, i la madre de Clorinda vive en la mas completa tranquilidad, mucho mas sabiendo por las cartas dirijidas a su hermano que su hija es mui feliz con Edmundo.

Don Clemente suele escribir tambien al farmacéutico, que hoi es todo un hombre casado i con hijos, preguntándole por sus amigos alemanes, que echa mucho de menos i le hacen gran falta para practicar el idioma, del que se ha olvidado del todo.

Doña Manuela, que no se ha atrevido a hacer un viaje a Chile por no apartarse de sus nietecitos, aun no puede conformarse con ver pasar los *Diezichos* fuera de su patria, i dice que seria capaz de dar *un ojo de la cara*,—el único bueno que tiene,—por hallarse un Diezinove en Playa Ancha i bailar una zamacueca así viejecita i flacucha como está.





UN CONVIDADO CONVIDA A CIENTO

I

Ignoro si en otras partes se da a este proverbio una aplicación tan vasta i vigorosa como en Chile. Aquí es de observancia jeneral, i hasta puede decirse, hablando en términos jurídicos, que tiene fuerza de lei. ¡Ya quisieran las leyes merecer igual acatamiento!

Un convidado, cualquiera que sea la clase a que pertenezca, se cree con perfecto derecho de convidar a su vez, si no al centenar del hiperbólico proverbio, por lo menos el número que esté en proporción con la importancia de la fiesta i las exigencias de los interesados, los que, dicho sea de paso, nunca faltan en tratándose de divertirse a costilla ajena o de comer i beber al mismo precio.

Primero faltarán los convidados verdaderos, que dejar de

asistir los falsos. ¡Faltar ellos! Al contrario, son los que sobran. I esto se esplica hasta cierto punto. Como el convidado lejítimo estaria en su derecho asistiendo: por eso mismo le dan ganas de faltar, i falta con frecuencia. Al reves, el que no ha sido convidado se desvive por asistir, i asiste por lo mismo que no tiene derecho. Así es la humanidad, como los niños, una pura contradiccion.

II

Esto que parece nimio i sin consecuencia, da lugar, sin embargo, a verdaderos conflictos, mucho mas si para abusar se cuenta con la benevolencia de los dueños de casa. ¿I quién no sabe que es benévolos por escelencia un dueño de casa que da convites?

No obstante esta proverbial, invariable e infalible benevolencia, todos saben que en los convites quedan siempre mal los dueños de casa, unas veces por largos i otras por cortos. Si hubo mucho, porque fué mucho, i si hubo poco, porque fué poco.

—¡Qué lástima de plata tan mal empleada! exclaman en el primer caso.

—Para que despues nadie se los agradezca, dice otro condolido.

—I todavía salgan hablando agrega un tercero.

—¡Cuándo faltan los habladores! exclama otro murmurador.

En el segundo caso dicen disgustados:

—¡Tener cara de convidar para esto!

—¡A qué se meterán a camisa de once varas!

—¡Si se habrán imaginado que uno no tiene qué comer en su casa!

—¡Pero a qué diablos convidarán tanta gente! exclama por último uno que no ha sido convidado.

Es preciso, pues, saber colocarse en el justo medio, i aun

así dicen que la cosa anduvo *mui medida*, que estuvieron como a racion, que salió ras con ras.

I póngase usted a hacer cálculos, cuando el mismo que convida no puede saber el número de sus convidados, no diremos con exactitud, que eso es imposible, pero ni aun sobre poco mas o méños.

III

Este era el gran inconveniente con que tropezaban don Hilario i su esposa doña Tomasa cada vez que iban a tener una diversion entre amigos i conocidos, o sea una tertulia de confianza, como se dice en el dia.

Este matrimonio no carecia de comodidades ni de recursos para darse esos ratos de espansion dentro del hogar i dentro de los límites del decoro que correspondia a dos esposos que si bien un tanto aficionados a la alegre sociabilidad, sabian respetar los años que pesaban sobre ellos. pues don Hilario tenia sus 56 i doña Tomasa unos 50, aunque representaba apénas 40, gracias a sus prolijos cuidados.

Don Hilario era lo que se llama un buen hombre: bondadoso, amable i condescendiente hasta la debilidad. Doña Tomasa, por el contrario, sin dejar de poseer un buen corazon, era lijera, levantisca i arriscada. Sobre todo, no admitia réplicas ni observaciones, acostumbrada como estaba a que don Hilario le diese siempre la razon aun cuando no la tuviese.

En este matrimonio estaban cambiados los papeles; pero así i todo se avenian perfectamente i se querian, a su manera, como dos esposos jóvenes i enamorados. Es verdad que esto no era mas que el resultado de la buena pasta de don Hilario, que se amoldaba a todas las exigencias i caprichos de su Tomasa.

IV

Habiendo cumplido 25 años de casados, iban a celebrar sus bodas de plata. Se hicieron los preparativos del caso i se convidó «a un té» a todos los amigos i amigas de la casa.

Es sabido que la modestia de la jeneracion presente llega hasta llamar simplemente *té* una cena o un banquete con su correspondiente baile. Esto tambien viene de la importancia que han ido tomando los mentados *tées*, que suele ser el pretesto para comer i beber de todo. Así es que cuando se convida a un *té*, lo menos que se tiene presente es el *té* mismo, i sí mucho los helados i los dulces, el pavo, el jamon, los buenos licores i cuanto se ha inventado para esos felices momentos i para una buena indigestion.

V

Por ese estilo iba a ser el *té* de don Hilario, o mas propiamente, de doña Tomasa, porque ella era la cabeza visible i don Hilario no figuraba, no hacia papel, no hacia nada, como no fuese dar gusto a su esposa i decir amen en todo, lo que, bien examinado, no es poco hacer.

La señora era quién lo había previsto i preparado todo, desde la mesa hasta las invitaciones, que ella misma se tomó el trabajo de hacer en persona para que no hubiese agravias entre sus amigas ni tuviesen pretesto alguno de disculpa.

Don Hilario, i esto a instancias de su esposa, se reservó únicamente el derecho de convidar a los amigos de su intimidad, entre ellos algunos jóvenes que eran indispensables para el baile i para dar conversacion a las niñas.

— Espero que no faltes esta noche, Anjelito, había dicho a uno de ellos, i búscate por ahí algunos buenos muchachos, porque temo que nos falten jóvenes.

— Pierda cuidado, don Hilario, le contestó Anjelito, aun-

que siento que me lo haya venido a decir tan tarde, el mismo dia.

—Los hombres no necesitan de aviso mui anticipado. Eso es bueno para las niñas, que emplean tanto perendengue.

—Me parece que tambien los hombres necesitan . . .

—El tiempo que les hemos dado para hacerse la barba i lustrar los zapatos.

VI

Anjelito se sintió satisfecho de la comision que se le encendaba, i desde ese momento se echó a hacer el *rodeo* de amigos a propósito para el objeto,—bailar,—i que quisieran hacerle el gran favor de sacarlo de tan sório compromiso.

Entre tanto, por todas partes se hablaba, como de una noticia de sensacion i con los comentarios del caso, sobre la fiesta que daba doña Tomasa para celebrar sus bodas de plata. Esto, naturalmente, despertaba mayor interes por asistir, i hasta se habria pagado de mui buena gana la entrada, si ello hubiera sido posible. No iba a ser, pues, tarea mui difícil la de Anjelito, sobre todo con la precaucion que habia tomado de convidar algunos mas de los necesarios en prevision de los que pudieran faltar.

VII

A las nueve de la noche, hora en que comenzaban a llegar los convidados, estaba la casa de don Hilario con todos sus mecheros de gas prendidos i abiertos a plena llave. La sala, aunque no mui espaciosa, parecia convidar al baile. La pieza de fumar i la de refrescos con sus botellas i sus copas de transparente cristal avivaban la sed, por poca aficion que huiese a beber.

El comedor, que era el mas vasto departamento, como se habia improvisado en el patio interior de la casa, el cual es-

taba cubierto con un techo de vidrio i dominado por las galerías del segundo piso, se encontraba ya con su mesa arreglada i abundantemente provista, esperando solo el momento del ataque o del zafarrancho.

Don Hilario recibia a sus convidados desde la entrada con su bondad acostumbrada i con su cara de perpétua felicidad.

Doña Tomasa, de gran *toilette*, agitada i nerviosa, se movia de un lado para otro atendiendo i mandándolo todo i haciendo los honores de dueña de casa.

VIII

Pero el tiempo corria i llegaban mui pocos convidados. Inquieta por esto doña Tomasa, se dirijo a la puerta i dijo a don Hilario con cierta impaciencia.

—Veo que están demorando mucho.

—Ya sabes, hija, le observó su esposo, que nadie quiere ser de los primeros.

—Fíjate que son mas de las nueve.

—No importa. Como esta no es retreta . . .

—Ya empezastes con tus salidas . . . ¿Te acordaste de convocar jóvenes?

—Sí, hija. Cómo habia de olvidárseme. ¡A no ser que se les olvide a ellos!

—Esas serian disculpas tuyas, porque a ellos no se les puede olvidar.

—Dices bien, i ya verás como no faltan.

A pesar de esto, doña Tomasa se volvió a la sala algo preocupada. Se sentó, conversó un rato maquinalmente con los que le dirigian la palabra i luego volvió a acercarse a la puerta, diciendo:

—¿No vienen, Hilario?

—Todavía no, hija; pero ya vendrán.

—¿I si no vienen?

— ¿Qué le hemos de hacer?

— ¡Me gusta tu pachorra! Ya estoí por creer que no te has acordado... Hasta aquí no llegan mas que mis amigas. I lo peor es que no hai jóvenes con quienes bailar.

— No han de tardar mucho. Sin duda están arreglándose.

— ¿Hasta estas horas? Lo que no hacen las niñas.

— Las niñas ya no se arreglan tanto como los niños, hija.

— En eso tienes razon, dijo doña Tomasa volviéndose a la sala un poco mas tranquila i hasta cierto punto halagada como mujer por el pullazo de don Hilario contra los presumidos hombres.

IX

Apénas doña Tomasa había vuelto la espalda, cuando don Hilario veia acercarse un grupo de media docena de jóvenes que llegaban charlando alegremente, con todo el buen humor de los que se dirijen a una fiesta que promete mucho i que no les cuesta nada.

A don Hilario se le volvió el alma al cuerpo i comenzó a frotarse las manos, porque esto ya le quitaba un gran peso de encima, el cual no era tan mortificante para él por la falta que pudieran hacer los jóvenes, como por los continuos cargos que le hacia su implacable esposa.

Despues del saludo jeneral, dos de los convidados presentaron a otros dos que no lo eran i que don Hilario recibió con tanta mayor complacencia, cuanto que veia una probabilidad mas de que no faltarian jóvenes.

Al presentarse en la sala fueron recibidos con igual cariño por doña Tomasa, lo mismo que por las niñas, quienes al fin empezaban a ver compañeros i por consiguiente, mui próximo el primer baile.

En efecto, pronto se hizo oir el preludio de una cuadrilla, que difundió por toda la sala la alegría i el movimiento, sa-

liendo los jóvenes en el acto a elejir sus parejas i ajitándose hasta las señoras mayores en su afan de arreglar a sus hijas esponjándoles los trajes, sobre todo en la *parte* por donde se descompone al sentarse.

Se asomaba don Hilario a ver bailar, cuando siente el rumor de una familia que llega, i corre a su encuentro.

Es una mamá con dos hijas i dos jóvenes.

—Señor don Hilario, se apresura a decir la señora después del saludo; le presento a estos amiguitos que nos hemos tomado la libertad de convidar.

—Mui bien que ha hecho, i le agradezco la oportunidad que me ofrece de conocer a estos caballeros . . .

—¡Adelante! . . . Como en su casa, amiguitos . . .

I don Hilario quedó por segunda vez frotándose las manos. A su vez, doña Tomasa los recibió con la cara llena de risa, como que el baile había comenzado a dar animacion a la fiesta i prometía una noche deliciosa.

La alegría de don Hilario sube de punto al ver acercarse mas convidados. Se conoce que ha llegado la hora. No parece sino que se pusieran de acuerdo para dejarse caer . . . Una! dos! tres familias! . . . Manos le faltan al buen señor para alargárselas a los recien llegados. Ademas, vienen cuatro jóvenes, convidados respectivamente por las familias. I esto se esplica, porque no es posible que las niñas se espongan—¡qué dirian de ellas!—a no tener quién las saque a bailar ni quién les cante al oido cuando no bailan.

—Adelante! adelante! exclama don Hilario alborozado i queriendo ahorrar tiempo en las presentaciones.

Con placer ve doña Tomasa que su sala se llena de convidados. Hilario tenia razon. ¡Cuántos jóvenes i cuántas niñas! ¡I qué de felicitaciones por su aniversario, especialmente de parte de los amables jóvenes! No puede negarse que en esos momentos es cuando se conoce todo el aprecio i el cariño que se tiene por los dueños de casa, a pesar de que muchos los ven por la primera vez en su vida. ¡Oh poder

misterioso de las simpatías! Es verdad que al dia siguiente ya suelen enfriarse i perder toda su virtud.

X

A las diez de la noche la casa de doña Tomasa se hallaba llena de gente, con gran satisfaccion de la señora i de don Hilario. Los bailes se sucedian sin interrupcion en medio de la alegría jeneral. Todo era animacion, entusiasmo i cordialidad. De buena gana se hubieran abrazado unos a otros para colmo de dicha tan suprema.

La fiesta no podia haber empezado mejor. No faltaban ya jóvenes para las niñas, ni niñas para los jóvenes. Lo que comenzaba a faltar era espacio i aire para tanta gente.

Don Hilario creyó al fin llegada la hora de abandonar la puerta, porque no era cosa de llevarse allí de planton toda la noche para esperar a unos pocos rezagados. Pero apénas se habia sentado con un platillo de helados en la mano, cuando se le acercó doña Tomasa i le dijo a media voz:

—Ya seria bueno, Hilario, que no llegase mas gente.

—Lo mismo me estaba pareciendo a mí, hija, le contestó él con la boca llena de helados.

—Yo creo que se te ha pasado la mano . . .

—No, hija, es que están mui quemantes.

—Para convidar, quiero decirte.

—¡Ah! . . . Pero, si no me engaño, hace poco me hacias cargos de todo lo contrario.

—Déjate de reconvenciones i toma tus medidas.

—Eres tú la que me reconviene, hija, i sin la menor razon. ¿Qué he de hacer yo si un convidado convida a otro?

—Uno, pase; pero ya van tantos! En fin, si tú no haces nada, yo iré a ponerme en la puerta.

I dando un respingo, se retiró abanicándose.

—Iré allá! dijo resignado don Hilario, dejando el platillo i

levantándose un poquito disgustado: ¡I cómo vengan a meterse sin ser convidados! . . .

No tuvo mucho que esperar don Hilario para desquitarse cumpliendo lo que había prometido. Tres jóvenes llegaron a la puerta, apresurándose uno de ellos a presentar a sus dos amigos.

—Hace tiempo que estos caballeros, señor don Hilario, tenían vivísimos deseos de conocerlo i ofrecerle su amistad . . .

—¡Tanto honor! exclamó don Hilario casi fuera de si i alargándoles la mano.

—Usted nos dispensará la confianza que nos hemos tomado, dijo uno de los presentados.

—No hai de qué, señores . . . Adelante!

I en efecto, pasaron inmediatamente a guardar sus sombreros i abrigos.

Entre tanto don Hilario veía con sobresalto aproximarse otro grupo. Era una familia. Esta vez se adelantó la señora mayor i le dijo:

—En un tris ha estado que no viniésemos.

—¡Qué lástima hubiera sido! ¿I por qué señora?

—Porque se le antojó enfermarse a Rufino, i si no es por estos jóvenes que se han tomado la molestia de acompañarnos . . .

—¡Cuánta bondad! . . .

—Tengo el honor de presentárselos . . .

—Para mí ha sido, señora . . . Mucho gusto de conocerlos, caballeros . . . Adelante! . . .

Doña Tomasa, naturalmente, se disgustaba mas a medida que veía llegar convidados, porque en la sala estaban que ya no podían darse vuelta. Alarmada salió al fin i le dijo a don Hilario:

—Por lo visto no has dejado perro i gato a quienes no has convidado.

—¿Yó, mujer?

—Sí, tú, porque no he sido yo quien ha ido a buscar a todos esos futres.

—Ni siquiera los conozco, hija; en mi vida los he visto.

—Razon de mas para que no los admitieras.

Pero cómo, si me son presentados en toda regla.

—En toda regla se les despiega; se les dice que dispensen, que no hai lugar, en fin, cualquier cosa... ¡Yo habia de estar en tu lugar!... Palabras no faltan...

—¡Lo que es a ella le sobran! murmuró don Hilario mientras doña Tomasa se volvia a la sala.

XI

Despues de todo, no dejaba de encontrarle razon a su mujer, porque ya era demasiado abusar. I si mas tarde habia de echarse a perder la fiesta, pasando quién sabe por qué bochornos, mejor era ponerse tieso desde luego. Se persuadió mas de esto al recordar que todavía faltaban los convidados suyos, o sea los de Anjelito, pues yéndole mui mal no apearian de una docena.

En eso pensaba cuando vió llegar dos jóvenes a quienes no conocia.

—¡Qué pájaros serán éstos! se dijo don Hilario poniéndose en guardia.

—¿Ha llegado Anjelito, señor? preguntó uno de ellos.

—Todavía nô... ¿Se les ofrecia algo?

—Nos ha hecho el honor de convidarnos...

—Ah! es verdad!... Entónces ustedes son...

—Sí, señor, nosotros somos...

—Vaya, por ser ustedes... Adelante!

En pos de los dos jóvenes llegaron cinco mas, dos de ellos invitados por Anjelito, siendo los otros convidados por los convidados.

—Aquí te quiero escopeta, se dijo don Hilario proponié-

dose darles una buena lección, i luego añadió en voz alta i antes de que los jóvenes dijesen una palabra:—¿A quienes tengo el honor de saludar?

—Ya traigo el santo i seña, dijo uno de ellos, que era oficial de ejército i parecía tener el don de la palabra.

—¿El santo, repitió don Hilario? Aquí no se celebra ningún santo, caballero.

—Comprendo... Usted, que no es del arma, ignora sin duda lo que es el santo; pero yo se lo voi a explicar en dos palabras, si usted me lo permite i se digna escucharme un momento...

—Hable usted cuánto guste.

—Allá voi: Anjelito... este es el santo, me habló, o más bien nos habló en nombre de un amable señor don Hilario...

—Un servidor...

—Esta es la seña.

—¿Yo, seña?

—Para el caso es lo mismo... ya suponía yo que usted era por las señas...

—¿Otra vez las señas?

—I en verdad que a primera vista he simpatizado con usted. ¡Cuánto gusto de conocerlo!...

—Del mismo modo.

—Tiene en mí un amigo i servidor, i cuanto se le ofrezca, aunque nada valgo...

—No diga usted eso.

—I reciba usted mis más ardientes felicitaciones, como las de mis amigos, unos buenos muchachos, que ya tendrá usted ocasión de tratar cuando en confianza...

—Adelante, caballeros.

—Cuando en confianza, decía, estemos departiendo al rededor de la mesa...

—Adelante!

—Brindando por sus bodas de oro...

—Nó, de plata no mas... Adelante! adelante!

I el oficial entró en la casa, sin dejar de hablar, a la cabeza de su compañía.

—Ai! respiró don Hilario al verse libre. Me ha dejado mareado, i si como habla va a comer i a beber... Dios lo ampare!

XII

Casi es inútil decir que con todo esto doña Tomasa estaba que echaba chispas. ¿Qué iban a hacer con tanta gente? ¿En dónde meterla? Asientos ya no había ni para las niñas, al menos en la sala. Los hombres formaban grupos en las puertas, en los pasadizos, por todas partes. Los bailes eran casi peleados, porque apénas concluía uno, se precipitaban los comprometidos i formaban tantas parejas, que al fin ninguno bailaba, porque no es bailar eso de ir envueltos i arrastrados por un torbellino de gente que se opriime, se estruja, se pisa, se da de codazos i rodillazos, se estropea i se machuca por todos lados. I esto respirando apénas, sudando el quilo i con la lengua casi de fuera. Tales son los bailes ¡oh delicia! que tanto se disputan los jóvenes i por los que se mueren las niñas!

XIII

Ha llegado la media noche i siguen apareciendo convidados. Don Hilario ya no se atreve a rechazar a nadie, por mas que su esposa le dirige cada mirada que lo hace temblar. El pobre señor se ha convencido de que no tiene carácter.

Por fin se le acerca doña Tomasa i le dice:

—¡Hasta cuando Hilario!

—Eso es lo mismo que digo yo: ¡hasta cuando!

—Pero no haces nada de tu parte santo varon. Todo se vuelve: ¡adelante!

—I quéquieres que haga, por el amor de Dios!

- Plantarte en tus trece.
- ¡Qué trece! Si ya van mas de cien!
- Yo no veo mas remedio que cerrar la puerta.
- La golpean, hija, i entonces tenemos el trabajo de abrirla.
- Pero qué hacemos, hombre! ¿No se te ocurre nada?
- Déjalo no mas a mi cuidado: ya no voi a ser mas leso.
- Con esta promesa doña Tomasa se vuelve a la sala un poco mas tranquila,
- No tardan mucho en llegar varios jóvenes.
- ¡Oh, señor don Hilario! esclama uno de ellos. Usted nos dispensará por la demora.
- En efecto, han llegado tarde, demasiado tarde . . .
- No importa.
- ¡Cómo que no importa! . . . Mire para adentro . . .
- En efecto . . . ¡es una maravilla! ¡qué animacion!
- La casa está materialmente llena de gente . . .
- Así es como deben ser los bailes . . .
- Pero ustedes comprenderán . . .
- Sí comprendemos su satisfaccion. Usted debe estar que no cabe de gozo con tantos amigos que han venido a felicitarlo.
- Cuéntenos usted en ese número, agregó otro.
- Gracias.
- Aunque tarde, no hemos querido privarnos del placer de darle nuestros parabienes.
- Muchísimas gracias, señor! esclama don Hilario deshaciéndose en cumplimientos.
- I que la Providencia, señor don Hilario, agregó otro, le reserve un dia mas feliz que éste, el de las bodas de oro . . .
- Gracias, gracias, repetía don Hilario enternecido i con las lágrimas a punto de saltársele . . . No se detengan señores . . . ¡Adelante! . . . La casa es chica . . .
- Pero la voluntad es grande, ya lo sabemos, i luego nosotros los hombres cabemos en cualquier parte.

I miéntras se alejaban los jóvenes, se quedó diciendo don Hilario:

—Está visto que yo no he de saber decir nunca nō, i que nadie tampoco ha de darse por entendido de mis indirectas. Será, pues, necesario hablar claro, ya que así lo quieren.

Todavía estaba afilándose don Hilario cuando creyó oír la voz de Anjelito destacándose de otras muchas.

—¡Miren a la hora que se aparece ese condenado! exclamó... I parece que no viene solo,

En efecto, dándose los aires de triunfador, Anjelito precedía a ocho jóvenes que a última hora había recogido de café en café i entre copa i copa.

—¡Jesucristo! exclamó don Hilario. ¡Si trae un batallón!

—¿He cumplido? fué la primera palabra de Anjelito... Bastante que me ha costado... Siento mucho no haber podido traer mas.

Como don Hilario no despegase los labios, medio aturdido como estaba, dijo con rabia uno de los convidados, que parecía el mas alegre:

—Vamos, hombre! A qué has venido a meternos aquí! ¿No ves que este señor nos está diciendo clarito que no entremos?

—Ni por pienso, se apresuró a decir don Hilario, volviendo en sí. Al contrario, caballeros...

—¡Me gusta! dijo Anjelito. ¿No los he convidado en nombre del dueño de casa?

—Sí, es la verdad, yo he sido el invitante, i les estoí muy agradecido... Siento no mas que la casa no sea mas grande... ¡Adelante!

XIV

La llegada de Anjelito con su comitiva acabó de repletar la casa i dió tambien mas animacion a la fiesta, porque todos habian llegado alegres. Pero esto contribuyó tambien a au-

mentar la sofocacion jeneral, al estremo de que a muchas mamás empezaba a dolerles la cabeza,

—¿En qué pequeño, Señor, para que me hayas castigado así? decia desesperada una de las señoras.

—Tienes razon, hijita, le contestaba otra, porque solo para descargo de sus culpas ha podido venir una a esta fiesta... Verdad es que yo lo hice solo por darle gusto a Laura.

—¡Qué bochinche es éste, Dios mio!

—Estos no son bailes, niña, sino trocatintas.

—Si he de decirle verdad, a mí no me está gustando nadita que baile Carolina,

—Razon tienes, hijita, porque no es bien visto que una niña como ella esté metida en ese laberinto.

—¡Qué será mas tarde!

—Mas tarde va a ser un infierno.

—Lueguito voi a hacer que se siente.

—Me parece bien pensado i lo mismo voi a hacer yo con la mia, aunque se enoje, que no quiero cargar con pecados ajenos cuando tengo ya bastante con los mios.

—Yo me iria de buena gana.

—Tambien yo; pero ¡qué dirian! ¡ántes de ir a la mesa! ...

—Es verdad, i no es posible desairar así a los dueños de casa.

—Ni tampoco seria propio que nos fuésemos a estas horas sin comer algo.

—¿Qué hora es?

—Las dos.

—¡Las dos! Con razon me lo estaba diciendo el estómago.

—Cómo estarán de fatiga las pobres niñas, ellas que con el baile se sacuden tanto.

—No se les echa de ver, hijita. Míralas como saltan.

—Qué quieres! Están en la edad! Acuérdate que nosotras no lo hacíamos tan mal.

XV

En esos momentos, con espanto de doña Tomasa, llegaba jente a la puerta.

—¡Cuánto honor! exclamaba don Hilario antes que lo saludase el recien llegado. ¡Adelante, vecino!

—Mil gracias, señor.

—¿Cómo! ¿Seria usted el primero? ... ¿I el enfermo?

—Ya puede suponerlo... con esta bulla de los mil diablos debajo de su misma cama.

—¡Cuánto lo siento! Pero ya queda por poco...

—En toda la noche no ha podido pegar los ojos. Usted sabe que hace dias no lo deja dormir la fiebre.

—¡Hombre! Entónces no necesitaba de nosotros para estar despierto.

—Pero la bulla, vecino... la bulla.

—Usted comprende que esto no es de todas las noches.

—Podia serlo tambien!...

—Me alegro, dijo doña Tomasa que se habia acercado, para que le tomen el peso a las patadas de sus chiquillos cuando nosotros estamos enfermos.

—I luego cada uno es dueño de divertirse en su casa como se le antoje, dijo uno de los convidados mas alegres.

—Yo no hablo con usted, le observó el vecino.

—Entonces será conmigo, dijo otro que acababa de aproximarse. ¿Se le ofrecia algo?

—Quiere solamente que no metamos bulla.

—¿Nada mas que eso? Lo mas fácil es que nos vayamos a dormir para darle gusto a este caballero.

—Es que tengo arriba un enfermo, señor, dijo con rabia el vecino.

—¡Ah! Eso es distinto! ¿Por qué no lo habia dicho? Tráigalo para abajo i verá como sana.

—Se conoce que ustedes no están enfermos.

—¡No faltaba mas! esclamó uno.

—Eso ¡quién sabe! agregó otro que estaba con media cara hinchada.

Viéndose así mofado, el vecino dió media vuelta i se ausentó echando pestes.

XVI

—Vamos nosotros a cenar, dijo don Hilario, que ya es hora.

—¡Santa palabra! esclamó el del cachete hinchado, sin duda para probar que no estaba del todo impedido.

—Llevaremos las niñas, dijo uno corriendo a la sala, i tras él los demás.

Pronto se vió el desfile de las parejas, ocupando las señoras sus asientos al rededor de una mesa espaciosa i cubierta de manjares, vinos, frutas, dulces i flores. Allí había una provisión tan abundante, que parecía difícil poderla consumir, no diremos en lo poco que quedaba de noche, pero ni aun en todo el dia siguiente.

Doña Tomasa i don Hilario se instalaron en sus puestos de preferencia.

No se dejó vacío un solo asiento, i aun así quedaron para la segunda mesa, ademas de los hombres, algunas de las niñas.

En el comedor no debian admitirse mas jóvenes que aquellos que tuviesen el salvo-conducto de ser aptos para descuartizar las aves; pero pronto fueron entrando otros a título de sirvientes, i tras éstos otros mas como comedidos o simples curiosos.

Es verdad que ya eran mas de las dos de la mañana, i el hambre crecía, haciéndose tanto mas insoportable cuanto que la vista de la mesa, el ruido de los platos, botellas i vasos i hasta el aire espeso que allí se respiraba eran una poderosa tentación, casi un martirio.

Las niñas debian comprender el suplicio de Tántalo de

aquellos jóvenes, porque a cada momento se volvian algunas i les decian:

—¿Le paso una presita?

—No se incomode por mí. —

Pero alargaba la mano i se la comia.

—¿Le doi una tajadita de jamon?

—Mil gracias, no tengo apetito; pero ya que usted se ha dignado acordarse de mí . . .

I sin apetito se la engullia,

—¿Esta aceituna, caballero?

—Vaya por ser de su mano.

Como se comprenderá, todo esto no hacia mas que poner de peor condicion a los hambrientos, porque los dejaba con la miel en los labios.

La situacion de los que esperaban en la sala no era mas enviable. Cada bostezo decia hambre i sueño.

I ya habia pasado una hora: eran mas de las tres de la mañana.

—¡Qué largo va esto! esclamaba uno desesperado.

—Lo que falta es que se lo coman todo, agregaba otro.

—Al paso que vamos, decia un tercero mirando el reloj, a nosotros nos va a tocar almorzar.

—¡A qué demonios convidarán tantos!

—Lo malo está en no poner mesa permanente.

—¡No viniese un temblor! esclamó uno de los mas aburridos.

—O el cólera, agregó otro.

—A propósito, preguntó el primero, ¿de qué estará enfermo el de arriba?

—¡Que fuera a tener viruelas!

—No seria raro, porque en esta calle ha habido muchos casos.

—¡Una idea! esclamó Anjelito. Para que nosotros cenemos pronto, vamos a correr la voz de que el enfermo de arriba tiene la peste.

—¡Magnífico! Bien dicen que mas discurre un hambriento que cien letrados.

I desde ese momento empezaron a correr el siniestro rumor.

XVII

No habrian trascurrido cinco minutos cuando don Hilario i doña Tomasa notaron con gran sorpresa que las señoras se inquietaban, mirándose unas a otras i dejando algunas sus asientos.

—¿Qué ha ocurrido? preguntó don Hilario.

—Nada, dijo una de ellas; me retiro, i ustedes me disculparán, porque me siento algo indisposta.

—Lo mismo yo... no sé que me ha dado, agregó otra levantándose.

I tras ellas siguieron otras, hasta que por fin dijo Anjelito:

—No tengan miedo, porque es peor. Lo mas malo es hacerle caso a la peste.

Todo fué decir *peste* i levantarse de carrera las señoras i las niñas.

—¡Qué es esto! exclamó doña Tomasa levantándose como las demás.

—¿Qué peste es esa? preguntó don Hilario.

—La de viruelas, dijo una voz.

—¿Dónde?

—¿Dónde ha de ser! ¡Arriba! ¡arriba! exclamaron muchos a la vez.

—El vecino... dijo doña Tomasa.

—¡Comprendo! exclamó don Hilario. No se alarmen que esa es una venganza del vecino, que hace poco se fué de aquí *echando pestes*.

—Ciertos son los toros.

—¡Don Virginio! don Virginio! gritó don Hilario. Casi en el acto don Virginio asomó la cabeza por el balcón diciendo:

—Aquí estoi. ¿Se le ofrecía a usted algo?

—Mire el alboroto que ha venido a armar su enfermo.

—¡Mi enfermo!

—Dicen que tiene viruelas.

—No hai tal...

—¡Ya lo ven! ..

—I aunque así fuera, nadie tiene que ver con eso, añadió don Virjinio, retirándose del balcon.

—¿En qué quedamos, don Virjinio? continuó don Hilario.

¡Don Virjinio! ..

Lejos de calmarse, la alarma cundió mas con la vaga contestacion de don Virjinio, i todas, algunas con la boca todavía llena, empezaron a salir precipitadamente en busca de sus abrigos.

En vano trataba de atajarlas don Hilario i doña Tomasa.

—Es claro, decia una señora, se empeñan en ocultarlo para que no se lo lleven al lazareto.

—Si no ha podido darlo a entender mejor ese don Virjinio, agregaba otra.

—Esta ha sido como una trampa que nos han armado, decia una de las niñas.

—A mí tambien me parece que ha sido trampa, decia Anjelito con intencion.

—I yo que no soi ni vacunada.

—¡Qué dejacion de madre! esclamó Anjelito.

—Con razon a mí me estaba doliendo ya la cabeza, dijo una señora.

—Aprension nada mas.

—Eso debe ser, porque a mí ya me habia dado la peste.

XVIII

El desbande fué completo, i tan rápido, que muchas no alcanzaron ni a despedirse de los dueños de casa.

El campo, es decir, la mesa, quedaba por los hombres. En un momento fué rodeada, asaltada i rendida. El que no habia alcanzado un asiento la emprendió de pié i a mano con un denuedo propio de la hora i de la situacion.

XIX

A medida que se iba comiendo i bebiendo, la zalagarda se hacia mas insoportable, no obstante el enfermo de la vecindad, de quien nadie se acordaba en esos momentos.

Don Hilario i doña Tomasa se habian refugiado en la sala para descansar de las agitaciones de la noche; pero el reposo duró mui poco, porque la señora no podia estar sosegada, o mejor, no podia dejar un momento quieto a don Hilario.

—Lucidos hemos quedado con tus disposiciones! le decia.

—Pero ¿qué he dispuesto yo, hija? ¿Acaso hago otra cosa que obedecerte i darte gusto en todo?

—¿Quién te habia mandado eso de ponerte a gritar a don Virjinio? . . .

—Como decian que el enfermo tenia viruelas. . .

—Le diste ocasion de vengarse.

—Despues de todo, Dios sabe lo que hace, hija, porque con tanta jente no fábamos a concluir nunca.

—Mucho peor va a ser ahora que están ellos solos. . . . ¿Oyes? . . . Mira la bulla que meten. . . como si estuvieran en una chichería. Allí es donde está la peste.

—No digas eso, que pueden oirte.

—Hazme el favor de no contradecirme, Hilario.

—Si yo no te contradigo, hija; tienes razon, esa es la peste, como tú dices, i por lo mismo es preciso concluir.

—O que concluyan ellos con cuanto hai en la casa.

—Es igual.

—¿Cómo ha de ser igual?

—Dices bien, hija; es desigual.

—Déjate de gracias, Hilario, que no estoy para bromas.

XX

En esos momentos llegaba un mozo a anunciar a don Hilario que el pan se había concluido.

—Que coman sin pan, dijo doña Tomasa.

—Pero, hija...

—No me repliques, Hilario.

—Está bien, que coman sin pan.

—Es el caso, señor, agregó el mozo, que también se ha concluido el vino.

—No puede ser, dijo doña Tomasa.

—¿Qué crees que se ha hecho entonces? le preguntó don Hilario.

—Tú lo sabrás.

—Yo no sé nada, sino que se lo han bebido, i bien bebido está, que para eso era.

—¡Pero tanto, hombre!

—Mas era el pan i se lo comieron.

—En fin, dijo resueltamente doña Tomasa; que cenen con cerveza.

—¡Con cerveza! exclamó don Hilario.

—Eso sería lo de menos, observó el mozo, con tal de que la hubiera.

—¡Cómo! ¿También se han concluido la cerveza? preguntó abriendo tamaños ojos doña Tomasa.

—Tempranito, señora, con el calor del baile i la conversación.

—Entonces que cenen con agua.

—Supongo, agregó don Hilario, que el agua no se habrá concluido.

—Todavía queda, señor, contestó injenuamente el mozo.

—En último caso que no beban ni agua, dijo la señora, i así se irán mas pronto.

—Me parece bien pensado, dijo don Hilario. Los sitiaremos por hambre.

— ¡Cómo por hambre? ¿Te parece poco lo que habia?

— Para ellos, ya lo has visto, no era mucho, porque no les ha alcanzado. De todo modos, bueno es que les cortemos los recursos.

— Lo que yo les cortara de buena gana, dijo doña Tomasa, seria el gas.

— ¿Estás loca? exclamó don Hilario.

XXI

En esos momentos apareció Anjelito, i al verlo don Hilario tan colorado i medio tambaleándose, le dijo a su esposa:

— Dime ahora si era mucho el vino.

— Al contrario, esto me prueba que no era poco, le replicó ella.

— ¿Qué tal mi estratajema, don Hilario? le preguntó Anjelito.

— ¿Estratajema se llama eso?

— Yo fuí el autor.

— Pues yo pensaba que habia sido el vino.

— No me entiende usted. Yo fuí el autor...

— ¿Autor de la que se ha armado allá adentro?

— No, de la peste.

— ¡Con que tú fuiste, Anjelito! exclamó doña Tomasa.

— Yo pensaba que ustedes ya lo habian sospechado.

— Ni pizca, dijo don Hilario, porque no te creia capaz de semejante bribbonada. ¡Miren que ha sido ocurrencia!

— Pero yo los castigaré, dijo doña Tomasa, valiéndome de otra estratajema. Hilario, anda a cerrar la llave del medidor.

— ¿Estás en tu juicio?

— Entónces voi yo.

I doña Tomasa se levantó.

— ¡Bravo! dijo Anjelito; pero aguárdense, que voi a buscar mi sombrero ántes que se me pierda.

I echó a correr, miéntras don Hilario decia entre dientes:
—Este borracho no pierde la cabeza.

XXII

Viendo don Hilario que su esposa se decidia a llevar a cabo su resolucion o estratajema, trató de disuadirla; pero en vano.

—Solo te pido que cierres la llave, Hilario, i esto es muy fácil.

—Para tí todo es fácil, hija.

—No me contradigas, Hilario, porque soy capaz de morirme.

—Esto no es contradecirte, Tomasa, sino negarme a ser el autor, como dice Anjelito.

—Entónces lo seré yo, dijo doña Tomasa dirigiéndose a la puerta.

—Ni tú ni yo, respuso don Hilario sujetándola.

—¿Cómo!

—Porque con mandar a un sirviente i echarle la culpa a él . . .

I en efecto, así lo hizo don Hilario, quedando luego la casa alumbrada solo por la luz de la aurora que empezaba a despuntar.

La fiesta terminaba como los bailes de máscaras, apagando el gas.

Aunque don Hilario se ocupó en dar satisfacciones diciendo que era una torpeza del criado, al dia siguiente sabian todos por boca de Anjelito que doña Tomasa había sido la *autora del gas*, así como él fué el *autor de la peste*.

XXIII

Desde entonces quedó escarmentado don Hilario, i cada vez que tiene una fiesta, pasa esquela de convite con la nota PERSONAL, que recomendamos a los dueños de casa, si no quieren ser víctimas del proverbio *Un convidado convida a ciento.*





LAS COCINERAS

I

Desde que enviudé ¡ai! la pena negra estoy sufriendo con las cocineras.

Ahora me esplico toda la amargura con que mi pobre mujer solia expresarse cuando tratábamos de ellas, i hasta he llegado a creer que no han tenido poca parte en las causas de su enfermedad i de su muerte.

No hace muchos dias en que revolviendo unos papeles me encontraba con una cartita suya en que me decia desde Limate:

«Estoy pasándolo mui bien, gracias a Dios i al privilejiado clima de este lugar; pero como todo no ha de ser completo en esta vida, i nunca falta algo que nos mortifique, hoy me encuentro con que la cocinera se me ha enredado con el sacerdote de la iglesia...»

I así habia sucedido, en efecto, porque mi mujer—¡si la

conoceria yo!—era incapaz de decir una cosa por otra, ni menos de pensar mal de nadie sin motivo.

La cocinera desde el patio de la casa, la cual estaba situada al lado de la iglesia, i el sacristan desde la torre, se entendian perfectamente a señas i repiques de campanas.

Mi mujer no vino a notarlo sino cuando ya el sacristan le habia repicado a su gusto a la cocinera, i lo que la hizo entrar en malicia fué al verla a ella—un diablo que ántes no se acercaba ni a las puertas de la iglesia—convertida de repente en una devota que no perdia misa ni trisajio.

Al principio creyó mi mujer que ésta repentina trasformacion de la cocinera era debida al clima o a la tranquilidad del lugar; mas no tardó mucho en salir de su error al ver que no salia del patio de la casa durante el dia, esperando que el sacristan subiese a la torre a tocarle el *tarantantan*, i de noche se iba a la iglesia o a la calle para que le tocase el *tirintintin*.

Yo estuve varias veces a punto de ir a acusar al sacristan que así abusaba de su *elevado puesto*, de la torre i de las campanas, desistiendo solo por consejo de mi mujer, que lo disculpaba diciendo que él no tenia la culpa, porque al fin era hombre i por añadidura sacristan.

Preferimos, pues, deshacernos de la cocinera, a pesar de que su falta iba a ponernos en un conflicto; pero esta resolucion era inevitable despues de aquel *campanazo*.

La cocinera, aunque era de Valparaiso, se quedó en Lima—oyendo misas. ¿Qué quiere decir cristiano?

Desde entonces datan mis desventuras, porque en mi condicion de viudo tengo ahora que intervenir mas directamente en la servidumbre, i por mi desgracia no hai cocinera que no me salga *sacristana*.

Ya he perdido la cuenta de las que he remudado. Las he tenido de todos precios i de todos pelos o pelajes. El resultado es el mismo: cual mas, cual menos, todas me han salido como cortadas por una misma tijera.

II

Mando a la ajencia de sirvientes para que, sin mirarse precio, me proporcionen la mejor de las cocineras. Me la prometen, se guardan el importe de la comision, i yo quedo esperando el encargo.

Al dia siguiente, en efecto, me llega la encomienda en forma de una mujer joven todavía, no mal parecida, armada de su correspondiente polizon, con un moño mui empingorotado i con la cara bien revolcada en polvo de arroz, de harina o cosa por el estilo.

—¿Es usted cocinera? le pregunto despues de contestar a su reverente i coqueton saludo.

—Para servirle.

—Justamente la necesito para eso.

—¿Hai niños en la casa?

—Sí, algunos, pero son grandecitos. No tenga cuidado por eso.

—Al contrario, los grandecitos son los mas atrevidos.

—Vámos, tranquilícese, que no son niños, sino hombres hechos i derechos.

—¡Todavía así!...

—¿I cuánto pide?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Yo... yo gano... segun i conforme: con *salida afuera* diez pesos, i sin salida doce, aunque siempre me han pagado mucho mas.

—¿Por cocinera solamente?

—¿I por qué mas queria?

—Está bien, le daré los doce, pero sin *salida afuera*, como ustedes dicen.

—Entónces voi a buscar mis cosas.

I se marchó, volviendo mas tarde con su cama i demás chivaches.

A los pocos días hacia sacar sus cosas: se iba porque no estaba acostumbrada a que le anduviesen tomando entrada i salida de todo.

III

Basta de ajencia. Al diario con este aviso económico: «Buena cocinera necesito. Calle tal, número tanto».

Miéndras cae alguna, se come como se puede. De hambre no se muere nadie, ni los mendigos, que es lo que mas abunda.

Al dia siguiente se me aparece una vejancona tan desaparrada, que al verla asomar por la puerta le digo:

—Perdone, hermana; venga el sábado.

—Yo no soi ninguna limosnera, gracias a Dios, se apresuró a contestarme. Venia porque he visto un aviso ...

—¡Ah! ¿Es usted cocinera? ... Debia haberlo conocido por la *toilette*.

—¿Por qué dice? ... ¿Que no es aquí la casa?

—Sí, aquí es; no tenga miedo; suba.

—¡Ai! Cómo me cansan estas escaleras condenadas! ...

¿Dónde está la cocina?

—Arriba.

—¿Todavía mas? ...

—En el tercer piso ...

—Pero qué les ha dado por encaramar tanto las cocinas! ...

Buenas tardes les dé Dios.

—I a usted tambien ... Con que es usted cocinera.

—Desde mui medianita, i sé hacer de todo.

—Magnífico! ¿En donde ha servido?

—Tú-tú-tú! Ya he perdido la cuenta.

—Buena recomendacion! Es decir que a usted no la aguantan en ninguna parte.

Al contrario, soi yo la que no los aguento a ellos... Ahora no mas acabo de tener mis *diferencias* con unos italianos...

—¡Ah! ¿Usted ha servido a italianos? Sabrá cocinar muy bien.

—Hago toda especie de *mancarrones*.

—¿Sí? ¡A mí que me gustan tanto los *mancarrones*!

—¿Cuáles?

—Todos, menos los de cuatro patas.

—I cuánto paga? Con *salida fuera* por supuesto.

—Con salida adonde quiera, afuera o adentro, con tal de que usted no me salga como otras.

—No se le dé enidado por eso, porque yo siempre he sabido dar gusto...

—Le doi diez pesos con *salida fuera*, i no hablemos mas.

—Poquito es; pero por no estar de balde... porque cuando una está acostumbrada a vivir de su trabajo... ¡Ah! Se me olvidaba decirle que tengo una niñita.

—¿Sí? ¡Cuánto me alegro, i Dios se la conserve!

—Entónces la traigo

—¿Para qué?

—Para que esté a mi lado...

—I a mí me coma medio costado... ¿Por qué no empezó por ahí, señora?

—Se me había olvidado, patron; pero a bien que nada se ha perdido... Dispense...

—No hai de qué.

—Adios.

—Adios.

IV

Pasan algunas horas, i vuelvo a sentir el *tilin-tilin*, no del sacristán, sino de la campanilla de la puerta. Esta se abre i deja pasar a dos muchachonas.

— Aquí será donde necesitan una cocinera? pregunta una de las dos.

— Aquí mismo... Adelante... Pero no se necesita mas que una.

— Es que yo soi su hermana i vengo a hablar por ella.

— ¡Ah!... ¿Su hermana es muda?

— Nó, señor, pero es mui corta...

— ¿De talle?

— No, de jenio.

— Vamos, eso es ya una recomendacion.

La hermana corta, sin despegar los labios, aunque los ha puesto mui largos, me da una mirada feroz, probándome que lo corto no le impide que sea una taimada.

— ¿I tiene recomendacion de sus patrones?

— Ella no, señor, porque como es tan corta... pero tengo yo que es lo mismo.

— ¡Cómo ha de ser lo mismo, hija! Usted bien puede ser un ángel, i su hermana...

— I yo un diablo... Vámonos, Matea, agrega ella dando un respingo i bajando la escalera refunfuñando, seguida de su hermana. Por la noche se me aparece otra cocinera, que recibo con la desconfianza que han despertado en mi sus colegas. Así es que empiezo por preguntarles:

— ¿Trae recomendacion?

— Nó, señor, pero es lo de ménos.

— Para mí es lo de mas.

— Es que puedo pedirla.

— Eso es otra cosa.

— ¿Cuánto es el sueldo?

— Diez pesos.

— Con que diez pesos... ¿I cuantos son de mesa?

— Cinco, i con usted seis.

— Nó, señor; ya se pasaron esos tiempos. Yo estaba ganando quince i no eran mas que tres los patrones.

— I entonces ¿por qué se salió?

—Por ganar mas.

—Pues yo no puedo darle tanto. ¡Quince pesos! ... Otros quince que usted se comerá ...

—¿I queria que yo no comiese?

—Luego el gasto de carbon, leña, agua, quebrazon de servicios, limpias de chimenea, sin contar las otras limpias... Nó, nó, prefiero suprimir la comida ... No hai mas comida en casa ...

—Mire lo que dice, señor.

—Iremos a un hotel.

—Presumo qué aquí habrá *salida afuera*.

—Es claro: ¿que no ve la puerta?

—Quiero decir ...

—Es verdad, se me habia olvidado ...

—Me darán, por supuesto, todas las sobras.

—Todas; aunque, a decir verdad, a nosotros no nos sobra mucho.

—Por lo menos sobrará azúcar.

—Sí, i tambien té, vino ... Pero será mejor, señora, que cargue con todo, incluso yo, que es lo que ya está de sobra en este mundo.

—Siento mucho, patron, el haberlo incomodado; aunque me parece que no habia motivo para enfadarse.

—Al contrario, es usted dueña de pedir, porque como en el pedir no hai engaño ...

—Que lo pase bien.

—Igualmente, i ya sabe la casa.

—Muchas gracias.

—No hai de qué.

V

Pasa un dia, pasan dos, tres, i seguimos comiendo como de milagro.

Al fin veo llegar una cocinera que no tiene malas trazas i

que probablemente voi a aceptar, si es que ella me acepta a mí que es lo mas difícil.

—Me han dicho que aquí necesitan cocinera.

—No la han engañado. ¿Quiere usted servir?

—Cómo nó; a eso venia.

—¿Es usted limpia?

—Por eso no se le dé cuidado, porque estoí acostumbrada a servir en casas extranjeras, i si gusta le puedo traer recomendacion de *mis Meri*.

—¿Quién es *mis Meri*?

—*Mis Meri* es una señora inglesa del Cerro Alegre.

—Es claro que siendo inglesa ha de ser del Cerro Alegre . . . Es decir que usted por lo menos sabrá hacer los bisteques.

—I toda clase de postres.

—¡Qué bueno! . . . Pero en eso se gasta mucho.

—Nó, patron; yo no soi desperdiciadora como otras, i *mis Meri* me acostumbró a ser mui arreglada.

—¡Magnífico!

—Con las carnes que quedan de un dia para otro me enseñó a hacer *chuques* . . .

—¿Qué chusco?

—Nó, *chuques*.

—Entiendo.

—I cuando quedan *chuques*, al otro dia se hacen *arischuques*.

—Usted me conviene. ¿Cuánto pide?

—Quince pesos.

—No, le doi doce con *salida afuera* i las sobras, si es que las hai, porque con sus *chuques* i *arischuques* usted nos va a hacer comer hasta los huesos.

La cocinera aceptó al fin; pero a los pocos dias tuvimos que despedirla porque se quedaba dormida sobre las ollas i temíamos que el dia menos pensado se prendiese fuego, ha-

ciendo de ella misma un chuque, i quien sabe si de toda la casa, con nosotros adentro, un *arischuque*.

Ella decia que era una enfermedad incurable que tenia en la sangre. I así debia ser, porque en vano ella se curaba todos los dias.

VI

En honor de la verdad debo decir que esta buena mujer, condolida sin duda de mi situacion, me echó otra en su lugar, la que se me presentó al siguiente dia como quien dice en demanda de empleo.

—¿Con *salida afuera*? le pregunté desde luego.

—Como le parezca, me contestó mui frescamente a mí me da lo mismo adentro que afuera.

—Pues a mí nó, porque con esas salidas afuera . . . Pero ¿qué es eso que trae ahí?

—Dónde?

—En la barriga . . . ¿Se ha puesto el polizon por delante?

—¡Oh! . . . ¡Vaya que es curioso el patron, i en lo que se fija . . .

—Pues si no me fijo en eso . . . I cuando acabamos de despedir a la otra por su enfermedad en la sangre . . .

—Me parece que usted nada tiene que ver . . .

En efecto, yo nada tengo que ver, pero como eso debe venir tambien con *salida afuera* . . .

—¡Vaya que es travieso el patron! Es decir que no me toma por eso no mas.

—Nada mas que por eso.

—¡Que le hemos de hacer!

I la pobre mujer se marchó resignada.

VII

Miéntras tanto seguimos comiendo sabe Dios como . . . Lo peor de todo es que no sé cuándo irán a terminar estas con-

ferencias e interrogatorios con las cocineras. ¡Será posible que en todo ese numeroso gremio no haya como quien dice un pan que rebanar? Nó, no me atrevo a hacer tan ofensiva suposicion, porque las hai mui buenas i apreciables bajo todo sentidos. En este mismo momento se me viene a la memoria la pobre vieja Bernarda (que está en gloria), con su probada honradez, su fidelidad inquebrantable i sobre todo su amor estrañable a la familia, que le hacia participar de nuestras alegrías i de nuestras penas, riendo cuando nosotros reíamos o llorando si nos veia llorar. ¡Alma noble i jenerosa! No en vano—aunque este era uno de sus lados flacos, i algo habia de tener,—se consideraba de noble estirpe. Siempre le oí decir que descendia de las primeras familias i que tenia parentesco mui cercano con la condesa Toro. I tan persuadida estaba de ello, que no admitia réplica, lo mismo sobre la edad, pues no habia forma de querer ser vieja. Por lo demas, era la prudencia misma i no daba lugar a chocar con ella. Recuerdo que un dia le dije:

—No, pierdas tanta agua, Bernarda; gasta en conciencia.

—Bueno, patron; gastaré en conciencia.

Pero reflexionando en seguida, se me ocurrió preguntarle:

—¿I qué entiendes tú por conciencia?

—Gastar lo mas que se pueda pues patron.

—¡Bárbara! Lo que sea necesario i nada mas.

Mi mujer solia decirle cuando la veia atrasada con el almuerzo o la comida i yo habia llegado a casa:

—¡El patron, Bernarda!

—¡I dei! A su casa viene.

—¡Me gusta tu flema!

—No se le dé nada, señorita, que le tengo lo que a él le gusta. Ya sabe que al patron se le tapa la boca con una papa revoleada en azúcar... Dígale que se vaya miéntras a pasear por el maricon.

I yo tenia que irme realmente a pasear por el malecon.

Algunas veces, cuando encontraba sin sal i mui mala la comida, esclamaba yo incomodado:

—¡Esto no se puede comer!... ¡Bernarda!...

—¿Señor?

—Te has lucido con tu comida.

—¿La han encontrado mala? ¡Cómo ha de ser! Otro dia la hallarán mejor.

—Pero ¿por qué te ha salido hoi así?

—Ya sabe, patron, que la cocina es tan trajediosa.

Poco despues, cuando se habian llevado los platos de la mesa, oiamos que ella decia desde la cocina al verlos vacíos:

—Mala la comida, pero se la comieron toda.

I era la verdad, porque muchas veces sucede que sea por falta de sazon en la comida, o sea porque uno es el que está desazonado, empieza por encontrarla mala i concluye por comérsela toda.

Con razon decia ella con frecuencia:

—No hai nada mas ingrato que la cocina.

—¡A quien se lo cuentas! solia decirle yo.

I en efecto, ¿cuántos platos no nos salen malos a nosotros los cocineros en literatura, los unos por carecer de sustancia, de color, i sabor, i los otros por falta de sal i pimienta?

I luego ¡es tan difícil agradar a todos los gustos i paladares!

Me parece estar oyendo decir a mas de uno:

—Lo que es éste de las cocineras lo encuentro desabrido.

A lo cual contestaré yo como la Bernarda:

—Pero se lo comieron todo.





LOS BANQUETES

I

Estas costumbres parecen venir desde mui atras, i talvez no sea aventurado decir que es tan vieja como el comer i el beber. Desde entonces datan tambien, si no estoi equivocado, las costumbres de hartarse i achisparse. Quién desee convencerse de ello no tiene mas que echarse al cuerpo la historia antigua, la profana i la sagrada.

Eso si, dudo mucho de que en ninguna época se haya abusado de los banquetes tanto como en la actual. Puede decirse que hoi, salvo raras excepciones, no son mas que un pretesto para comer i beber.

Aun como manifestaciones han dejenerado mucho, del mismo modo que las manifestaciones póstumas o los honores fúnebres . . .

Pero basta de *muerte*, que precisamente escribo este artículo para desimpresionar al lector.

Hoi a cualquier pelagato se le da un banquete o se le entierra con gran aparato fúnebre . . . Verdad que no quiero hablar aqui de la muerte.

Va álguien a ausentarse del pais. Se le despide con un banquete. ¿Llega otro del extranjero? Banquete con él. ¿Hace el último viaje de su vida, el de la eternidad? Allá van las coronas... ¡I dale con que hemos de venir a parar en lo mismo!

Esto no quiere decir que dejen de darse banquetes a otros que ni se van del pais ni llegan de ninguna parte, como no le hayan llegado a los banqueteadores las ganas de comer i beber bien.

¡Con decir que se reunen unos cuantos a almorcizar, a comer o a merendar, i salen despues con que fué banquete, i que hubo bríndis, i mucho apetito, i mucha cordialidad, i mucha alegría, faltando solo la fraternidad i el entusiasmo cuando llegó la hora de tener que pagar lo consumido!

II

Es cosa que no he podido esplicarme eso de preferir siempre un banquete para manifestar a un amigo, sea la alegría por su llegada, o sea la pena por su partida. Lo primero pase, pero lo segundo me hace el efecto de las bandas de músicos en los cortejos fúnebres, aunque prefiero éstas a las antiguas lloronas o plañideras...

I perdóneseme una vez mas esta involuntaria i lúgubre digresión.

Sin duda, se dicen los banqueteadores, tratándose de un recién llegado: ¿Qué mejor manera de manifestar nuestras alegrías que con una buena mesa. «Barriga llena, corazón contento». I tratándose de una partida: «Los duelos con pan son menos.»

III

Por lo que a mí toca, difícilmente habrá mayor enemigo de los banquetes, sean de la clase que fueren, i sin embargo,

será tambien difícil encontrar otro que a ellos haya concurrido mas i costándole ménos.

No recuerdo si alguna vez he tenido la debilidad, o mas bien la fortaleza de contribuir para una de esas manifestaciones. Mucho lo dudo, porque esto habria sido fomentar lo mismo que detesto, lo cual no se comprenderia, por mas que sea condicion humana desmentir nuestras ideas i sentimientos con nuestros propios actos.

Es verdad que en la mayoria de los casos contribuyen muchos, si no todos, únicamente por compromiso, así como suelen concurrir los mas atraidos por el aliciente de la mesa.

—¿Contamos con usted? se le pregunta a un escritor.

—Iré, contesta él despues de pensarla un poco i como de mala gana, agregando en seguida para sí: Peor será perderlo todo.

IV

En cuanto a mí, si tengo i he tenido siempre una aversion irresistible a los banquetes, es porque sus platos i sus discursos me empachan, es decir que no me pasan ni como manifestaciones ni como atracones. Talvez sea una extravagancia mia; pero el hecho es ese, que no los puedo tragar.

Así es que cuando me convidan a alguno como representante de la prensa, es lo mismo qué si me convidasen a *mortificarme* o a *hacer penitencia*; como suele decirse tan modestamente en lenguaje familiar o casero.

Partan ustedes del principio de que a mi me gusta comer de lo que me place i a mi modo, sin etiquetas ni ceremonias, i beber de igual manera, dándole al cuerpo un trago cuando me lo pide i de lo que pide (si es que lo hai) i no cuando lo piden a las órdenes de los demas. No porque sea enemigo de la etiqueta vayan ustedes a creer que lo soi tambien del orden i que no me gusta el sosiego, el reposo o como quieran llamarlo. No es eso lo que me mortifica en un banquete, sino

el estiramiento insoportable que reina al principio i en que no se sabe cómo estar mejor, miéntras que al final, mucho ántes del final, las zalagardas que se forman le hacen creer a uno que todos se han vuelto locos.

V

Agrégese que soi mui aficionado a los postres o al dulce, i que no hai para mi mayor mortificacion o tentacion que estar comiendo con un castillo o una torta por delante. Esto quizá no lo comprendan, a fuer de hombres aficionados al dulce... segun dicen ellos. Sin embargo,—i esta es otra de mis mortificaciones,—todavia no ha llegado la hora de los postres cuando viene alguno de los *enemigos* del dulce i ¡zas! echa un castillo abajo, otro da una cuchillada a una torta, aquel hace prisionera a una jelatina i... vamos acabando de llenarnos con lo que mas nos gusta, sin perjuicio de llenarnos los bolsillos con lo que se pueda, nos guste o nó, a fin de salir del banquete tan lleno por dentro como por fuera, miéntras que yo, necio de mí, no he hecho otra cosa que estarme llenando de indignacion i de cólera.

VI

Agréguese todavia que uno está obligado en un banquete a comer i beber con personas que muchas veces no conoce ni de nombre, o que por lo ménos le son antipáticas; i nada será esto como no le toque tener al lado, no digo un desconocido, sino a un enemigo, cuando no a un majadero que lo importune a cada instante con su mala crianza o con sus imprudencias.

VII

Porque en un banquete, aunque sea el mas sonado, siempre hai de todo. ¡Con decir que suelen llegar algunos bien asegurados de antemano!

—¿Soi yo leso?, dice uno de ellos haciendo mucho favor a los que les oyen. Lo primero que hice ántes de venir fué comer bien en mi casa.

I en efecto, al verlo tan alegre i hablador, uno cree que viene de otro banquete. Esto no impide que vuelva a comer i a beber como si ya hubiera hecho la dijestion.

—Lo que es yo, dice como en son de réplica otro que está al lado, no he querido hacer once para estar con mas ganas.

—Se juntará conmigo, agrega un tercero, que no he querido ni almorzar, porque ¿a qué viene uno? I todo esto no lo han puesto tampoco para mirarlo.

—Ademas de que nosotros no somos convidados sino por cuanto vos contribuistes.

Yo no sé por qué, pero el hecho es que casi siempre en los banquetes me toca tener de estos tipos a mi lado. Es cierto que muchas veces he oido a otros quejarse de lo mismo..

VIII

De lo que se quejan todos en un banquete es de los licores.

Nunca los encuentran buenos, porque ¿quién no está acostumbrado a tenerlos mejores en su casa? En cuanto a las viandas, por lo ménos andan repartidas las opiniones, como que los gustos son muchos i los paladares mui variados.

Pero tengan o no razon, lo cierto es que nadie deja de comer i de beber en un banquete, sin duda para no perderlo todo.

IX

¿Ni quién puede tampoco eximirse por lo ménos de beber? Que lo diga el compañero de mesa que tengo a mi izquierda, quien no cesa de invitar, copa en mano, a sus amigos i conocidos.

En cambio, él tambien es invitado, i así es como insensiblemente ha ido alegrándose i desatándose la lengua.

En una de esas, despues de beber, con la cara llena de risa, con un amigo que lo invitó desde lejos, le oigo murmurar:

- Mejor fuera, bribon, que me pagases lo que me debes.
- ¿A usted le debe ese jóven? le pregunto yo.
- ¡Si no fuera mas que a mí! Es un tramposo...
- ¿I cómo se atreve a invitarlo a beber?
- Ahí verá usted. ¡Si es un sinvergüenza! ..
- ¡Cuidado! No hable tan alto, que pueden oirlo.
- Aunque me oigan... ¡Mozo! Pasa esa botella.

IX

Entretanto continúan cruzándose las invitaciones, obligándolo a uno a beber mas de lo regular.

Esto siquiera es a sécas, es decir sin pronunciar palabra, como no sean por el estilo de las de mi compañero. Lo terrible es cuando viene la champaña i con el los bríndis. El reo, o sea el banquete, tiene que recibir a boca de jarro las descargas de los banqueteadores. Terrible situacion debe ser para la víctima esa lluvia de alabanzas; de adulos i hasta de mentiras con que se le confunde, sobre todo si es hombre público i puede servir con sus poderosas influencias. ¡Cuántas veces no he oido prodigarle las alabanzas al mismo que poco antes lo descueraba despiadadamente!

Sin embargo, los aplausos resuenan a cada momento, ha-

ciéndonos todos cómplices, sin quererlo, particularmente el vecino, que es de los mas entusiastas, sin que por eso deje de murmurar:

—¡Qué bruto!

—No hable tan fuerte, hombre.

—¿A qué se meteran a hablar estos que no saben?

—¿I qué quiere hacerle?

—Hablar yo... ¡Pido la palabra!

—¡Hombre, por Dios!

—¡Pido la palabra, señor presidente!

—Dispense, caballero, le dice el Presidente. Me parece que no está inscrito.

—Si no es mas que por eso, puedo inscribirme desde luego.

—Ya no se puede... Hablará mas tarde... Aun no le ha llegado la hora.

—Ni Dios quiera que me llegue, señor.

Todos rien con estas ocurrencias, miéntras que a mí me tiene azareado el tal vecino.

Es verdad que no es él únicamente quien me pone nervioso, sino tambien los bríndis, porque prescindiendo de las indiscreciones, de los disparates i falsedades que contienen, algunos los pronuncian con tal dificultad, que a cada momento se detienen, repiten las palabras, las mascan, se mueven, se quedan mirando el mantel i por fin se cortan.

¿Puede haber mayor mortificacion para quien lo está oyendo? ¿Hai quien pueda oir i ver estas cosas con gusto? como no sea mi vecino de la izquierda, que grita cuando el otro se ha cortado:

—¡He dicho!

—Silencio! esclama uno con rabia.

—¡Fuera el impertinente! grita otro.

—Tenga la bondad de no interrumpir, caballero, le dice con mucha amabilidad el presidente.

—Yo no he interrumpido, señor, i dispense... Creo que fué él mismo quien se interrumpió.

—Cállese, hombre, le digo yo a media voz, que está haciendo un papel ridículo.

—Mas ridículo es él, que se cortó.

X

Estos incidentes, que a mí me tienen casi aturdido, han sido, al contrario, motivo de diversion para los otros i hasta abiértoles mas el apetito, a juzgar por su alegría i por su voracidad.

Tras una leve pausa siguen los bríndis de lista, con desesperacion de mi vecino, que no por eso deja de beber i hablar por cuatro, a pesar de que lo hago callar a cada instante al ver que se atrae las miradas iracundas de muchos.

—Todos lo están mirando, amigo, le digo disimuladamente.

—Me alegro mucho, me contesta él sin parar la atencion, porque eso prueba que soi buen mozo... A propósito de mozo, agrega dirijiéndose a uno de los que sirven, ¿que no hai mas champaña?

—Nó, ya es suficiente, le dice su otro compañero de mesa; no conviene, amigo, que bebamos mas,

—Hombre, ¿tan luego le agarró? A mí no me ha hecho nada todavía... ¡Mozo! grita en seguida. Champaña... Pronto!

—Aquí hai, dice pasando una botella uno de los convidados que está a mi derecha, agregando bajo: déle a ver si revienta i nos deja tranquilos.

—¡Música! grita él en esos momentos

—¡No es mala música la tuya! murmura uno al lado.

—Nó, señor, todavía nó, dice el presidente, porque va a brindar...

—¡Gracias a Dios! exclama el interruptor... ¡Al fin me llegó la hora!

—Nó, señor, no es usted, i dispense.

—No hai de qué... ¡Mozo!... Tráiganos cigarros... de los buenos...

XI

El otro empieza su bríndis; pero es imposible oirle palabra, porque el bullicio es jeneral: casi nadie hace caso ya de bríndis; solo se piensa en comer, reir i bromear.

Para colmo de desgracia, el que está con la palabra tiene poca voz i ménos elocuencia, lo cual contribuye a hacer mas completa la indiferencia del auditorio. Esto no impide que de vez en cuando lo aplaudan los que están mas cerca, haciéndose los demás simples ecos de la demostracion, aunque por ruidoso entusiasmo suele dejenerar en burla.

Por su parte el interruptor del lado grita con todos sus pulmones a cada aplauso que oye:

—¡Bravoooooo!

I sigue comiendo, metiendo bulla, accionando i jesticulando.

—No esté comiendo con el cuchillo, hombre!

—¿I con qué quiere que coma? ¿Con los dedos?

—Puede cortarse la boca.

—¿I a usted qué le importa? Mejor será que tenga la suya cerrada para que no me esté amolando.

Por fin el orador se lleva la copa a los labios, i esto manifiesta que ha concluido su bríndis. Los aplausos resuenan entonces mas estrepitosos, i todavía no se han bajado las copas cuando dice el interruptor con poderosa voz i poniéndose de pie:

—Señores! ¡Voi a brindar por el bello...

—Permitame, señor, le interrumpe el presidente; le he dicho ya...

—¿Que no me ha llegado la hora?

Risa jeneral.

—¡Que brinde! dice uno.

—Continúe, agrega otro.

—Nó! nó!

—Sí! sí!

—¿En qué quedamos? pregunta él: ¿brindo o no brindo

—¡Sí!

—¡Nó!

—¡Qué la vaya a dormir primero!

—¡Nó! ¡Qué no la duerma!

—Orden, señores, grita el presidente tocando su copa con el cuchillo a falta de campanilla mejor.

Restablecido un tanto el silencio, pregunta el interruptor, que permanece aun de pié i con la copa en la mano:

—¿Me ha llegado la hora, señor presidente?

—Sí, le responde, ha llegado la hora . . .

—¡Al fin! . .

—De levantar la mesa, agrega el presidente, levantándose él tambien.

—¡A tí te levantara yo la tapa de los sesos! . . Pero nó, no hai que moverse, caballeros, que ahora es la nuestra.

XII

Efectivamente, la mayor parte de los invitados se quedan, porque esa es la mejor hora para beber i brindar sin orden ni miramiento alguno, suponiendo que lo haya habido hasta entonces.

Pero como esta prolongacion no le conviene al contratista del banquete, dá a los mozos la orden de ir desocupando la mesa. Pronto empiezan, pues, a desaparecer las botellas i las mejores piezas de dulce, si es que quedan algunas, i tambien los mejores ramos de flores.

—¡A dónde va con eso! exclama el interruptor al ver que le levantan la botella, i luego se ve obligado a agregar: ¡No me lleve esas flores, con mil diablos, que ya las tengo destinadas a una muchacha!

—Yo soi mandado, señor, dice el mozo, i tengo que lle-

várselas ahora mismo a la señora del caballero del banquete.

— Pero la botella . . . ¿Tambien es para la señora del caballero?

— Yo no sé, señor.

— Ladrar es lo que tú no sabes.

— ¡Hombre esclama otro, ya solo falta que nos echen de aquí!

— ¡I para esto hemos contribuido! añade un tercero.

— Yo no sé que empeño tenia el presidente en levantar la mesa, dice el interruptor.

— Es claro, contaba con las sobras . . . ¿No ven lo que dice el mozo?

— Yo no he dicho eso, señor, replica el mozo con rabia.

— ¡Silencio, insolente! le grita mi vecino dando un puñetazo en la mesa que hace caer la copa, derramando el champaña.

— ¡Era lo único que faltaba! esclamo yo. ¡Bonitos me han dejado los pantalones . . .

— ¡Cúanto siento el champaña! Porque ese mozo bribon se llevó la botella . . . ¡I cómo brindo ahora! . .

— No importa, así no mas le dice uno.

— Que brinde con agua dulce.

— Mejor seria con agua salada.

— ¡Qué mas salado que él!

— ¡Señores! . . . esclama levantándose i cojiendo la copa vacía. ¡¡Señores!! . . . Pero tengan la bondad de callarse para que me oigan . . .

— ¡Para eso no mas! le interrumpe uno.

— Continúe, que lo estamos oyendo, dice otro que conversa acaloradamente con su compañero de mesa.

— Bébase su copa i déjese de bríndis, agrega incomodado un tercero.

— ¡Qué moscon! esclama otro.

— Brinde hasta mañana si quiere.

- Pero ántes reclamo el órden.
— ¿Usted reclamando el órden ahora?
— Con que continúo señores . . .
— ¿I cuando ha empezado?
— Yo creia que ya habia concluido. Hace diez minutos que está con la palabra.
— Con la copa.
— Pero si no me dejan decir nada.
— Hombre no sea embustero, porque es el que ha dicho mas.
— Sin brindar . . .
— ¡Que será si brinda! . . . Confórmese con beber, i no le parezca tan mal.
— ¿I yo pierdo mi discurso?
Lo guarda en salmuera para otra ocasion.
— Si no es mas que por eso, le digo yó, escrbalo esta noche i me lo manda mañana para publicarlo.
— En ese caso, dice él metiendo la mano en el bolsillo se lo daré ahora mismo porque lo tengo escrito.
I en efecto me lo pasa, con el encargo de decir a mis lectores que es una improvisación.
— ¡Cómo improvisacion!
Improvisacion escrita, porque como habia pensado no decir nada . . . lo escribí a última hora.

I esta es otra de mis mortificaciones en un banquete: recoger los bríndis. Casi todos los llevan en el bolsillo; pero es necesario hacer creer que ha sido improvisacion, por mas que a la legua se conozca que son estudiados.

— Veré si me acuerdo de lo que he dicho, me contestan cuando les pido un bríndis.

I muchas veces los originales llegan a la imprenta al dia siguiente arreglados i hasta mugrientos de tanto repasarlos.

Pero no hai *repaso* igual al que hacen los que quedan al

final de un banquete. Puede decirse que *no queda titere con cabeza*. Hai quienes a causa de esto han pasado de un banquete a la eternidad, como los jirondinos, con la única diferencia que Vergniaud i sus amigos no murieron del atracón del banquete sino en la guillotina, sin que esto quiera decir tampoco que en los banquetes, como en la guillotina, no se pierda la cabeza.





LA PROCESSION DE SAN PEDRO

I

Doce años hará que esta fiesta, una de las mas populares, fué suprimida en Valparaiso. Los verdaderos católicos experimentaron gran satisfaccion, porque ese acto religioso se había hecho una fiesta profana, una verdadera bacanal, como que en las embarcaciones se cantaba, se bailaba i se bebia, dando lugar a escenas i desórdenes que no estaban en armonía con la moral cristiana.

En cambio los pescadores creyeron con la mejor buena fé que iba a concluirse el pescado, así como los fleteros i lancheros dieron por perdida su otra pesca, la de los pesos que sacaban llevando en sus embarcaciones a los devotos del santo, que no eran muchos, i a los doctos de la diversion, que lo eran casi todos.

Despues hemos podido ver que la pesca ha seguido mas o ménos lo mismo i si algo ha disminuido no ha sido el pescado sino el pecado.

Dia ha de llegar en que se reconozca la conveniencia de suprimir las demas procesiones públicas, por causar mayores males que bienes al culto católico.

II

La procesion de San Pedro chocaba desde su colecta.

Meses antes de la fiesta empezaba a recojese en una gran bandeja la limosna que se pedía en el comercio i en el vecindario, siendo de los primeros en contribuir los pescadores de todos los contornos. Mienérras se echaba éste lance, no a los peces sino a los pesos (plata sonante), que era el primer milagro del santo, los pescadores i fleteros que iban reparando i pintando sus embarcaciones a fin de tenerlas flamantes para la gran fiesta marítima, que para ellos era otra pesca milagrosa.

Con mucha anticipacion se contrataban los botes, ya para familias ya para jóvenes, yendo estos a veces de bogadores, en cuyo caso solian convidar a sus amigos de confianza.

Era tanta la demanda de embarcaciones, que la víspera ya estaba comprometido hasta el último cachucho de Valparaiso i sus cercanías. Los que no alcanzaban a disponer de ellos tenian por fortuna, o por desgracia, el recurso de las lanchas, en donde los paseantes iban estibados, resueltos, en permanente agitacion i barullo, pero no por eso menos alegres i divertidos, sobre todo si habia zamacueca con su correspondiente dotacion de niñas zandungueras i mozos alegres.

III

Bajo la impresion de una de estas contrariedades, la falta de bote, se hallaban varios jóvenes la víspera de la fiesta,—hará de esto treinta años,—en el muelle de los pasajeros, a donde habian ido inútilmente dispuestos a pagar lo que le pidiesen por una chalupa.

— ¿Qué hacemos? preguntó al fin uno de ellos.

— Yo voi por mar a toda costa, contestó otro, a quien llamanaban desde el colejo el *Futre Veas*, porque andaba siempre mui acicalado i tan limpio de ropas como de bolsillos.

— Yo prefiero ir a caballo, dijo otro.

— Como a caballo!

— Por tierra. Voi a la Caleta a recibir el santo.

— Yo a caballo por mar, dijo el *Futre Veas*, aunque sea montado en un palo, con tal de que flote.

— Cuenta conmigo, le dijo uno de los que eran de su misma opinion.

— I conmigo, agregó otro.

— Aceptado.

I se despidieron, quedando convenidos en reunirse al dia siguiente los que se proponian ir por mar.

IV

Llegó por fin el ansiado dia, el cual parecia presentarse engalanado por la fiesta, porque sus atavíos no eran los ordinarios del mes de Junio. Un sol ardiente i la brisa del Sur que empezaba a sentirse, se neutralizaban reciprocamente, haciendo templada i grata la temperatura. El azul del cielo, reproducia sus tintes suaves i puros sobre el tranquilo mar, el cual comenzaba a ser surcado por algunas embarcaciones embanderadas que cual gaviotas, parecian juguetear nave-gando sin rumbo fijo.

Muchos de los buques mercantes surtos en la bahía se hallaban empavesado, como un homenaje de sus católicos capitanes al santo que iba a salir en procesion.

Dia tan hermoso, casi inusitado en semejante estacion, habia despertado sin duda mayor entusiasmo en la muchedumbre, queriendo ir todos por mar a la fiesta. Por esto se vió desde temprano la ribera poblada de gente que esperaba el momento del embarque.

Los botes, chalupas, canoas, bongos i demás barquichuelos estaban en su mayor parte varados en la playa, tanto del Puerto como del Almendral, aguardando tambien la hora.

Las lanchas cargadoras habian dejado sus fondeaderos i atracadas a distintos puntos de la playa en demanda de pasajeros, esta vez en mayor número que otros años, porque el agolpamiento de la gente despertó desde temprano la codicia de los lancheros. Nos referimos a los bogadores, porque este negocio lo hacian ellos por su cuenta, sin que sus patrones les exijiesen parte ninguna por la embarcacion. De aquí el empeño por llenar las lanchas, estableciendo para el efecto una tarifa de pasajes que empezaba por un *real*, despues bajaba a *medio*, i por último, cuando el santo iba ya navegando, a *cuartillo*.

Este negocio solia retener las lanchas en tierra hasta una hora mui avanzada, habiendo algunas que se largaban con su desesperada carga, despues de protestas i conatos de sublevacion, cuando ya el santo venia de regreso.

—Embarca! embarca! gritaban, como el capitán Araña, los astutos lancheros, conduciendo de la mano, atentos i solícitos, a sus alegres pasajeros,—hombres, mujeres i niños,—por el angosto tablon que a guisa de trampolin servia de puente entre la playa i la lancha.

A pesar de la inseguridad del puente, raro era el que caia al agua en esos momentos. No sucedia así al desembarco, porque estando pagado el pasaje, al lanchero le importaba poco la seguridad de las personas, limitándose esta vez a gritar desde su embarcacion cada vez que se recojía la ola:

—Ahora! ahora es tiempo! ¡Saltar, hijitos, que se vá la lancha! ¡Vivos, vivos, que nos largamos! . . .

I unos corriendo, otros a saltos, las mujeres temblando i haciendo equilibrio, descendian por el tablon de cimbra, cayendo muchos al agua de alto abajo al pisar la reblandecida arena, en medio de las risotadas de la multitud que acudia a divertirse con este animado espectáculo.

El que ménos se mojaba hasta los tobillos, otros hasta la rodilla, i mujeres habia que salian caladas de piés a cabeza, cuando no quedaban sentadas o largo a largo en el tablon como diciendo: que caigo que no caigo.

V

Nada de esto, sin embargo, cruzaba por la imaginacion de los entusiasmados paseantes en los momentos que precedian a la fiesta.

El pensamiento fijo, la resolucion irrevocable de todos, hombres i mujeres, era embarcarse, ir a navegar en compañía de San Pedro.

¡I luego aquel dia se presentaba tan risueño i propicio! La brisa misma, refrescando a medida que se acercaba la tarde, desplegaba i batia las innumerables banderas i gallardetes de las embarcaciones, avivando el entusiasmo jeneral.

La lancha del santo, fondeada cerca de la playa, frente a la plaza de la Victoria, era otra tentacion irresistible con su empavesado completo, su gran bandera pontificia al tope del mástil, i mas arriba en forma de cataviento, el simbólico i reluciente pescado jirando i enviando en todas direcciones sus plateados reflejos.

VI

Cuando el *Futre Veas* i sus dos amigos llegaban a la Playa en busca de pasaje, el embarque empezaba, poco a poco mas tardaria en llegar la procesion para hacer lo mismo. No habia pues tiempo que perder..

—¡Qué casualidad! esclamó el *Futre*. Aquí tenemos un *peladito*.

I dirijiéndose al patron del *pelado* (bongo sin falca ni palo de balsa a sus costados), entró en arreglos para tomarlo por todo el dia. Cerrado el trato, pagó uno de los jóvenes, preguntando a otro:

—¿No será celoso?

—Naditita, patron, dijo uno de los pescadores. En sabiéndolo gobernar se puede ir con él hasta California.

Con esta seguridad entraron los tres en la frágil embarcación, se desnudaron de sus levitas, *Futre* de su frac, que entonces estaba mui de moda, cojieron los remos, i el bongo fué lanzado mar afuera ayudado por los pescadores.

Comenzaban a bogar cuando una ráfaga de viento le echa al agua el sombrero a uno de ellos; dos se apresuran a cojerlo cargando a la vez el peso de sus cuerpos a una sola banda; el *pelado* se tumba i por fin zozobra, quedando los tres nadando en medio de la algazara i rechifla de innumerables espectadores de mar i tierra, muchos de los cuales gritaban:

—¡Favorézcanlos!

—¡Que se ahogan los futres!

—¡Chúcaro les salió el macho!

—¡Agárrenlos, que el peso de la plata se los lleva al fondo!

—¡Déjenlos solos, que los futres bogan!

—¡Son de palo de balsa!

—¡Viva San Pedro!

—¡Viva el *Futre Veas*!

En medio de las bromas salieron los tres jóvenes a tierra, en donde esperaron el bongo para buscar sus levitas i sombreros, que encontraron por fortuna, en el estado mas desplorable.

—Vamos a cambiarnos pronto la ropa, dijo el *Futre* que todavía tenemos tiempo de darnos otro baño.

I los tres se dirijieron a sus respectivas casas poco ménos que de carrera.

VII

Miéntras tanto seguia el embarque de jente, pero ahora con mas decision, porque ya se sentian los ecos de la música

i las detonaciones de los voladores, lo que demostraba que la procesion iba acercándose a la playa.

En efecto, momentos despues comenzaban a desembocar por las calles que conducen a la ribera enormes masas de pueblo que se desparramaban por la playa, embarcándose los unos en las lanchas i quedándose los otros como simples espectadores. En seguida venia la procesion, i por fin el santo.

Grandes canoas de pescadores que habia atracadas a tierra empezaron a recibir i trasportar a la lancha, primero al santo, al cura i todo el séquito religioso, incluso la cruz alta i los ciriales, i por ultimo la banda de músicos con su bombo, su redoblante, sus chinescos i serpentones de tarasca abierta.

Una vez dentro de la canoa, todas se ponian en cuclillas i se agarraban a dos manos a los bordes de la embarcacion para contrapesarla bien, pues cualquier movimiento algo brusco podia hacerla perder el equilibrio i costarles un baño, como al *Futre Veas* i sus compañeros.

Afortunadamente todo se hizo mui en órden, hallándose pronto la lancha del santo lista para lanzarse.

San Pedro con su canosa i poblada barba, sentado en una especie de trono improvisado en la lancha, se destacaba de su séquito con su brillante tiara en la cabeza i las llaves del cielo en la mano.

En esos momentos se habian agrupado las embarcaciones alrededor de la del santo, formando una barrera que hacia difícil, casi imposible la salida. Pero los remeros dieron su primera palada, rompió la música, los voladores surcaron el espacio, los cohetes tronaron dentro de las lanchas, i un víva jeneral a San Pedro fué la señal de partida.

La flota comenzó luego a moverse i a esparcirse, impulsada no solo por los remos sino tambien por la brisa, que parecia querer contribuir al éxito de la fiesta llevando al convio viento en popa.

VIII

En pocos instantes la procesion se alejó de la playa i cuando llegaba el *Futre* veia con inquietud que la flota iba perdiéndose entre los buques i haciendo rumbo al noroeste. Sin aguardar a sus compañeros se precipitó en una lancha que en esos momentos retiraba el tablon para lanzarse, siendo él el último de los pasajeros.

Al encontrarse a bordo i recordar el baño que acababa de darse, vió que esta vez iba seguro, i dijo para sí:

—Barco grande, ande o no ande.

Luego observó que no había caido tan mal porque la lancha tenía en el centro un entarimado cubierto con alfombras que hacia las veces de primera cámara i en donde se hallaban sentadas algunas personas, entre ellas varias niñas, i entre las niñas un barrilito i una guitarra.

El resto de la lancha, a popa i proa, se hallaba apretado de pasajeros de cubierta o de cargazon,

A cargo de la embarcacion iba un capatas de lanchas, quien la había destinado a su familia i amigas, sin perjuicio de *hacer fletes* para ayudar a costear el paseo.

Apenas se embarcó el *Futre*, que era de lo más decente que ahí se veía, dijo una de las niñas:

—¿Por qué no convida a ese caballero, *no Cartajena*?

—Pase, patron, le dijo Cartajena, que no faltará un rinconcito aunque sea entre las niñas.

—Muchas gracias, contestó el *Futre* avanzando por la borda con peligro de darse otro baño, hasta llegar al centro de la lancha,

—Por aquí, jóven, le dijo una de las niñas haciéndole lugar a su lado.

—Tanto honor! exclamó el *Futre* sentándose i pagando el hospedaje a la cariñosa niña con una dulce mirada.

—Para mí ha sido, caballero, le contestó ella.

En esos momentos un viva jeneral anuncio la partida de la lancha.

—¡Todo el mundo arriba! gritó Cartajena! ¡Agarremos viento para alcanzar la procesion!

I así lo hicieron los de popa i proa, poniéndose todos de pie i abriendo al viento los brazos con mantas, pañuelos i sombreros.

—¡Caza el foque! gritó uno cojiendo los estremos de la bandera de proa, que luego se infló como una vela,

La lancha empezó luego a correr, mas impulsada por el viento que por los remos.

I a medida que se alejaba de la playa, la brisa refrescaba mas, acelerando la marcha con gran regocijo de los paseantes.

IX

La conversacion iba animándose tambien entre los de cámara.

El *Futre* estaba mui orondo, porque le había tocado sentarse al lado de la niña mas joven i bien parecida, con la ventaja todavía de haber simpatizado con él i ser sobrina de Cartajena, el dueño de la lancha, como quien dice el dueño de casa.

Al *Futre* le gustó la muchacha desde el primer momento, porque era amable, de fisonomía dulce i con unos ojitos melancólicos que parecían mas melancólicos con las ojeras que los sombreaban. Algunas pequititas, signo de sensibilidad, según dicen, se hacían ver diseminados como al acaso en su blanco i terso cútis.

Sin embargo, tenía el defecto de ser mui pulida para hablar, lo que ponía mas en evidencia con el lastimoso abuso que hacia de las dees.

El *Futre* la caló mui pronto, porque al preguntarle por su nombre, ella le contestó:

- Es mui fedo, señor. Nieves, para servirle.
— Al contrario, es mui lindo . . . Nievecitas . . .
— Usted quiere burlarse, caballero,
— ¿Tan mal me juzga, señorita?
— ¡Quién se fida de los hombres!
— Con usted jamas cometeria semejante crimen. Primero
me trague la tie . . . el mar que diga.

I en el mismo instante se sintió algo como un temblor que hizo estremecer la embarcación i dar gritos de angustias a las mujeres, cayendo varios de los hombres al fondo de la lancha en medio de grande algazara.

Nievecitas quedó abrazada del *Futre*, quien parecía haber invocado aquella desgracia con su imprecación.

— ¡No hai cuidado! gritó Cartajena! Ha sido una boyá que no vimos! . . . ¡Qué hacen esos proeles que no avisan!

Al ver el *Futre* a su compañera pálida i trémula:
— Parece que se ha asustado, señorita, le dijo,
— ¡Ai! exclamó ella. ¡Si he quedado frida!
— ¿Por tan poco? le preguntó el *Futre* sin poder disimular la risa.

— Pero no se esté riendo, señor, de . . . ¿Cómo es su nombre?

— Luciano Veas, por mal nombre *El Futre*, para servir a usted.

X

Al *Futre* le empezaron a hacer gracia las dees de Nievecitas, porque le encantaba cierta suavidad que la sentaba mui bien. Por esto trataba de buscarle la boca.

— El viento sopla cada vez mas fuerte, le observó. ¿Usted no se marea?

— Me parece que nó, porque una vez fuí hasta el Callado con mi tido, i en todo el viaje no supe lo que era el maredo.

—Es una felicidad.

—¡Ai! dicen que se sufren agonías de muerte.

I usted, don Luciano, ¿nunca se ha mareado?

—Jamas, señorita! pero hoi lo temo mucho, porque estando a su lado no es tan fácil resistir.

—Déjese de lisonjas, señor Vedas.

I Nievecitas clavó sus ojos en los del *Futre*, quien dejó escapar intencionalmente un largo suspiro.

XI

En esos momentos Cartajena dió orden de cantar una zamacueca, a la vez que empezaba a servir chicha a los de cámara.

El primer baile le tocó al *Futre* con su rendida compañera; pero a pesar del entusiasmo i dè la animacion, trabajo les costó concluir la cueca, porque comenzaban a orzar i la lancha se balanceaba con la marejada que recibia de costado.

Es verdad que esto, hasta cierto punto, daba mas animacion al baile, porque la falta de estabilidad hacia perder el equilibrio a los danzantes, quienes andaban en su doble danza,—la de ellos i la de la lancha,—de un lado para otro, hasta que por fin iban a caer en brazos de los espectadores o se sujetaban i entrelazaban ellos mismos en medio de los aplausos de los demas.

Tras el baile vinieron los cohetes i los vivas, que eran contestados por las tripulaciones de los buques a cuyos costados pasaban.

El paseo no podia ser mas feliz. Todos iban alegres i en la mejor armonía. La lancha corria cada vez mas impelida por el viento, hallándose ya mui cerca del convoi.

Es verdad que ya comenzaba a verse entre las mujeres una que otra cara pálida, no por causa del miedo, sino del mareo.

— ¡No hai que cambiar la peseta! les decia de vez en cuando el tio Cartajena. Para dentro todo lo que quieran.

I daba el ejemplo echándose al cuerpo un vaso de chicha.

— Así tambien va a marearse tido le observaba su sobrina.

— Al contrario, esto es contra el mareo, le contestaba él.

— En ese caso, dijo el *Futre Veas*, vamos suministrando la medicina a las enfermas.

I empezó a pasar chicha a las que parecian en mas grave estado.

— Dele a Serafina, dijo Nievecitas aludiendo a una de las niñas que se distinguia de las demas por tener la cara llena de soliman i carmin.

— No tengo ganas . . .

— No importa.

— Vaya, haré un empeñito dijo recibiendo el vaso, porque. . . . ¡Ya no puedo mas!

— Cualquiera diria que está mejor que todos nosotros, observó el *Futre*, porque no se le conoce en la cara. ¿Mareada i con esos colores?

Nievecitas, que, dicho sea en su honor, no tenia la costumbre de pintarse, al oir las palabras del *Futre* se puso como una grana.

— ¡Cómo! exclamó él entonces. ¿Tambien usted, Nievecitas, se pone colorada ¡Se va a marear como su amiguita!

En esos momentos la lancha, levantada por una ola, dió un balance que hizo rodar a algunos i tambalear a otros en medio de los gritos de la mujeres i las risotadas de los hombres.

— ¡Andar! ¡Carga a babor! gritó Cartajena,

¡Viva San Pedro! ¡Viva! . . . gritaron los demas.

La lancha navegó mejor con la virada a favor del viento; pero tambien así se apartaba de la procesion, que ya tenian mui cerca. Viendo esto Cartajena, volvió a gritar:

— ¡Orza un poco! ¡Carga a estribor! . . .

Pero apénas la lancha presentó el costado a la marejada,

comenzaron de nuevo los balances i los gritos de las mujeres, quienes se asian unas con otras para no caer.

—¡Qué me daria venir! esclamaba una.

—¡No me volverá a suceder! esclamaba otra.

—¡I para esto todavía tiene una que pagar encima!

—¡Padre mio San Antonio!

—¡Ese santo casamentero no tiene que ver con la mar! gritó Cartajena.

Nievecitas, que había navegado, como ella decía, hasta el Callado, animaba a sus compañeras.

—No tengan miedo, niñas, le decía. Esto no es nada toda vida.

—¡No es nada! repitió otra que estaba con semblante cadavérico. No es nada . . .

I no pudo continuar, porque las náuseas la obligaron a abrir la boca, ejemplo que fué imitado por otras que parecían estar esperando solo que rompiesen el fuego.

—¡Bueno! bueno! dijo Cartajena no hai cosa mejor para la salud. Ojalá pudiese yo ablandarme.

I se echó al cuerpo un vaso de chicha.

—Al fin va a salir con la suya, tido, le observó su sobrina.

—Será mui bueno para la salud, dijo una con los ojos llenos de lágrimas, de tanto hacer fuerza; pero . . . ¡ayaya! . . . que fatiga! . . . ¡yo me muero! . . .

—No te atribules, niña, le dijo Nievecitas.

—No es ¡ai! la atrubulacion, sino el mareo.

—¡Cómo ha de ser! Quien no se arriesga no pasa el rido.

—Aprendan de Nievecitas, le dijo el *Futre*.

XII

En esos momentos se incorporaban al convoi, que pasaba ya por entre las naves de guerra.

El mareo era jeneral, una epidemia, pues no había casi embarcacion en donde no se presentasen algunos *casos*, con

gran diversion de las tripulaciones de los buques, que veian pasar la procesion agrupadas en sus balcones, los castillos de proa. Como allí el viento i la marejada aumentaron mucho hallándose ademas todas las embarcaciones medio atravesadas a la mar, el balance fué mayor, al estremo de empezar a chocar unas con otras. Sin duda por esto la lancha del santo comenzó a virar para tierra i con ella toda la flota.

Aquí fué lo bueno. Los botes pequeños empezaron a ahogarse con el agua que les entraba por la proa, tanto en fuerza del viento como del oleaje que formaban las mismas embarcaciones. Las lanchas, casi todas a dos remos i llenas de gente, no podian arribar, a pesar de que para ayudar a los bogadores se pegaban a los remos los mas fornidos de los pasantes. Pronto comenzaron todos a perder el rumbo i en pocos momentos quedó el convooi en dispersion completa.

La misma lancha del santo apénas podia ir avante con sus cuatro remos i el remolque que le daban las chalupas fleteras.

A los gritos de júbilo habian sucedido los de mando de los patrones i las maldiciones de los bogadores mezcladas con los ayes de las mujeres. Todo el empeño de los hombres era animar i bogar duro i parejo para que el viento no se los llevara.

XIII

—¡Proa a la mar! gritaba Cartajena al ver su lancha atravesada, ayudando con todas sus fuerzas a manejar la bayona. ¡Halá! alá, muchachos, ¡que vamos para atras!

I en efecto, léjos de avanzar retrocedian como las demás lanchas.

El *Futre*, miéntras tanto, se ocupaba en atender i consolar a las niñas, las cuales empezaban a llorar i pedir socorro.

El viento, léjos de calmar, seguia arreciando.

La lancha del santo se aproximaba a tierra, seguida de los botes mas lijeros, dejando a los demás abandonados a su propia suerte.

—¡Halá, alá duro, muchachos, repetia Cartajena en medio de la confusión i alarma.

Pero la lancha no obedecía sino al viento i a la mar, que aumentaban a medida que eran arrastrados hacia fuera.

—¡Con mil diablos! esclamó Cartajena. El viento puede mas que nosotros: nos lleva como una pluma.

Las mujeres se pusieron a llorar a *moco tendido*, miéntras que los hombres gritaban todavía:

—¡Viva San Pedro! ... ¡viva!...

—¿Cuantas millas iremos andando?

—¿Echaremos la corredera, capitán?

—¿Adonde vamos despues de todo?

—Mañana a estas horas estaremos en Coquimbo.

—Si no nos quedamos en el camino.

—¿Habrá bastante víveres para el viaje, capitán?

—En ultimo caso nos rifamos para comernos.

—¿No seria mejor comenzar por las niñas?

—Si es así, yo tengo hambre.

—Ya podríamos merendarnos algunas.

—¡Imposible! esclamó Cartajena desalentado.

—No hai mas remedio que poner proa a aquella fragata, añadió señalando un buque inglés que se veía muy a sotavento i un tanto hacia el oeste, por lo que era necesario inclinar el rumbo haciendo navegar la lancha casi a bolina.

I no fué poca la que se armó cuando Cartajena dió la voz de mando i se atravesó la embarcación, empezando un balance que no permitía estar de pie, a menos que se sujetasen de algo o ellos mismos entre sí.

XIV

Miéntras unos caían i otros se levantaban, Nievecitas, pálida i triste, comenzaba a sentir síntomas del mareo.

—¿Cómo! esclamó el *Futre*. ¿Tambien?

—Si es tan grande el temporal! contestó ella.

—Ahora que ibamos para el Callado.

En medio de los saltos de la lancha, de los vaivenes i porrazos de la jente, del agua que principiaba a entrarles por el costado a cada balance, de las lamentaciones de las mujeres i los juramentos de Cartajena, los rotos empezaron a cantar.

¡Sí, sí, mi amor,
Me voi para el Ecuador!

En lo mejor del canto una ola azotó la lancha, levantando un penacho de agua que los empapó a todos i dando la embarcacion una cabezada tan grande, que muchos cayeron o se precipitaron en el fondo de la lancha, entre ellos el *Futre*, quien produjo un ruido extraño, como de algo que se quiebra, oyéndose la voz despavorida de la cantora que esclamaba:

—Ai! ai! que me ha hecho tiras la guitarra!

En efecto, el *Futre Veas*, despues de perder el equilibrio i de tropezar con el barril de chicha, habia ido a caer sentado sobre el instrumento, reventándolo como quien rompe una nuez de un puñetazo.

La algazara que este acontecimiento produjo en los rotos fué indescriptible miéntras el *Futre* con los fragmentos de la guitarra en la mano decia mirándolos i haciéndolo todo nada:

—No se ha roto mas que la caja . . .

—¡No es nada lo del ojo! esclamó uno.

—¡Quien quiebra paga! gritó otro.

—¿Quien le enseñó a tocar tan bien la vihuela, patroncito?

—Doce pesos no mas me costó, dijo la cantora.

—Pero cómo fué a sentarse en ella? lo preguntó Nievecitas. ¿Que no la vido?

XV

El diálogo fué cortado por otra marejada mas grande que la anterior, la cual acabó de empapar la jente, inclusas las mujeres quienes daban gritos lastimeros, encomendándose a todos los santos del cielo. I en medio de aquel barullo se oia a Nievecitas, que empezaba tambien a gritar desesperada.

—¡Que nos ahogamos, Dios mio! . . . ¡Favorézcame, tidito de mi alma! Sálveme.

—¡Salven con mil diablos el barril de chicha! gritó Cartajena al verlo que andaba rodando de babor a estribor en el fondo de la lancha del mismo modo que la lancha rodaba en esos momentos como un barril entre las olas.

El *Futre* corrió a sujetar el barril, miéntras uno de los rotos le decia:

—No se vaya a sentar sobre él, patron, que lo puede reventar.

—Lo que yo siento es mi guitarra, dijo la cantora al hacérsele recordar el roto. Mis buenos doce pesos que me costó.

—No hable tanto, señora, que el caballero le va a dar otra mejor.

XVI

—¡Apronten la boza, muchachos! gritó Cartajena al abordar la fragata.

—¡Listos! contestaron los otros, que ya estaban en sus puestos.

—¡Vivos! porque si no nos agarramos nos lleva una pipa de diablos!

A bordo del buque estaban tambien preparados algunos marineros, quienes se habian agrupado sobre la toldilla de popa.

La maniobra se hizo con toda felicidad, aunque no pudo

evitarse que el mar les echase nuevas rociadas, sobre todo al hacerse firme la boza i empezar la lancha a hacer cabeza poniendo la proa al viento.

—¡Gracias a Dios! esclamó Cartajena, abandonando la banya. Ya no hai cuidado. Venga ahora un trago miéntras se pasa este condenado ventarrón.

—¿Hasta cuando estaremos aquí? preguntó Serafina.

—Hasta mañana no mas, le contestó un roto.

—Nó, espuso Cartajena, será hasta media noche.

—¡Ave María! esclamó Nievecitas. ¡Con este frido!

—I sin comer agregó Serafina.

—¡Aisé! gritó entonces Cartajena dirigiéndose a uno de los de abordo i mostrándole un vaso de chicha; ¿you quiere trinque? Very good sider.

—Yes, contestó el marinero.

—Very well. Have you buen brete por Margarita?

—All right, dijo el ingles yendo a buscar pan.

Ante tan buena voluntad, Serafina no pudo contenerse i dijo:

—El habia de ser con su carita... ¿Se fijaron niñas en los colores tan finos del inglesito?

—Pero cuando habia de compararse con los suyos! le dijo el *Futre*.

—¿De dónde serán estos gringos? preguntó la cantora.

—De donde han de ser, contestó Cartajena, de *Inglaterra*.

—Se equivoca tido, replicó Nievecitas. Leda lo que dice allí, agregó, señalando el letrero que tenia el buque en la popa i pronunciando las *oes* en castellano. No son de Inglaterra sino de Liverpool.

—Ninguno de los dos tiene razon, repuso Serafina, fijándose en el letrero, porque son de Sa... Sa... Saint Ja.... Ja... James.

—Ese es el nombre de la fragata, observó Cartajena

—*Saint James*? dijo la cantora. ¿Tambien hai santos gringos?

—I gringas, agregó Cartajena.

—¿Entónces son cristianos? preguntó Nievecitas. Yo pensaba que los gringos eran judidos.

XVII

En esos momentos aparecia el inglesito con un balde de galletas, que arrio a la lancha, encargándose Cartajena de repartir las raciones.

—¡Dios se lo pague aise! le gritó la cantora, dándole las gracias con la mano.

—Yes, dijo el gringo.

—¿Qué dice? preguntó ella.

—Que no hai de qué, contestó un roto.

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! repetia la cantora sin dejar de accionar con la mano.

—Tenc yu! tenc yu! agregó el roto intérprete.

—Yes, yes, le contestó el gringuito.

—¿Qué dice?

—Dice que hablo mui bien ingles. ¿No es cierto, aise?

—Mi no entende mas! dijo con rabia el ingles.

—¿Qué dice?

—Le dice que está templao. ¿No es verdad, aise?

—Oh! nao! nao!

—¿Qué ha dicho?

—Le dice que mañana comeria pescao.

—Pero fijate niña, le decia Serafina a Nievecitas, qué chapas de colores tiene el gringuito!

—Los aires del mar, dijo el *Futre*.

—Eso será.

—Sin ir mas léjos, vea lo que pasa con usted. En ménos de un dia de mar ya va pareciendo inglesa.

—De agua dulce, agregó un roto.

—Fíjese tambien en Nievecitas: está colorada como una amapola.

I en efecto, se habia puesto encendida con las bromas que el *Futre* hacia a su amiga.

XVIII

La atencion fué distraida en estos instantes por las detonaciones de los voladores que se disparaban al llegar la procesion a la Caleta para practicar el desembarco.

—Llegó a tierra el santo, dijo el *Futre*.

—¡Viva San Pedro! gritaron todos.

—¡I nosotros aqui amarrados! esclamó con rabia Cartajena

—Esto no impide que nos desatemos bailando, dijo el *Futre*. A ver una cueca.

—¿Que ya no se acuerda de la barbaridad que vino a hacer? le observó la cantora.

—¡Es verdad que estamos sin guitarra! esclamó el *Futre*.

—¡Quién tendrá la culpa! No siento tanto la perdida como la falta que me hace.

—Ya empezó otra vez con la misma tonada, le dijo un roto, como si no se la fuesen a pagar. Cante una cueca será mejor.

—Aunque sea a secas, agregó el *Futre*.

—Sí, mui secas estamos, dijo ella mirándose la ropa.

—¡Ai! esclamó tiritando Nievecitas, lo mismo estoí yo! Vaya que hemos hecho un pasedo...

—¿Qué tiene, hijita? le preguntó Cartajena.

—Se me ha descompuesto el cuerpo: me han entrado unos escalofridos...

—Entónces nos vendria mui bien un baile, dijo el futre. Los demas fueron de la misma opinion, i comenzaron a pedir a gritos la zamacueca, con espanto de los ingleses, que no sabian como esplicarse esa especie de revolucion que se habia declarado repentinamente a bordo de la lancha.

La cantora se vió, pues, obligada a acceder, i salieron las

parejas, así mojadas como estaban, a bailar a secas. En honor de la verdad debe decirse que no hacia falta la guitarra, porque no se habría sentido en medio del palmoteo i los gritos de los que animaban que eran todos los de la lancha.

La tripulación de la *Saint James* tomaba parte en la fiesta desde su buque, celebrando i aplaudiendo a los danzantes i algunos de ellos bailando también la zamacueca a su manera.

XIX

Escenas más o menos parecidas tenían lugar en otras lanchas que también había obligado el viento a refugiarse en los buques, aparte de las que fueron remolcadas i recojidas por botes que en su auxilio salieron de los buques de guerra.

El desparramo había sido completo en este nuevo Trafalgar.

XX

Tan entretenido con la zamacueca estaba Cartajena, que no vió cuando llegaba la calma con la puesta del sol, i fué necesario que la lancha comenzase a jirar i a irse sobre la fragata para que él gritase, con sorpresa i alegría de todos:

—Larga! larga! . . . ¡Armar los remos! . . .

I cesando el canto i el baile todos los hombres se pusieron en movimiento ayudando algunos a los bogadores.

Las niñas, por su parte, a medida que se desacabraba la lancha, levantaban sus pañuelos blancos para despedirse de los ingleses, quienes a su vez les echaron algunos hurras, que fueron contestados con vivas a San Pedro.

Venian ya lejos del buque, i Serafina no podía apartar de él sus ojos o más bien del gringuito, cuyos colores no se cansaba de elogiar.

En cambio Nievecitas estaba como abstraída por lo que el *Futre* le preguntó: ¿qué tiene señorita?

— ¡Ai! esclamó ella, venia contemplando el mar. Tan bravo como estaba, i ahora que apénas oleda. ¡Ai! ¡Quién te vido i quién te ve!

— Lo mismo digo yo, agregó la cantora, contemplando los restos de su guitarra. ¡Quién te vido i quién te ve!

XXI

Habia entrado la noche cuando llegaban a tierra junto con otras embarcaciones de las dispersas.

El desembarco se hizo por la playa, sin mas novedad que la caida de algunos al agua, aunque esto no les hacia ninguna mella desde que ya no tenian que mojarse.

Lo único que venia seco era el barril, porque se habian bebido hasta la última gota de chicha durante el regreso, en medio del canto i de los vivas a San Pedro.

Esto esplicaba el mareo de Cartajena en plena calma, lo que hizo decir a Nievecitas:

— ¡Vaya tido, pór Dios! se salió con su porfida!

Cartajena, sin darse por entendido, dijo en tono de mando como si todavia estuviese pilotando la lancha:

— Ahora. ¡Todos a casa . . . ! A seguirla!

— ¿Pero dónde está don Luciano? dijo Nievecitas.

— Acabo de convidarlo tambien. Me preguntó donde vivia, i yo le dije que en el cerro de Bella Vista, cerquita de la mona . . . Pero parece que se ha ido.

— Sin despedirse siquiera . . . ¡Vaya una descortesida!

— ¡Cómo se me fué el *Futre* sin pagarme la guitarra! esclamó la cantora mirando en todas direcciones i con los restos del instrumento hechos un atado.

Efectivamente el *Futre* se habia escapado para verse libre de los reclamos de aquella implacable mujer. Mientras saltaban los demas a tierra, él se trasbordaba a otra lancha que estaba inmediata, desembarcando tambien su averiado cargamento.

Pero si la cantora sintió la pérdida de su guitarra, mas sintió Nievecitas la del *Futre*, porque esclamó indignada.

—¡Futre habia de ser!

XXII

Media hora despues el *Futre Veas* se reunia con sus amigos i comian juntos refiriéndose i comentando las peripecias del dia.

Por ellos supo el *Futre* lo que habia sucedido al desembarcar la procesion en la Caleta (hoi estacion i bodegas de Baron) en medio de un gran escuadron de caballería, en su mayor parte cuadrinos, la jente del Cuadro, de ese corralon inmundo que entonces servia de Matadero i que se hallaba situado donde hoi se encuentra'la Recova del Cardonal.

La huasería, como era costumbre, habia entrado al mar hasta hacer nadar sus caballos, i sacaban a San Pedro en procesion montada. El santo escapó milagrosamente de un baño, pero no así el cura, que cayó al agua con el pescador borracho que lo llevaba en hombros.

—¿I a ti como te ha ido? le preguntaron al *Futre*.

—Mejor que al cura, contestó él, porque anduve cayendo i levantando entre media docena de muchachas, una guitarra i un barril de chicha.

—¿Que clase de muchachas? le preguntó uno.

—De *aquello* . . . dijo el *Futre* llevándose la mano a la boca i dando un chupeton en la punta de los dedos.

—¡La que hemos perdido! esclamó con pena uno de los jóvenes.

—¿Como no las acompañaste hasta su casa? le observó otro.

—Por una maldita cantora que me venia cobrando una guitarra que aplasté en la navegacion. Así es que no alcancé a despedirme, pero tenia ganas de volver . . . ¿Quieren acompañarme?

- Eso no se pregunta, dijo uno de ellos.
— Lo único que sentiría . . . ¿No tienen ustedes alguna guitarra vieja que no les sirva?
— Yo sé donde hai muchas, contestó uno.
— ¿Dónde?
— En las casas de prendas.
— ¡No se me había ocurrido! esclamó el *Futre* alborozado.
Ya estamos al otro lado: solo nos falta la plata.
— Yo me encargo de eso dijo el mas jeneroso.
— Gracias en nombre de la cantora, se apresuró a decirle el *Futre*.

XXII

Una hora mas tarde compraban en cuatro pesos en una casa de prendas de las pocas que había entonces, una guitarra encordada i se dirijian con ella en busca de la *Ramoncita* (cantora de guitarra en los bailes de máscara) para llegar a la casa de Cartajena con una agradable sorpresa: un *esquinazo*.

Cerca de una hora perdieron en buscar a *Ramoncita* i esperar que se echase su mano de carmin i se hiciese los crespos.

Serian, pues, las diez de la noche cuando el *Futre* llegaba a golpear la puerta de Cartajena, contestando de adentro una voz dulce:

- ¿Quien golpeda?
— ¡Ella es! ¡Nievecitas! esclamó el *Futre*, miéntras los demás se echaban a reir i la *Ramoncita* comenzaba a cantar en medio de sus contoneos.
— Cuando concluyó el *esquinazo* i se abrió la puerta, la primera en salir fué la cantora, quien, yéndose derecho a la guitarra esclamó:
— ¡La mismita! ¡bien la estaba conociendo en las voces! ¡I yo que la daba por perdida.

—Cuatro pesos nos ha costado, le dijo el *Futre*.

—¡Qué robo! dos no mas me pasaron por ella.

—I llena de regocijo se puso a afinarla, sin soltarla desde ese momento, porque segun decia, tenia miedo de que el *Futre* se sentase en ella.

XXIII

La corcobita de San Pedro duró hasta el cañonazo del siguiente dia, i habria continuado quien sabe hasta cuando sin el inconveniente de tener Cartajena que irse a sus lanchas, aunque con ella vivita.

Los demas, por el contrario, se fueron a dormirla con sus caras trasnochadas, que formaban contraste con las de Serafina i *Ramoncita*, cuyos colores parecian renacer con la aurora.

Cómo pasaron la noche, lo dió a entender mui claro Nievecitas en la despedida, porque no se cansaba de ofrecerles la casa.

—No se olviden, pues... les decia. Ya saben la casa... cuando gusten.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Iban ya léjos, i todavía decia Nievecitas:

—¡No se pierda, señor *Vedas*! ...

—De ningun modo.

—¡Que no seda la última vez!... ¡Cuidado con el camino que es mui malo i pueden caderse!

—Ruegue a Dios no mas, dijo el *Futre* al ver la soledad del camino, que por aquí no nos salteden!

I al ver en esos momentos un bulto como aguaitando sobre un tablado, echó a correr cerro abajo, seguido de *Ramoncita*, sin acordarse de que el bulto era la Mona, (1) a la cual no reconoció con el miedo i la otra mona que él llevaba.

(1) La Mona era una figura o mascaron de proa que existia hasta hace poco en el cerro de Bella Vista i que un ventarrón se llevó el entablado en que se hallaba.



EN LAS ESTACIONES

I

Correr las estaciones en juéves santo, como *correr a Cristo* en Cuasimodo, ha sido una de las antiguas i fervientes devociones o costumbres del mundo católico en Chile. Entre nosotros ha habido mas devotos a estas *corridas* que en España a los toros.

Es cierto que en Valparaiso no son hoy las *estaciones* (*o tentaciones*, como suelen llamarles) lo que fueron en épocas ya lejanas. Recuerdo que cuando yo era niño, el juéves santo no se pensaba en otra cosa que en comer de viernes o ayunar i salir a las primeras horas de la noche a visitar las iglesias. Este peregrinaje tenia que hacerse a pie, porque ya sabemos que no hace muchos años se ha permitido el tránsito de carruajes por las calles de la ciudad durante los dos días—juéves i viernes santo—en que era considerado co-

mo una verdadera profanacion hacer uso de vehículos o caballería.

Las bulliciosas i aturdidas calles de Valparaiso perdian toda su animacion ordinaria. A penas enmudecian las campanas de las iglesias, cesaba completamente el movimiento de vehículos. Cuando mas se veia uno que otro jinete—aque-lllos que no habian podido salir ántes para las fiestas profano-relijiosas de Quillota—tirando por las bridas la cabalgadura en que debian trasportarse a buen galope a la ciudad del Pelícano, de la espumosa i embriagadora *baya* y de las no mé-nos embriagadoras callelarguinas.

Segun las creencias, segun el fervor religioso o segun el es-tado pecuniario de cada cual, los unos se quedaban en Val-paraiso sometidos al recojimiento, i los otros se trasladaban a Quillota—como todavia lo hacen hoi por ferrocarril—en busca de esparcimiento.

II

Las iglesias de Valparaiso se preparaban con mucha anti-cipacion para abrir sus puertas a la muchedumbre devota que debia enviarlas desde las primeras horas de la noche del juéves santo i deslumbrarlas con sus monumentos, en los cuales se desplegaba a porfia o competencia tanto lujo de ingenio como de cera para sobresalir i ganarse la palma del triunfo.

En esto se conserva hoi mas o mé-nos el mismo estusiasmo, pero no así en una de las partes mas características de las estaciones: los huertos. Antes no habia iglesia en cuyo atrio o plazuela no se improvisase el huerto del Señor de la Caña o de la Columna, i por supuesto con la correspondiente ban-deja para recojer limosnas i el indispensable niño pidiendo incesantemente a grito pelado: *Para el Señor del Huerto!... Para el Señor de la Columna!* lo cual formaba descomunal concierto con los que desde la iglesia gritaban a su vez

en medio de los maitines i del sordo murmullo de la multitud: *¡Para las ánimas benditas!... ¡Para la cera del Santísimo!* alternados de vez en cuando con las largas retahilas del presidiario que, como delegado de su *comunidad* i desde la escalinata del pórtico, con un platillo colocado sobre una mesita, i al lado del platillo un farol, del mismo modo que al lado del presidiario estaba la centinela, esclamaba en voz quejumbrosa: *¡Padres i madres, hijos de familia, una bendita limosna para los pobres encarcelados por el amor de Dios!* I acto continuo *el encarcelado por el amor de Dios!* dejaba caer con estrépito sobre las piedras la gruesa cadena sujetada al grillete que llevaba al pie.

Tan triste impresion causaba a los fieles el lúgubre ruido de la cadena, como dulce i consolador era para el presidiario el sonido metálico de las monedas al caer en el platillo.

III

Al anochecer del juéves las calles eran ya del dominio de la multitud devota; i no se veian mas que bultos negros yendo i viniendo, todos rezando aisladamente o en casas de familia, de cofradía o hermanadas a cuya cabeza llevaban una cruz u otra insignia religiosa. Parecia que Valparaíso entero, esperando un cataclismo, se habia precipitado a las calles a implorar con sus plegarias la misericordia de Dios.

IV

De las primeras en salir a correr *las estaciones* habia sido doña Pastora, acompañada de su hija Liberata i de su nieto Luisito, niño de seis años apénas. La señora contaria ya unos cincuenta i ocho, i la niña mas o ménos veinte, siendo soltera aun, pues Luisito era hijo de un hermano suyo que por sus malas costumbres, o mas bien, sus vicios i hasta sus crímenes, estaba proscrito del hogar.

Doña Pastora era una buena mujer; pero, viuda desde muy joven, no había sabido hacerse respetar de su hijo, confiándolo todo a la religión o a la iglesia, sin conseguir nada con su sistema del temor a Dios i al infierno.

La señora, si era algo corta de inteligencia, lo era mucho más de vista, por lo que siempre Luisito le servía de Lazarillo, cuando no su hija Liberata.

Esta joven, aunque algo viva i con atractivos físicos nada despreciables, no le había dado que hacer hasta entonces, si bien no le faltaba quien le calentase los cascos.

En cuanto a Luisito, era un digno nieto de su abuela, regalón i mal criado, tal como su padre lo había sido de niño.

Esa noche su abuelita le había provisto bien los bolsillos con monedas de plata i de cobre para limosnas que debía hacer en las iglesias, i él, por su parte, tal vez comprendiendo instintivamente que la caridad bien entendida empieza por casa, tuvo cuidado de llenarse de galletas otro de los bolsillos con tanta mayor razon cuanto que el estómago no se le mostraba ese día muy satisfecho con las privaciones a que lo había sometido su abuela, quien no transigía ni con el consentido de su nieto en tratándose de los preceptos de la Iglesia.

V

La señora marchaba penosamente llevando de la mano a Luisito, el que a su vez se sentía algo embarazado con la alfombra que le habían echado sobre el hombro. Liberata iba adelante, abriendose paso con dificultad por entre la multitud, especialmente al penetrar en las iglesias.

Al principio no fué esto tan difícil; pero a la hora del mayor movimiento se vió la niña en grandes apuros para librarse a doña Pastora i a Luis de los remolinos de gente en que se veían envueltos.

—¡Cómo ha de ser! ¡Llevémoslo en amor de Dios! exclamaba la señora con santa resignación al salir de una apre-

tura que las tuvo a mal traer cuando entraban a la iglesia de San Francisco... Pero adónde se habrá ido ese niño?... ¡Luis!... ¡Luchito!...

—¡Aquí voi, abuelita! le contestó el niño tirándole fuertemente el vestido por detrás.

—No me desapretines, muchacho... ¿I la Liberata?... ¡Liberata!...

—¿Qué no me ve aquí, mamá? Parece que cada dia está mas cegatona.

—Cuidado, niña, no se aparten, que pueden perderse i es mui difícil encontrarse... Pero ven acá, niño, dame la mano.

—*¡Para las ánimas benditas!* gritaron en esos momentos casi en los mismos oídos de doña Pastora.

—Las ánimas, abuelita, dijo Lucho soltándose de la señora i llevándose la mano al bolsillo.

—Bueno, vaya a darles algo, hijito.

Lucho atravesó como pudo el pequeño espacio que lo separaba de la mesa i tiró en la bandeja unas cuantas monedas, miéntras doña Pastora i su hija ganaban un espacio vacío que había cerca de un confesonario.

Lucho, que no las había visto tomar esa dirección, al volverse i encontrarse sin ellas, empezó a gritar: ¡Abuelita, abuelita! en medio de la sorpresa i risa de los fieles.

~~La~~ Liberata corrió hacia él i, cojiéndolo bruscamente de un brazo, se lo llevó a la abuelita, quién se había sobresaltado creyendo que algo serio le había pasado al niño.

—Usted tiene la culpa, mamá, por traer a este chiquillo. ¡Sabe Dios cómo se ve una!

—Por qué me dejaron solo, repuso Lucho con enojo.

—Tiene razon, dijo la señora. El pobrecito por condolerse de las ánimas... I ahora vamos a rezarles un rosario... Hínquese aquí, hijito, i persíguese.

I la señora empezó a darles el ejemplo, seguida de Liberata que no podía contener la risa al ver los garabatos que hacía Lucho al santiguarse. Pero en esos momentos distraía su

atencion un jóven que, colocado a pocos pasos de ahí, la había reconocido i la saludaba con una dulce sonrisa.

—«Padre nuestro, que estás en los cielos», dijo en voz alta i devotamente doña Pastora, haciendo sonar el rosario que tenia entre los dedos... Reza, niño, agregó al ver que Lucho, distraido, miraba hacia un lado.

—¡Abuelita! ¡Abuelita! Allí está don Marcial, le interrumpió el niño señalando al jóven que miraba a Liberata.

—¡Cállate, chiquillo! ¿Qué me importa a mí don Marcial?... «Santificado sea tu nombre, venga a nos tu reino...» Baja la vista, niña... ¿Para dónde estás mirando?

—¿Yo, mamá?

—Ya te llegó la tentacion... «Hágase, Señor, tú voluntad...»

—¡Qué duras son estas galletas, abuelita! esclamó Lucho triturando ruidosamente entre los dientes la que se había echado a la boca.

—¿Comiendo en la iglesia, muchacho de mis pecados? dijo la señora dándole un manoton que le hizo saltar otra galleta que tenía en la mano.

—¡Mi galleta! gritó Lucho persiguiéndola i dejándose caer sobre la falda de una devota.

—¡Niño, por Dios! esclamó asustada la beata, rechazándolo suavemente.

—¡Sosiégate, muchacho! le dijo su abuela atrayéndolo a su lado... Ya no sé ni dónde iba, agregó.

—«Hágase tu voluntad», abuelita.

—Así debías hacerlo cuando te mando, dijo la señora, i luego continuó rezando; «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...» Pero reza, niño, i ya te he dicho que no estés comiendo... «El pan nuestro de cada dia...»

—Si son galletas, dijo Lucho. ¿Quiere, abuelita? agregó, acercándose una a la boca tan bruscamente que hizo saltar a la señora.

Por toda contestacion doña Pastora le dió un pellizco que lo hizo gritar.

— ¡A qué traen a la iglesia a estos chiquillos mal criados! dijo por lo bajo una de las beatas que estaban cerca.

— ¿I a usted qué le importa? le contestó con rabia doña Pastora.

— ¿Cómo no nos ha de importar, agregó otra, cuando no la dejan a una rezar tranquila?

— ¡Qué nunca han de faltar las tentaciones! dijo una tercera. Este es el enemigo malo que se ha entrado a la iglesia en figura de chiquillo.

— ¡Habráse visto insolencia! esclamó doña Pastora.

— No haga caso, mamá, le aconsejó Liberata.

— Será mejor, dijo una de las mujeres.

— Podian ver que es un niño, observó doña Pastora.

— ¡Ayayai! . . . ¡Qué me han clavado! esclamó Lucho dando un salto i llevándose la mano atras.

Liberata tendió la vista por el grupo de mujeres que había detras de Lucho i vió que todas estaban impasibles i con el rostro compunjido, como entregadas por completo a la meditacion.

— ¡Canallas! esclamó Liberata, arrebatada por la cólera.

— Vamos, hija, dijo doña Pastora, levantándose i cojiendo de la mano a Lucho, quien no dejaba de mirar a las mujeres que tenia a retaguardia.

— Adios, hijito, le dijo una que estaba bien tapada.

Lucho le tiró un puntapié.

VI

En esos momentos se aproximaba Marcial i tomaba de la mano al niño con el asentimiento tácito de la señora.

A la salida no hubo novedad, a pesar de las dificultades causadas por la aglomeracion de gente.

Cuando se encontraron libres de apreturas, entraron en

conversacion, promovida por Marcial, que preguntó a doña Pastora:

—¿I qué le ha parecido la iglesia, señora?

—Mui bonita.

—A mí no me ha gustado el monumento, agregó Liberata.

—Déjate de murmurar, niña, le dijo la señora... No se puede negar que en esta iglesia son algo pobres i deslucidas las fiestas... I no será porque les falte a los padres...

—Eso no será murmurar, le observó Liberata,

—No hago mas que decir la verdad. I luego ¡qué desorden!... Mentiria si dijera que habia rezado.

—Cómo nó, abuelita. ¿Que no se acuerda?

—Tú, demontres, que estuviste hecho un basilisco, has tenido la culpa de todo.

—No se enoje, abuelita, que aquí vamos a rezar bastante.

Las palabras de Lucho hicieron comprender que, en efecto, se hallaban mui cerca de la iglesia Matriz, la cual parecia estar mas repleta de devotos, a juzgar por los agolpamientos que se veian a la entrada.

—¡Dios mio! esclamó Liberata. Si esto da miedo. No entremos, mamá!

—¿A qué hemos venido entonces? repuso la señora.

—Yo lo hago por usted.

—Déjemela a mí, dijo Marcial, i encárguese usted de Luchoito.

—¡Yo no quiero ir con la Liberata! gritó Lucho cojiéndose de uno de los faldones de la levita de Marcial.

—¡Mal haya el muchacho fastidioso! esclamó Liberata.

—A ver, ven acá, dijo el jóven soltando por un momento a la señora i levantando en brazos al niño.

—¡Hupa! gritó Lucho trepándose hasta los hombros del jóven i abrazándose fuertemente del pescuezo.

—Pero no me ahorques, hombre... Toma llévame el sombrero.

La señora empezó pronto a arrepentirse de su temerario

empeño, porque a pesar de ir protejida por Marcial, las oleadas de jente la hacían tambalear a cada momento i temía que la desnudasen con tantos estrujones i tirones que le daban.

—¡Volvamos! ¡volvamos! gritaba deteniéndose.

—Ya no es posible, señora, le decía Marcial, que comenzaba a sentirse fatigado con el peso de Lucho.

—¿Dónde está Liberata?

—Aquí voi, mamá.

—¡I Luchito!... ¡Cuidado con el niño!

—Voi a caballo, abuelita. ¿Que no me vé?

—Pero ha de estar haciendo algo: ¡sácate ese sombrero, niño!...

—¿Que va poniéndose mi sombrero? preguntó Marcial.

—¡Ai!... ¡ai!... gritó Lucho en esos momentos, soltando el sombrero de Marcial, que se le sumió hasta los hombros.

—¿Qué tienes, criatura de Dios!

—¡Mi zapato, abuelita!... ¡Agárremé el zapato, que se me pierde!

—Calla, niño, le dijo Marcial al ver que todos empezaban a reírse.

—¡Sea por los clavos del Señor!... exclamó doña Pastora.

—En qué momento ha venido a caérsele el zapato!...

—Nó, abuelita, si no se me ha caido... Los tengo aquí, agregó mostrándole el pié: se me había salido no mas.

VII

—¡Gracias a Dios! exclamó la señora al verse dentro de la iglesia i, arreglándose el traje miéntras Marcial se desembrazaba de Lucho. Pero yo he perdido algo, agregó... ¡Ah! es mi rosario... ¡Cómo se me ha caido!

—Lo tiene en la mano, abuelita, le dijo Lucho con viveza.

—¡Válgame Dios! exclamó la señora. Si no sé dónde tengo mi cabeza...

—Ahí la tiene, abuelita...

—Sin embargo, a mí me falta algo... Mi caja de rapé... .
¡Ah! aquí está en el bolsillo... Por eso es malo formarse.
malos juicios... Ahora dame la mano... Pero ¿adónde se
ha ido ese niño?... ¿I Liberata?

—Ahí la veo que va siguiendo a Luchito, dijo Marcial.

—Si es de no descuidarse con ese niño.

En efecto, apénas había oido gritar: *¡Para las ánimas benditas!* corrió a darles una limosna; pero sucedió que en vez de echar a la bandeja una moneda, arrojó una de sus galletas, con gran sorpresa i disgusto del muchacho que estaba encargado de las ánimas, el que por corta providencia le aplicó un coscorron.

Lucho se puso a sollozar.

—¡Bien hecho! le dijo Liberata.

—¿Qué le ha pasado al niño? preguntó doña Pastora, que se acercaba en esos momentos.

—¿A quién se le ocurre, dijo Liberata, ir a echar una galleta en la bandeja de las ánimas?

—Yo... creia... dijo Lucho jímoteando, que... las ánimas... comian... galletas!...

—¡Inocente! esclamó doña Pastora. La intencion le valga al pobrecito.

—Las ánimas no comen, hombre, le dijo Marcial. Se les da la limosna en plata.

—I para qué... quieren... plata... si no comen.

—¡Cállate, niño, por Dios! le dijo su abuela. ¿No parece que se lo enseñaran?

—Yo creo, mamá, que seria mas prudente que nos fuésemos a casa, dijo Liberata con cierto disgusto.

—¡Cuando acabamos de entrar, muchacha!

—Pero ya usted ve que con este niño no se puede andar un momento tranquila.

—Déjamelo a mí... Ya comprendo tu disgusto... Vén gase commigo, hijito; acompáñame a rezar.

I esto diciendo, se dirigió a un hueco desocupado que ha-

bía a pocos pasos! tendió su alfombra i se acomodó con Lucho, miéntras Liberata quedaba de pié con Marcial entre un grupo de jente que se entregaba a la curiosidad mas que a la oracion.

Empezaba la señora a preparar su rosario cuando Lucho preguntó:

—¿Por qué reza tanto, abuelita?

—Porque a eso se viene a la iglesia.

—¿Cómo no reza don Marcial?

—Te parecerá, niño. I déjate de preguntas, será mejor.

—Entónces ¿ahora está rezando don Marcial con mi tia Liberata?

—Sí, niño majadero... Vamos, persíguate de una vez...

¿Te has puesto a silbar, muchacho?...

—I ¿para qué se reza, abuelita?

—Para encomendar a Dios nuestras almas i la del prójimo... No rompas la alfombra, niño. ¿Que no puedes estar quieto?

—¿Quién es el prójimo, abuelita?

—Nuestros semejantes, niños.

—¿Qué cosa es semejante? ¿Usted es semejante, abuelita?

—Sí, niño; i tú tambien... i no me preguntes mas, que vamos a rezarle a tu padre.

—¿Dónde está mi papá, abuelita, que no nos viene a ver tanto tiempo? preguntó Lucho, haciendo sonar las monedas que llevaba en el bolsillo.

Doña Pastora dejó escapar un suspiro, i luego dijo:

—Tu papá se murió, hijito... ¡Mas bien que se lo hubiera llevado Dios! agregó en seguida para sí.

I comenzó a rezar con tanto fervor por su desgraciado hijo, que se olvidó absolutamente de Liberata i no hizo ya el menor caso de las interrupciones de su nieto.

Cuando terminó se encontró con Lucho completamente dormido. Luego tendió la vista a todos lados i no vió a Li-

berata ni a Marcial, alarmada entonces empezó a despertar al niño.

—¡Lucho! ¡Lucho! le decía remeciéndole fuertemente.

Pero Lucho estaba hecho una piedra, rendido con las carreteras i agitaciones de la noche.

—Despierta, hijito, por Dios, que ya nos vamos . . . ¡Lucho! ¡Lucho!

El niño, haciendo un brusco movimiento, dijo entre dientes:

—¿No ve como me clavan, abuelita?

—Soy yo, hijito; abra los ojitos, que ya nos vamos.

—No quiero levantarme todavía, abuelita. Tengo mucho sueño . . . No voi al colejo . . . No voi al colejo . . .

—Si no estamos en casa, niño . . . Vaya, despierta y vamos a comprar galletas . . . i dulces . . .

Lucho comenzó a abrir los ojos . . .

IX

—¿Divisa por ahí a Liberata, hijito? le preguntó la señora cuando lo vió alzarse i ponerse de pie.

—No la veo, abuelita.

—¿I a don Marcial?

—Tampoco.

—Pícaros! ¡Ni por ser el dia que es! . . . Pero no puedo creerlo todavía, agregó levantándose. No a humo de paja se nos vino a pegar ese mozo . . . Vamos a buscarlos por ahí, porque no se concibe que en este lugar . . .

I la señora, con Lucho de la mano, empezó a recorrer la iglesia poco menos que a tientas, porque apenas veía a unos cuantos pasos de distancia.

—¿Qué es eso? preguntó a Lucho al sentir ruido i alarma en una de las puertas laterales de la iglesia.

—Una pelea, abuelita, le contestó el niño.

—Salgamos, salgamos por acá, dijo doña Pastora alarmada i buscando la puerta principal.

X

¿Qué había sido de Liberata? Suponiendo, i con razon, que su mamá rezaría por lo menos una media hora, se había salido de la iglesia con Marcial por una de las puertas laterales para tomar un poco de aire, i tambien para conversar un poco mas a sus anchas. Pero sucedió lo que en esos casos acontece a todos los enamorados: que el tiempo se les pasó insensiblemente. Trascurrió media hora larga sin acordarse de que habían dejado en la iglesia a doña Pastora con el niño.

—¡Ai! esclamó al fin Liberata corriendo a la iglesia seguida de Marcial, que comprendió el grito de sorpresa de la joven.

—No tenga cuidado, le dijo él para calmarla, pero sin dejar de participar del natural sobresalto.

—¡Dios mio! esclamó ella deteniéndose ante un golpe de jente que en esos momentos abandonaba la iglesia. Es imposible entrar por aquí.

Yo iré adelante, dijo el joven con resolucion. I en efecto empezó a abrirse paso bruscamente.

—¡Ai! qué futre tan imprudente! gritó una beata.

—¡Jesus! qué bruto! dijo otra.

—¡Ah salvaje! . . . que casi me ha deshecho! esclamó una tercera.

—¡A qué vendrá a la iglesia este animal! . . .

—¿No hai quien le dé una leccion?

—¡Toma! esclamó una tirándole un manoton i arrojándole lejos el sombrero en medio de la algazara de las demás.

—¡Toma! gritó a su vez Marcial, sin poder refrenar su ira i dejando caer la mano sobre una de las beatas.

—¡Ai! que ha venido a pegarme tan fuerte este pícaro cuando yo no he sido.

I miéntras Marcial se inclinaba buscando su sombrero, todas las mujeres, hechas unas fieras le caian encima a arañazos, mojicones, alfilerazos, tirones de mecha i de levita, acompañados de insultos i gritos que pusieron en alarma a todos los devotos que habia dentro de la iglesia, entre ellos doña Pastora i su nieto, que se apresuraron a buscar la salida, como ya lo dijimos.

—¡No lo larguen! gritaba una.

—¡Entréguelo a la policía que debe ser algun ladron! decia otra.

—¡Avísenle al señor cura!

—¡Délen duro a ese irreverente!

—¡Es un hereje! . . . ¡un impío! . . .

I el pobre Marcial, acosado i medio aturdido, fué retrocediendo hasta el medio de la calle seguido de las mujeres; i no encontrándose seguro allí mismo, porque el alboroto i las amenazas continuaban, emprendió mas que de prisa la retirada, en medio de la mofa de las mujeres, con la levita hecha jirones, sin corbata, el sombrero de copa en un estado depicable, el cuerpo medio molido i torturada su alma con el recuerdo de Liberata, cuya suerte ignoraba.

XI

La pobre niña, preocupada como estaba con su alejamiento culpable del lado de su mamá, habia puesto todo su esfuerzo en entrar a la iglesia, consiguiéndolo al fin a favor del mismo desorden. Corrió al lugar en que habia dejado a la señora con el niño, i no la encontró; recorrió en seguida azorada toda la iglesia, pero con el mismo resultado; volvió en busca de Marcial que no encontró tampoco; tornó a la iglesia i nada, ¿Qué haría?

XII

Entre tanto doña Pastora, que habia alcanzado a oir los rumores del desorden, pero sin sospechar siquiera que pudiera haber sido promovido por Marcial, buscó de prisa las salidas del frente principal de la iglesia no sin que Lucho fuese dando de paso las últimas limosnas, esta vez en plata, tanto porque no sabian agradecerle sus galletas, como porque ya él se las habia comido todas.

Despues de algunas dificultades en la puerta, pero que no tuvieron nada de particular, se encontraron en la plazuela, en donde la señora se hallaba parada con Lucho para tomar aliento, cuando oyeron:

—«Padres i madres, hijos de familia, una bendita limosna para los pobres encarcelados por el amor de Dios!»

—Voi a darle lo que me queda, abuelita, dijo Lucho corriendo en direccion al presidario.

Horrorizada la señora al oir la voz de aquel desgraciado, siguió tras el niño ajitada i convulsa.

Lucho se acercó a la mesita i arrojó el puñado de monedas en el platillo.

El presidario, que en esos momentos recojia la cadena, al ver al niño volvió a soltarla i, dejándose caer sobre las gradas de la iglesia, se cubrió el rostro con las manos como espantado por una vision.

Habia reconocido a su hijo.

Al mismo tiempo su madre le reconocia a él i, dando un grito, caia desplomada sobre el pavimento.

XIII

Este accidente i los gritos de Lucho al ver a su abuelita dar con su cuerpo en tierra, reunieron a la multitud, entre ella Liberata que desde lejos habia reconocido los gritos del niño i corrido en su socorro.

Sin embargo, nadie, escepto el presidario i su madre, supo cuál había sido la causa de aquel desmayo, que todos atribuían a los ayunos del dia.

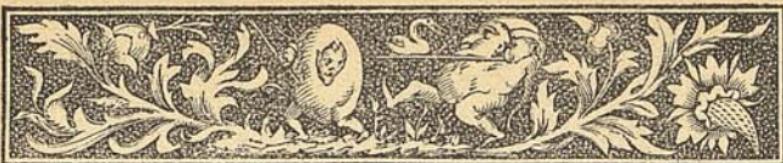
XIV

Desde entonces doña Pastora no salió a *correr las estaciones*, rezándolas en su casa con mas devoción i tranquilidad, en union de su hija i de su nieto, que era la única *tentacion*.

Pero ninguno quedó mas escarmentado que Marcial, porque desde la noche en que por ir a correr las estaciones salió el correteado por las beatas, no se atrevió ni a mostrar la cara donde doña Pastora; i cuando alguien se las recordaba en broma, decía al momento:

—Con las beatas, ni a misa.





¡QUÉ TIEMPOS, QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!

I

Cuento en el número de mis amigos un par de respetables ancianos que representan juntos mas de siglo i medio.

El uno, don Silverio, es algo mas viejo que el otro, don Martin; pero allá se van los dos en cuanto a charladores i a la particularidad, propia en los de sus años, de ligar los asuntos, haciendo interminables sus pláticas, si bien mui variadas i entretenidas.

Incansables fumadores, no han tenido pocas conversaciones sobre el tan debatido tema del tabaco, que ellos declaran inofensivo, probándolo prácticamente con el irrefragable argumento de los años que llevan consumidos cigarrillos i echado humo por boca i narices.

Estos dos viejos amigos se buscan recíprocamente, porque parecen destinados el uno para el otro, a juzgar por sus caractéres, sus costumbres, sus gustos i hasta sus defectos.

Así es como, chupeton de cigarro va i conversacion viene, ven correr veloces las horas i enteran la vida insensiblemente como dos almas que ya han cumplido su mision en la tierra i esperan tranquilos, sin remordimientos de conciencia, el dia que han de fumarse el último cigarrillo i echar el último párrafo.

He dicho que estos dos venerables ancianos figuran en el número de mis amigos, i tanto mas los aprecio i considero, cuanto que son para mí dos archivos vivientes que consulto a cada paso, mereciéndome sus informaciones la fé mas completa.

Sucesos o pormenores que no he encontrado en archivos históricos o colecciones de diarios, ellos me los han facilitado en el acto de viva voz i sin gravámen ninguno para mí.

Por supuesto que yo no llevo mi egoismo hasta el estremo de visitarlos sólo cuando los necesito, si bien es cierto que cada vez que voi a verlos me siento mas que todo arrastrado por el interes de su amena i sostenida conversacion. I espongo que esta franca confesion de mi parte no ha de disgustarles si llegan a leer estas líneas, sino que han de recibirla mas bien como un merecido elogio de los atractivos de su conversacion, mucho mas cuando son ya tan escasos los que saben conversar.

No fué otro el incentivo que una de estas noches, en que me sentia aburrido i sin saber por dónde tirar, dicho sea con perdon de mis dos viejos amigos, me llevó a casa de don Silverio, que es donde se reunen ámbos, teniendo la suerte de encontrarlos juntitos, consumiendo en animada charla, como de costumbre, sus sabrosos *puchos* de cigarro i el *puchón* de tiempo que les queda de vida.

—¡Tanto bueno por acá! esclamó don Silverio al verme i levantándose para recibirme:

—¡Qué milagro ha sido éste! agregó por su parte don Martín, tendiéndome su descarnada mano.

—En efecto, hace tiempo que no me daba este placer, contestéles yo ocupando el asiento que se apresuró a ofrecerme el cariñoso i atento don Silverio.

Porque es de advertir que este buen señor es el hombre mas amable i cortes que he conocido. Recuerdo que en una ocasión me recibió con una silla en cada mano para que me sentase, i yo, para no desairarlo, tuve que aceptar las dos, acomodándome como pude en ámbas, lo cual le hizo a él mucha gracia.

Por esto le dije ahora al sentarme:

—Escasas andan las sillas, don Silverio.

—Para usted no faltan... Las que guste... ¿i qué dice el mundo por ahí?

—Absolutamente nada de particular.

—La misma contestación que acaba de darme Martín.

—¡Si ya no hai de qué hablar! exclamó don Martín faltando descaradamente a la verdad. Como no se ocupe uno de los negocios, del papel moneda, del cambio...

—A propósito del cambio, i dispensa que te interrumpa, Martín, dijo don Silverio, ¿creen ustedes que volverá el oro con lo que se está haciendo?

—¡Ai, amigo! Eso esta todavía por verse, contestó desconfiado don Martín. Debiéramos contentarnos con que volviese siquiera la plata.

—Yo creo que nos moriremos ántes, agregó don Silverio... ¡Cuando me pongo a pensar en mis buenos tiempos, en que andábamos todos con los bolsillos llenos de onzas de oro!...

—Por lo ménos de pesos fuertes, pesetas i reales de cruz, sin contar los de carita, agregó don Martín.

—¡Y cómo botábamos entonces la plata, Martín! ¿Te acuerdas?

—¡Y cómo se divertía uno tambien!

—Me acuerdo que una vez entraba en una chingana...

Aquel año se había hecho el *Dieziocho* en la plaza de la Victoria...

—En la plazuela de Orrego, querrás decir.

—Cabalmente, así se llamaba entonces... Me parece que la estoy viendo... No había teatro ni cuartel de policía, nada en fin, de lo que hoy llama allí la atención...

—¡Qué había de haber!... ¿No te acuerdas, Silverio, de la gran laguna que se formaba allí con las olas que entraban en los días de temporal?

—Como que más de una vez pillé a mis chiquillos metidos en las canoas que andaban navegando por la plaza como en la bahía... Pero volviendo a mi conversación, i como iba diciendo, allí no había aun teatro...

—Estás equivocado, Silverio, porque entonces existía el del Recreo.

—Justamente, tienes razón, i si mal no recuerdo se hallaba situado en el mismo punto que hoy ocupa la iglesia del Espíritu Santo. Allí fué donde vi trabajar a Casacuberta. ¡Qué artista aquél!... Pero, como iba diciendo... ¿De qué tratábamos Martín?

—De la plazuela de Orrego.

—Nó, no era eso...

—De las chinganas que el *Dieziocho* se establecieron en la plaza.

—Tampoco... ¡Ah! ya estoy... De las onzas de oro. ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Cómo se divertía uno en esos días! ¡He echado más bailes en la plaza de la Victoria!

—¿I yo?... No quisiera tener más que los pesos que boté en mi mocedad, aunque sólo fuesen los que les dí a las cantoras por cada tonada o despedida que me echaban.

—¡Anda tú a hacerlo ahora!

—Convengamos, amigo Silverio, en que aquellos eran otros tiempos. Entonces no se criticaba tanto, ni estábamos tampoco tan metalizados como ahora.

—Al contrario, entonces era cuando estábamos metaliza-

dos con tanto oro i plata, miéntras que hoi estamos *papelizados*.

—Tambien es verdad que ántes se daba una educacion mui distinta, i eso que apénas habia escuelas para aprender las cuatro reglas de la aritmética.

—Despues de todo, no sé cómo nosotros aprendimos a leer.

—¿Te acuerdas, Martin, del maestro Aguilar?

—¿No he de acordarme, hombre, cuando a él, despues de Dios, le debo lo poco que sé? Verdad es tambien que a él le debo el cuero que llevo, porque a azotes me mudó el que yo tenia.

—Pero al fin tenemos que agradecérselo, porque, mal que mal, supo hacernos jente.

—Cada vez que paso por la quebrada de San Agustín se me viene a la memoria . . . ¿Te acuerdas de aquellas peloteras que teníamos a la salida?

—¡Ah! cuando íbamos en busca de nuestros sombreros.

—Pero, hombre, ¿a quién se le ocurría destinar un barril para guardar los sombreros? ¡Qué tiempos, qué tiempos aquellos!

—Así era como nos precipitábamos a un tiempo sobre él, i con frecuencia íbamos a parar al medio de la calle en confusa gritería i rodando con el barril i los sombreros.

—Por lo demas, el maestro Aguilar era un buen hombre.

—Lo que yo no he podido perdonarle nunca dijo don Martin, fué la zurra que me dió una vez por haberle pedido permiso para ir a la corte.

—¡Ah! ya me acuerdo de la *corte!* exclamó regocijado don Silverio. ¡Que modo de llamar las cosas!

—¿Te acuerdas cuando íbamos allí con nuestros mamelucos? . . .

—Mui cómodos e hijiénicos que eran los tales mamelucos. Yo me los puse hasta grande. Me acuerdo que ya sacaba cuentas i escribia de quinto angosto . . .

—Pero volviendo a la *corte* i mirándole bien, todo Valpa-

raiso era entonces una *corte* con aquellos barrancos, aquellas plagas, aquellas calles... Qué tiempos! qué tiempos!

—Cuando uno se pone a pensar que no había aceras, ni empedrados, ni luz...

—Pero qué había de haber luz cuando no conocíamos ni los fósforos.

—¡Fósforos! Así no hubiésemos tenido pajuelas... Es verdad que de nada servía la pajuela como no hubiese fuego o yesquero en que prenderla.

—Pero acuérdate que había el recurso de mandar pedir al vecino una brasita de fuego, con tal de llevarle un carbon apagado que sostuyese la brasa que él daba.

—Por esto tenían todos el cuidado, ántes de acostarse, de dejar el fuego bien enterrado en la ceniza para que se conservase hasta el dia siguiente. ¡Ai! No sabemos apreciar todo el bien que nos trajeron los fósforos!

—¡Qué distinto ahora, amigo, en que la luz se hace sola, con la electricidad!

—A propósito de la electricidad, cuantas veces, al ver, alumbrada la calle Esmeralda como si fuese de dia, no me he puesto a pensar en los tiempos aquellos en que cada uno tenía que llevar su farol o su linterna en la mano o debajo del capote de barragan, i hasta las bandas de música su farola, so pena de no poder dar un paso por las oscuras calles, sobre todo si era noche de lluvia.

Qué tiempos! qué tiempos!

—Pero ¿qué méños podía suceder con aquellos famosos faroles del alumbrado público provistos de velas de sebo i todavía colocados a una cuadra de distancia? ¡Me parece que veo a los faroleros con la escalera al hombro i los mazos de velas colgados! Todo era soplar una brisa de norte o de sur, i muchas veces sin soplar nada, i quedarse la población en tinieblas.

—I todavía los vecinos tenían que colocar un farol en la puerta de calle, so pena de cerrarla o de oír al sereno a cada

momento, despues de pegar con el pito en la vaina metálica del sable:

¡Vecino! ¡farolito a la puerta!

—¿I recuerdas cómo cuidaba la municipalidad sus famosos faroles? Por la mañana temprano los desenganchaban para guardarlos, bajo llave, en un cajon de madera que se habia fijado en la pared.

—Esto se esplica por lo caro que eran entonces los vidrios pobres las municipalidades. Lo que no se comprende es que hoi, siendo los vidrios tan baratos i las municipalidades tan ricas, veamos los faroles hechos pedazos.

—Lo que yo no comprendo es que fuesen tan caros los vidrios entonces, cuando se conseguia una gallina por real i medio i los huevos solian estar hasta a doce por real.

—Es que entonces no teníamos tantos derechos como hoi i no habia ni recovas. ¿Ne te acuerdas de los puestos de verduras, frutas, carne, pescado i cuanto Dios creó, que ocupaban las calles i plazas, unos con sus correspondientes covachuelas i otros al aire libre? . . . ¡Qué tiempos! ¡qué tiempos! ¿Cuántas veces no comíamos fruta sin que nos costase mas que aguaitarles el sueño a los huasos?

—No haríamos hoi lo mismo con la policía que tenemos.

—Me admira que hagas esa ofensa a los serenos i vijilantes de aquella época. Acuérdate que Valparaiso entero se hallaba confiado a unos cuantos hombres i que entonces habia mas tentaciones que hoi, porque se hallaba repartido por todas partes el oro i la plata, que ahora se encuentran bien guardados i seguros en los Bancos. Comparados con los de hoi, aquellos hombres andaban como un reloj.

—En cuanto a lo de reloj, no lo niego, porque daban la hora.

—Exactamente . . .

—No con tanta exactitud . . .

—Me parece que los oigo gritar: *¡Laas doce han daoooo... i sereno!* i si estaba nublado o lloviendo, lo decian en vez de

sereno. De forma que tú sabias desde la cama cuál era el estado atmosférico. Todavía mas: te anunciaban hasta cuando temblaba, si bien es verdad que esto lo oías casi siempre un poco a destiempo, cuando ya el crujido de la casa te había hecho salir como estabas a la calle pidiendo misericordia. Por la inversa, mas de una vez me hicieron salir de espata-perros con el grito de: ¡Laas tres han daoooo... i el mar saliendo!... Pero eran ellos los que *salian* despues diciendo que un tuno o borracho era el que se había permitido aquella bromita...

—I así no mas debia ser, porque los serenos i vijilantes eran mui formales, honrados i hasta buenos cristianos...

—Sí, tan buenos cristianos, que apénas despertaba el alba cantaban el *Alabado*, que era con frecuencia una alerta mui oportuno para los que a esas horas podian estar ofendiendo a Dios de palabra u obra... No puede olvidárseme nunca lo que me pasó con un sereno. Me había mandado hacer un par de botas...

—A propósito de botas, ¿te acuerdas de M. Bruyère?

—¿El *Cheuto*? Justamente era quien me calzaba...

—Tenia una botería en la calle de la Plancha, hoi de Serrano...

—Como que ese era el único barrio en donde estaba concentrado todo el comercio. Ya sabes que no había nada en la calle del Cabo o Esmeralda, como ahora se llama, ni en la de San Juan de Dios o de Condell, escepto uno que otro negocillo de mala muerte. No hablo de la calle de la Victoria, en donde solo se veia tal o cual tienda como las del campo, con sus muestras, las *chupallas* i los rollos de bayeta de Castilla, cubiertas completamente de polvo...

—¡Qué polvaredas las de aquellos tiempos!

—¡Las hai hoi!... ¿Qué no seria entonces?

—¡I qué barriales en invierno! ¿Te acuerdas de los pantanos que se formaban en la calle de la Victoria, que era necesario sacar con cuatro yuntas de bueyes las carretas, con

postillones los carretones i los pocos coches i birlochos que teníamos?

—¿I qué me dices de los esteros en los días de lluvia? Bastante plata que pagué yo para que me pasasen cargados los hombres que se apostaban en las boca-calles. ¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos!

—¡Lo qué va de ayer a hoy! ¡Cuánto no ha ganado esa calle! Hoy cuenta con más establecimientos que los que había en nuestros tiempos en todo Valparaíso. Un día tuve la curiosidad de contar las zapaterías . . .

—Que ántes eran señaladas, al ménos las de hombres, como la de Etcheverry, la de Bruyère, la de Regan, la de Martineau . . .

—I la de Napoleon Charpin . . .

—Pero esa vino despues, i era de calzado para señora . . . Recuerdo que esto fué una gran novedad, porque casi todas las niñas compraban calzado de importacion en las tiendas de trapos . . .

—O en la plaza pública. ¿No recuerdas los grandes canastos que se estacionaban en la Plaza de Armas, despues llamada de la Municipalidad i ahora de Echáurren, i que era entónces la principal de Valparaíso a pesar de no tener la mitad de la extensión de hoy?

—Sí, recuerdo perfectamente que todos los sábados había allí una especie de feria, porque parece que las familias no podian hacer sus compras sino en dia sábado.

—Sobre todo de zapatos. Me parece que esto viendo los canastos rodeados de mujeres, niñas i niños probándose el calzado i regateando los precios entre las zapateras que se hacian la competencia de canasto a canasto.

—Tambien me acuerdo que salian con esas grandes cestas iguales a las que hoy se emplean para esportar gallinas, a recorrer las calles, cerros i quebradas pregonando: *¡Los zapatos de duradera!*

—Pero acuérdese que otros gritaban: *¡Llevo los zapatos de duradera i de cordoban!* . . .

—¡Ah! sí. ¡Qué zapatos eran los de cordoban! Dos reales costaba el par. . . . ¡Así tambien duraban ellos! . . . Pero volviendo a mi cuenta, habia mandado hacer un par de botas, que entonces costaban media onza de oro, . . .

—Mas cuesta hoi un par de zapatos. . .

—¡I cuidado que tenia uno botas para un año, porque con unas remontas, que costaban tres pesos, quedaban otra vez nuevas.

—Es que con los zapatos nos ha pasado lo que con los sombreros.

—Así no mas es: entonces un sombrero de copa, de lo mejor, no valia mas que un cuarto de onza, o sean cuatro pesos dos reales i medio.

—Nunca pagué yo mas, i estaba cansado de comprarlos en la sombrerería de Gausseran o en la de los hermanos Besson, que eran los primeros sombrereros de la calle de la Plancha.

—Pero ¿en qué quedó al fin lo de las botas?

—Como iba diciendo, debia estrenarlas en un paseo que tenia al jardin del Tivolá. Aquel dia era de gran novedad en Valparaiso porque se estrenaban los ómnibus. . .

—Me acuerdo de tales ómnibus. Creo que eran de Capelino. . .

—Me parece que sí; pero no dieron buen resultado, porque con las calles que entonces teníamos. . . . ¡Así no hubiese sido por el jeneral Blanco! . . .

—A él se debe, en efecto, el empedrado de las calles, las aceras. . .

—Pero ¿qué idea tendria al colocar en las aceras aquellos postes de un metro de altura i a cinco o seis metros distantes uno de otro?

—Talvez se tomó por modelo la acera de la Aduana (hoi Intendencia), la cual estaba orillada de cañones escluidos de

los buques i unidos por cadenas que obligaban al transeunte a saltarlas a cada momento.

—Quizá era una defensa o barrera contra los animales, especialmente los vacunos, que se escapaban todos los días de los corrales de matanza (el Cuadro) i venian por las calles principales haciendo fechorías en medio de los gritos: ¡el toro! ¡el toro! i de las polvaredas que levantaban los huasos que, a caballo i lazo en mano, corrían tras ellos a todo escape. ¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos aquellos!

—Volviendo, pues, a mi asunto, decía que ese día tenía un paseo al Tivolá i en la noche debíamos ir al sainete... ¿Te acuerdas de los sainetes? ¡Quién creería hoy que lo mejorcito de Valparaíso solía ir a divertirse, por los días de Pascua, al cerro de la Cordillera!

—Así no más era: me acuerdo que desde temprano comenzaban las familias a mandar sus sillas al corralón conocido con el nombre de la *Recova* i que hoy permanece más o menos en el mismo estado aunque convertido en un conventillo.

—Si no ando trascordado, allá por el año treinta i nueve estuve yo en uno de los últimos sainetes. El tablado que servía de escenario estaba al sur i a grande altura para que lo dominase toda la concurrencia, la cual se hallaba, por supuesto, al aire libre. Allí fué donde por primera vez oí hablar a la Virgen, a San José, al rey Herodes, al Ángel bueno i al Ángel malo, sin que todo esto costase más que un real a la entrada i un constipado a la salida... Pero volviendo a mi asunto de las botas... ¡Cómo! ¿Ya está sacando el reloj, amigo mío? me dijo don Silverio.

—Ya es hora de retirarme, le contesté levantándome, las once.

—¡No faltaba más! Tenemos todavía que tomar el té... I a propósito, le contaré a usted cuándo i cómo trajeron el té a Chile...

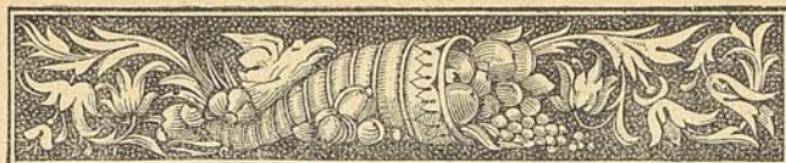
—Dispénsemme usted, don Silverio; otro día, otro día.

—Pero siquiera vamos a tomar el té, hombre; no me desaire usted.

I cojiéndome del brazo, don Silverio me llevó con toda su amabilidad al comedor, en donde, despues de mandar retirarse a la familia, porque el asunto era algo escabroso, me contó, entre sorbo i sorbo de té, lo de las botas, pero con la condicion expresa de que no habia de salir de entre nosotros.

I cumple mi palabra.





POR UN RELOJ

Uno de estos días vacíos de noticias locales me decía el editor:

- ¡Vaya que está pobre la crónica!
- Eso ya lo sabía yo.
- ¿I entonces?
- Pero si no hai nada.
- En eso está la gracia: en saber crear de la nada.
- ¿Soy yo acaso el Hacedor Supremo?
- ¿I no posee usted el precioso don que El le ha dado, el de la inventiva? Invente.
- Es que yo escribo crónica, hechos...
- Pues escriba hechos, aunque sean falsos.
- ¡Qué oigo! ¿I las resultas?
- Dale! En eso está el talento: en saber engañar.
- ¿En el *Mercurio*, en este diario respetable, voi a permis-

tirme... Lo desconozco, señor; usted me desmoraliza, señor editor.

—Al contrario, hombre; usted puede moralizar con la mentira mas escandalosa del mundo.

—No comprendo.

—¡Válgame Dios!

—I a mí tambien.

—¿No tiene usted imajinacion?

—Me parece que sí.

—Pues escriba fantasía, novela, en fin, mentiras.

—Ah! Comprendo ahora.

—Me alegro.

—Pero es el caso que yo no sirvo para las ficciones.

—Se toman de la realidad, i asunto concluido.

—¿I a dónde voi yo a buscar esas realidades?

—Iré yo...

I sin decir mas, algo disgustado dió media vuelta por la derecha i se marchó.

—Buena cosa! quedé diciendo yo para mí. ¡Qué vaya a ponerme ahora a inventar!... ¿I cómo se inventa?... Pensando sin duda... Pues pensemos.

Hinqué los codos en la mesa, dejé caer la cabeza en mis dos manos, i pensando, pensando... cuando ménos lo pensé quedéme dormido.

Un fuerte grito dado por un amigo vino pronto a despertarme bruscamente.

—Eh! ¿Así se gana la plata?

—¿Qué plata? El papel, querrás decir.

—Lo mismo da.

—Te equivocas, que hoi da mucho ménos, i en cambio piden por todo mas.

- Siempre quejándote.
- Yo no me quejo. Digo la verdad cuando se ofrece.
- ¡La verdad! La verdad es que dormías.
- Te habrá parecido... Ahhhh!! ...
- I bostezas sin embargo con unas ganas... ¿Qué hacias entonces?
- Estaba pensando.
- ¿De ese modo? ¿I en qué pensabas?
- Creo que en nada.
- Nó, eso no te lo creo. Talvez quieres ocultarme algo.
- Bien: siéntate i te contaré lo que me pasa. Has de saber que estoí en un serio compromiso.
- ¿De veras?
- Cuando te digo... Si tú pudieras sacarme... Porque a mí no se me ocurre con mi pobre imajinacion... Tú que eres rico...
- ¡A buen árbol te arrimas! Si supieras cómo me encuentro con tanta suspcion i tanto impuesto i limosnas i...
- No te alarmes, que lo que yo necesito es mas sencillo...
- Ni duro ni sencillo...
- No me interrumpas: se trata de un artículo que me piden...
- ¿Qué clase de artículo? ¿Trigo? ¿Cebada? ¿Mantequilla?...
- ¡Qué tengo yo que ver con todo eso! ¿Soy acaso negociante? Es un artículo de diario.
- ¡Acabáramos! ... ¿I de cuándo acá es para tí un compromiso escribir artículos?
- Desde hace un momento. ¿No se le ha puesto al editor que yo minta?
- ¿I eso te asusta?
- Es el caso que yo no sé inventar: carezco de fantasía, de ingenio; en fin, soy en esto muy pobre, pero pobre de solemnidad. Tú que eres rico de imajinacion...

—¿Yo rico de imajinacion? Pero aguarda un poco... Eso es; te contaré lo que acaba de pasarme.

—¿A tí?

—Sí, a mí. ¿O te figuras que a mí no me puede pasar nada?

—¡Cuánto me alegro!

—I te aseguro que es la pura verdad.

—Justamente es lo que necesito: realidades.

—Por supuesto tú lo adornarás como quieras.

—I así voi a hacer creer a mi editor que todo es obra mia, de mi exclusiva invencion. Voi, pues, a darle gusto, engañándolo, mintiéndole.

—Pero no vayas a poner mi nombre.

—Pierde cuidado; empiezo ahora mismo, que hasta se me ha ido el sueño.

—Tú me conoces bien, ¿no es verdad?

—¿I a qué viene eso ahora?

—Sabes que mi único defecto,—i perdona la modestia,—es ser uno de los amantes mas consecuentes del bello sexo, sin distincion de clases.

—I tan consecuente, que 'eso ya te ha traído mas de un compromiso... Pero, ¿me vas a referir alguna de tus aventuras amorosas?

—Ni mas ni ménos.

—¡Hum!

—Oyeme primero.

—Continúa hombre, continúa.

—Empezaba a cerrar la noche...

—¿Qué modo de principiar! Por qué no dices mejor: empezaba a abrir la noche...

— ¿Acaso la noche se abre?

— Pero si tú tambien la cierras, no hai noche. Eso es claro como la luz del dia.

— En fin, empezaba la noche...

— ¿Qué noche?

— Una de la semana pasada; no importa la fecha. Empezaba a cerrar la noche i salia yo del hotel...

— ¿Tampoco dices qué hotel?

— Pónle el nombre que quieras. Salia yo del hotel para hacer mi paseo de costumbre por el malecon despues de la comida, cuando veo salir de un almacen de la calle de Blanco una muchacha pobre pero bien tratadita, con el manto a la cabeza i llevando un envoltorio o paquete que apénas podia.

— ¡Cómo! ¿Se lo habria robado?

— Nó; luego me fijé en el almacen, i vi que era el taller militar.

— ¡Ah! ¡ah! alguna de las costureritas porque tú te desvives.

— Exactamente.

— Ya decia yo que seria costurera, porque... por la hebra se saca el ovillo.

— La calle estaba solitaria, como se encuentra siempre a esa hora. Yo traté de acercarme a la muchacha, pero ella como que me huyó el bulto. Luego se detuvo, miró a uno i otro lado, sin duda para ver si se acercaba un coche, i en seguida echó a andar resueltamente con direccion al Almendral.

Yo seguí tras ella. Me gustaba su porte i tenia curiosidad de verle la carita. Pero luego noté que ella me daba unas miradas de vez en cuando i apretaba mas el paso.

— Sin duda es una muchacha honrada, me dije; si no, al conocer mi intencion habria hecho todo lo contrario... Tambien puede ser astucia suya. ¡Son tan diablas algunas! Hágamos una prueba.

Y me volví atrás.

Ella siguió su camino como si tal cosa: no era, pues, una aventurera.

Cuando la hube perdido de vista tomé el primer coche que pasó i dije al cochero qué tirase pronto por la misma calle.

—Y si encuentras, agregué, una niña vestida de negro que lleva un gran atado, ofrécele asiento, que yo te lo pago.

—Güeno, patron, me contestó dando azotes a los caballos, que partieron al galope.

Antes de llegar, ella se había detenido e hizo señas al cochero para que parase, sin darle tiempo para hacerle el ofrecimiento.

Se acercó sin cuidado ninguno; pero al ir a subir i verme asomar para recibirla el paquete,—tú sabes que me precio de galante,—medio se sobresaltó la pobrecita.

Coloqué el paquete en uno de los asientos delanteros, i ella se sentó, en el otro, sin dignarse siquiera darme las buenas noches.

Sonó el portazo, el coche volvió a partir i—aquí te quiero escopeta—los dos quedamos solitos, enfrente el uno del otro i casi medio perdidos en la oscuridad, en esa dulce oscuridad que es solo interrumpida por los indiscretos pero fugaces resplandores que de vez en cuando van como a levantar el misterioso velo que cubre la deidad que nos hemos imaginado.

Sin embargo, yo no había podido verle todavía mas que la punta de la nariz, porque al sentarse se había rebujado bien la cabeza con su manto.

—¿Por qué no toma este otro asiento, señorita? le dije con mi peculiar e idomable galantería; al fin irá mas cómoda i ménos espuesta a la corriente de aire.

—Gracias, me contestó, pero sin moverse siquiera.

—Si usted quiere podemos cambiar de sitio. No tenga miedo.

—No es por eso, señor. ¿Por qué voi a tenerle miedo? No es usted ningun ladrón.

—En ese caso, tenga la bondad...

—Y entonces la muchacha se sentó a mi lado con toda confianza.

—Pero, no sé por qué, al oírle pronunciar la palabra *ladrón*, me acordé de mi reloj, e instintivamente llevé la mano hacia él. Sin que ella lo notase, lo desenganché i guardélo en uno de mis bolsillos de mi sobretodo. Luego reflexioné i creí que estaría más seguro en el del pantalón; pero un fuerte vuelco del coche me hizo olvidarme en ese momento de toda precaución i no pensé más en la prenda objeto de mi sobresalto,

El coche siguió meciéndonos i —¡cosa rara!—mientras más fuertes eran los zangoloteos, más dulcemente los sentía yo. ¿Creerás que llegué a desear que cada piedra se convirtiese en peñasco para saltar más?

No sé si la muchacha tendría en esos momentos los mismos deseos; lo cierto es que no se quejaba de los barquinazos, ya diese yo contra ella, o ella contra mí.

Al contrario, a veces me parecía que ella se me dejaba caer con todo el cuerpo, i entonces, no obstante las precauciones que había tomado, creía sentir una mano suave i lista aproximándose insensiblemente a mi reloj.

¡Ilusiones del miedo!

—Qué bruto soi! decía para mí ¡Imaginarme que esta pobre niña había de ser capaz de ensuciarse en tan poco! . . .

—¿Qué hora será, caballero? me dijo ella en ese momento.

—Voi a ver. . . dije dando un salto nervioso al pensar que me hablaba de hora cuando yo pensaba en los peligros de mi reloj; pero luego, acordándome de que estábamos a oscuras i que no podía ver la hora, agregué, apelando a mi memoria: serán poco más de las siete.

—Muchas gracias.

—¿Va usted muy lejos, señorita?

—Nó, señor; me queda poco camino.

— ¿Me permitirá usted hacerle compañía hasta su casa?

— Se lo agradezco muchísimo, caballero; pero no puedo aceptar ese favor.

— Lo siento en el alma, porque, francamente, no sé por qué usted me ha interesado tanto.

— Tuerce a la derecha, cochero, dijo ella en esos momentos, sin dar, al parecer, la menor importancia a mis palabras.

El cochero entró a saltos por el mal pavimento de una de las calles atravesadas del Almendral.

— Con que no quiere usted que yo ...

— He dicho, señor, que no puedo, me contestó en un tono casi tan áspero como el empedrado.

— Nada mas que hasta la puerta de la casa.

Esto pareció contrariarla mucho, porque en el acto gritó:

— ¡Pára!

El coche se detuvo, i ella, despidiéndose de mí secamente pero con finura, bajó de un salto, pasándole yo su paquete.

Iba a pagar al cochero, pero éste le dijo que ya estaba pagado.

Entonces, volviéndose a mí, me dió unas graciosas gracias que me encantaron, i echó a andar casi de carrera.

Yo asomé la cabeza por la portezuela para ver dónde entraba; pero ella seguía alejándose, i cada vez más de prisa, hasta que torció una esquina.

En esos momentos, encontrando extraña su precipitación, que parecía más bien una huida, me acuerdo de mi reloj, me toco el bolsillo del pantalón, no lo hallo, me sube como una llamada a la cabeza, salto coche abajo, echo a correr, i tras de mí el cochero, que gritaba:

— ¿No me paga, patron? ¡Patron! ¡patron! ¿qué no me paga?

Pero yo, desatentado, casi fuera de mí, no le hacia el menor caso i seguía de carrera en pos de la ladrona, que se me escapaba.

Entonces el cochero, creyendo que yo era el que me le escapaba a él, pidió auxilio al soldado del punto, que siguió tambien de carrera por la misma calle, reuniendo de paso a los curiosos.

Yo que doblo la esquina, i la muchacha del paquete que desaparece por una puerta, cuyo golpe al cerrarse alcancé a sentir.

Iba a dar mas vuelo a mi carrera, cuando me alcanza el policial i me coje de un brazo, pero yo consigo soltarme de un tiron, diciéndole:

—Lárgame! lárgame! que me llevan el reloj!

I continúo mi persecucion seguido de mis perseguidores, coche, cochero, soldados, pueblo, etc.

Al fin llego, o llegamos, a la puerta, que yo no golpeo sino que, ciego, trato de llevarme por delante.

Se abre en el acto i aparece una mujer

—Dónde!... dónde está!—esclamo yo medio ahogado por el cansancio i la emocion.

—Quién!

—La ladrona!

—¿Ladrona? ¿Qué ladrona?

—La que acaba de entrar

—Aquí no viven mas que mis señoritas, que no son nin-gunas ladronas, gracias a Dios. Se habrá equivocado.

—Nó, esta es la puerta. Pero ¿no ha entrado aquí una niña con un ...

—Yo soi, caballero, dijo ella misma presentándose a cara descubierta ... Pero ¿qué significan tanta gente i tanto albo-roto?

—Entréguemle usted mi reloj, niña, le dije por lo bajo.

—Yo! ...

—I le promento no decir nada ... O de lo contrario, aquí está la policía, que sabrá cumplir con su deber.

Un grito agudo fué toda su contestacion i cayó al suelo sin sentido.

Todos acuden en el acto a levantarla.

Se alborota toda la casa.

Los vecinos llegan en tropel i se agolpan a la entrada.

Yo, empapado en sudor con la carrera i el susto, voi a buscar mi pañuelo en el bolsillo del sobretodo i—¡oh sorpresa aterradora!—en lugar del pañuelo encuentro mi reloj, que creia ántes metido en el bolsillo del pantalon! . . .

Parecióme que me habian cojido por los cabellos, empezó a dárseme vuelta la tierra i . . . no recuerdo mas.

Cuando volví en mí me hallé tendido sobre un sofá i a mi derredor varias personas que parecian cuidarme, entre ellas la niña del accidente i del incidente con los ojos i las mejillas encendidos por el llanto.

Apénas vió que me incorporaba, me dijo con ansiedad:

—Caballero ¡por el amor de Dios! diga usted la verdad de lo ocurrido.

En el momento coordinando mis ideas, me acordé de mi reloj, me levanté i llevé la mano al bolsillo del sobretodo; pero por mas que busqué no encontré nada.

¡Que significa esto! . . . O habré soñado! . . . ¿Quién me tomó en la puerta al caer? . . . ¡Me lo han robado!

—Nó, señor, me dijo la jóven; hace poco que le ha sido encontrado a usted en su bolsillo.

—En efecto, aquí lo tenia . . . Pero ¿en dónde está?

—En poder de la policía. Le guardó el oficial, que salió no hace mucho.

—En ese caso . . .

I todo corrido me dispuse a partir.

—¿Pero usted se va? me dijo la jóven.

—Perdóneme usted.

—¿No confiesa ántes la verdad para probar mi inocencia?

—¿Qué mas prueba que el haber sido encontrado en mi bolsillo?

—Eso no basta: la policía cree—¡atroz injuria!—que para librarme de castigo, el reloj ha sido vuelto a su bolsillo mientras usted se hallaba sin sentido.

—Nó, nó, yo lo esplicaré todo. Yo he sido el atolondrado, el único culpable. De nuevo le pido a usted perdon i permiso para irme, porque estoí muerto de vergüenza.

La niña, miéntras tanto, lloraba de satisfaccion.

—He sido un bárbaro i no sé cómo reparar este daño . . .

—De la manera mas fácil, dijo el oficial que entraba en esos momentos. Usted viene conmigo.

—A dónde?

—Al cuartel. Acabo de adquirir los mejores informes: esta es una familia distinguida que ha vivido hasta en la opulencia i que la fatalidad ha puesto en esta situacion.

—Situacion—¡bárbaro de mí! que yo he venido a amargar mas todavía!

—I he sabido tambien por el cochero que usted ha venido persiguiendo a esta niña. I ahora usted se hace el robadizo . . .

—Nó, señor, dijo la jóven; acaba de confesar su falta, o su error, como un caballero: nada mas queria yo, ni creo que deba exijir mas la justicia.

I sin decir mas, la jóven nos saludó, desapareciendo por la puerta de una pieza contigua.

Salimos el oficial i yo, i por él supe luego qué familia era aquella. Tú la conoces.

—Dime su nombre.

—Jamás, respetemos la desgracia. Conténtate con haber encontrado lo que necesitabas para tu artículo.

—Nó, no sirve sin nombre

—Pónle cualquiera; ¿que no es novela?

—Es decir que son mentiras tuyas.

—No, hombre.

—A ver, mírame de frente.

—Ya ves que no me rio.

—Pero en qué quedamos? ¿Es verdad o es mentira?

---Tómalo como quieras. Lo que conviene es que te dejes de escrúpulos i escribas tu artículo, que presentarás luego a tu editor para que vea si has sabido mentir.

I dicho esto se marchó.

Escrito el artículo, compuesto i hasta compajinado, recibo esta cartita de mi amigo:

«Te suplico que no publiqueis el artículo sobre el reloj, porque temo mucho que se comente, se averigüe i descubra al fin a los actores de esas escenas».

Ya es tarde. Todo lo que hemos podido hacer es insertar la carta a fin de que impuesto el lector, nos haga el favor de no andarse con averiguaciones, ni de meterse en cosas que no le importan.





UNA VOTACION POPULAR A propósito Cómico

(Estrenado en el Teatro de la Victoria de Valparaiso el 3 de Agosto de 1879 por la Compañía Garai).

Personas

CARRION, Comandante de cuerpo cívico.
BELTRAN, sargento de id. id.
POBLETE, cabo de id. id.
FEDERICO, joven dependiente.
EDUARDO, otro dependiente.
PETA, esposa de Poblete.
FELIPITO, hijito de Peta i Poblete.
PUEBLO.

La escena pasa en Valparaiso i en nuestros días.

Acto Unico

Una encrucijada o plazoleta. — En el fondo, derecha, se supone una mesa receptora de sufrarios populares, colocada a una distancia conveniente, de manera que se sientan los murmullos del pueblo i aun se alcancen a comprender las palabras que han de decirse a su tiempo.

ESCENA PRIMERA

Comandante CARRION i sarjento BELTRAN

CARRION.—¿Ha cumplido usted mis órdenes, sarjento Beltran?

BELTRAN.—He hecho cuanto he podido mi comandante.

CARRION.—Pero ¿ha desempeñado usted bien la comision?

BELTRAN.—Sí, señor, al pié de la letra. A todos les comuniqué sus órdenes; pero . . . voi a hablarle con franqueza, mi comandante: me parece que la compañía no está toda por la lista del Gobierno.

CARRION.—¿Qué no está toda por la lista del gobierno? ¿I por cuál ha de estar? Cómo! ¿Se atreven esos pelagatos a hacerme oposición a mí, a su comandante? ¿Quiere decirme, sarjento, quiénes son los cabecillas para secarlos en el calabozo?

BELTRAN.—Pero, señor, ya usted ve que los contrarios echan a correr el oro; i es sabido que . . . (*marcando las palabras i frotándose los dedos*) en viendo *esto* los ciudadanos . . . no hai calabozo que valga.

CARRION.—¡Ahora vienen a salirmel con esa, mi sarjento! Buena la ha hecho! Es decir que nosotros no tenemos oro ni otros recursos de que poder echar mano!

BELTRAN.—Sí, yo no lo dudo; pero . . . usted me perdonará, mi comandante, i aunque me esté a mal el decirlo, yo soi un hombre de bien que no acostumbro entrar en esos manejos . . .

CARRION.—Pues hombre! Es decir que yo debo ser un pillo. Se porta usted mui bien, mi sargento. Yo y la patria le quedaremos mui agradecidos.

BELTRAN.—La patria! La patria, mi comandante, nunca nos agrada nada a nosotros los pobres. Supongo que ahora triunfe el gobierno, o la patria, que es lo mismo, ¿se acordarán de mí el gobierno ni la patria?

CARRION.—Cómo! ¿Se atreve usted a dudar de mi palabra?

BELTRAN.—¡Ai, mi comandante! Triunfe o no triunfe el gobierno, yo seguiré siendo el sargento Beltran, o el maestro Beltran, i mi comandante (a quien por lo ménos harán coronel) me mandará al calabozo el dia que le falte a una lista o que siquiera le levante los ojos... (cuando en estos días me lleva perdonadas tres listas i una guardia).

CARRION. (*Volviéndose*).—¡Qué significa esa agitacion! (*A Beltran*). Pronto volveremos a vernos, amigo Beltran; hasta juego (*Váse*).

BELTRAN.—Amigo! me ha llamado amigo! Já, já, já!

ESCENA II

BELTRAN i POBLETE, éste último achispado,
fumando un cigarrillo.

POBLETE.—Quien a solas se rie, mi sargento, de sus maldades se acuerda. Esto no lo igo yo, sino que lo ice el refran. Con que ya le puee ir diciendo al refran porqué se estaba riendo, mestrito.

BELTRAN.—Hombre! Me reia a solas porque no ando acompañado como tú. (*Empina el codo como para indicar que el cabo está ebrio*). ¿Me entiendes?

POBLETE.—Sí, ya se las entiendo, mestro Beltran. Usté yasta acostumbrao a sus indireutas commigo. Pero no le hace. Lo que yo quiero, mestro, es saber por qué se reya a solas.

BELTRAN.—Está bien claro, Poblete; porque te habia visto

asomar por aquella esquina con una tranca que apénas podía...

POBLETE.—I con esta son dos indireutas, mestro Beltran. Parece que usté ha amanecido hoy de mala. Pero... ¿me ice o no me hice por qué se estaba riendo, mestrito?

BELTRAN.—Ya te lo he dicho, hombre; no seas odioso. Andate a dormirla será mejor.

POBLETE.—Otra indireuta! I esta es muy personal; pero se la perdonó también, como me iga por qué se estaba riendo.

BELTRAN.—Me reia... porque vamos ganando la votación. ¿Me crees ahora?

POBLETE.—Cómo se lo hei de crer, pues mestrito, si eso no es cierto. ¡Ya me engañó pues! Nostoi tan rascao como usté se lo figura mi sargento.

BELTRAN.—(Sí, se conoce!)

POBLETE.—Ya se ve! ¡Como yo no vengo e la mesa! Pregúnteselo por más señas al capitán, que estaba echando tajos i reveses porque no queyan en lurna más que de los coloraos. ¡Pero si casi todos los de la compañía, mi sargento, colo-raos i más coloraos! (*Murmurlos en la mesa.*) Está la cosa que se arde, mestro Beltran! I no hai que arle güelta: la ganamos sin remedio, la ganamos sin remedio, la ganamos nosotros lo opositores.

BELTRAN.—Cómo es eso! ¿Tú, Poblete, te has vuelto opositor?

POBLETE.—Güena cosa, mi sargento! ¡Con que no lo sabía! Qué de tiempos que me hei volvió opositor! ¿Usté creó, mestro Beltran, que en este corazón no hai amor a la patria i a la libertad?

BELTRAN.—Te lo creo, hombre, te lo creo! Pero como te tenía hasta ahora por gobiernista, i el ser gobiernista no quita tampoco ser patriota i liberal!

POBLETE.—Así lo creó usté, pues, mestro, porque usté es muy güeno i muy honrado; pero lo que es el resto el partido... ¡pa qué hablar más bien!

BELTRAN.—I dime, Poblete, ¿cómo anda tu partido en honradez i patriotismo?

POBLETE.—Ah, mestrito! En mi partío andan mui derechitos los jusiles!

BELTRAN.—Mui derechitos andarán los fusiles, pero yo sé que tambien andan saltando los condoritos.

POBLETE.—Hei lo ha e ver usté, pues, mestro. Mui güeno es ser patriota, yo no igo que nó, pero no por eso ebe uno ejarse morir de hambre. ¡I pa qué? pregunte usté. Pa que esos jutres que agora nos llaman amigos, que nos *pasan la mano* (pero naa e *pasa manos*), que nos prometen este mundo i el otro, apénas se acaban las eleuciones... si te ehi visto no me acuerdo. ¡A otro perro con ese hueso, mestro Beltran!

BELTRAN.—Vamos, hablemos claro: tú te has vendido, Poblete.

POBLETE.—Poco a poco, mestro. ¡Qué es eso e vendido! Yo no me hei vendio a nadie, porque un artesano como yo no se vende así no mas. Recibir unos diez pesos por el voto, ¿eso llama usté venderse?

BELTRAN.—Pues es nada! ¡Vender la conciencia!

POBLETE.—Dale bola! Yo no hei vendio la conciensa, mestro, sino el voto, el voto solito. ¡Estoi yo pa vender mi conciensa! Gracias a Dios, toavia pueo agarrar la lesna.

BELTRAN.—Pues mira, te han pagado mal, porque mi comandante da dos cóndores (*con marcada intencion*) no por la conciencia, por supuesto, sino por el voto.

POBLETE. (*Con interes*).—¿Me lo ice e veras, mi sargento?

BELTRAN.—Como lo oyes.

POBLETE.—¡Con que es decir que los liberales me estaban engañando!

BELTRAN.—Así no mas es.

POBLETE.—Bribones! Quererme robar diez pesos! ¡I en estos tiempos! Bien me habia icho usté, mestrito, que esa jente no tiene pizca e patriotismo ni elicaeza!

BELTRAN.—Pero si aun es tiempo, aprovecha la ocasion, que mas tarde ya no se podrá votar.

POBLETE.—Ice bien, mi sargento. Agorita mesmo me voi volando a buscarlo . . . ¡Tan güeno i tan jeneroso mi comandante! ¡Si no es capaz e quearse con el trabajo e naide! (*Sale de prisa gritando*): ¡Viva mi comandante Carrion! ¡Viva el gobierno! (*Váse tras él, el sargento*).

ESCENA III

FEDERICO i EDUARDO (*que llegan juntos*).—En esos momentos se siente agitacion en la mesa i gritos de *¡Viva la oposicion! ¡Abajo el ministerio!*

EDUARDO (*con alegría*).—Nuestra causa triunfa, amigo mio. Vamos ganando léjos. Oh! este es un golpe de muerte para el gobierno.

FEDERICO.—En efecto, le será mui vergonzoso perder la votacion en un departamento tan importante como Valparaiso, a pesar de los indignos manejos que ha puesto en juego.

EDUARDO.—Así es, porque no ha perdonado medio: los empleos, las promesas de todo género, el cohecho, la amenaza, todo, todo lo ha considerado lícito. Pero inútilmente, amigo mio. La buena causa triunfa esta vez. ¿I has visto lo bien que se están portando los artesanos? ¡Hasta los empleados!

FEDERICO.—Eso de los empleados . . . no sé qué te diga, Eduardo. ¡Son tan culebras! I a fé que les hallo razon: así no mas no se da al traste con el empleo i con toda una carrera.

EDUARDO.—En esto no soi de tu opinion, Federico. El hombre que tiene dignidad jamas sacrifica sus opiniones al empleo ni a consideraciones de ningun género. Ademas, nadie les pone una pistola en el pecho para que hagan público su voto.

FEDERICO.—Pero esas cosas, Eduardo, siempre se saben. El espionaje, la adulacion tienen buen olfalto, i ¡pobre del

empleado que ha votado contra el gobierno! Este es un crimen de alta traicion, de lesa patria!

EDUARDO.—Es que todavía no tenemos conciencia de nuestros deberes de ciudadanos. Si todos los empleados supieran hacer uso de su independencia, ya seria otra la conducta de los gobiernos.

FEDERICO.—Pero desgraciadamente tenemos empleados buenos i empleados malos, i los malos sacrifican a los buenos. El hombre que no es útil, que debe su empleo al favor i no a sus méritos—i estos son muchos, por desgracia—se ve obligado, para ascender o para mantenerse en su puesto, a adular, a hacerse partidario ciego, a sacrificar uno de los derechos mas preciosos que tiene el ciudadano: la independencia de sus opiniones.

EDUARDO,—Sin embargo, esta vez los empleados se estan portando mui bien.

FEDERICO.—¡Dios te oiga, Eduardo! Esta seria una gran revolucion en nuestros hábitos políticos. ¡Los empleados haciendo oposicion al gobierno!

(Grandes murmullos i ajitacion en la mesa.—Federico i Eduardo van a salir, pero se detienen al encontrarse con Poblete que llega como una cuba, i tras él Peta con un niño en brazos, bien envuelto i llevando de la mano a Felipito).

ESCENA IV

DICHOS, POBLETE, PETA I FELIPITO

POBLETE (*dirigiéndose a Federico*).—Aquí me encontré al patron! Patroncito: ya sufragé... con el coloraito, por supuesto. I me parece que se la ganamo al Gobierno... ¡Lo llevamo a chicote borneao!

FEDERICO.—Efectivamente, amigo; i como ya no necesitamos apurarnos mucho, creo que seria bueno que usted se fuese a su casa...

EDUARDO.—Sí, porque está algo malito...

FEDERICO.—I usted sabe que los enemigos no buscan mas que pretestos para vengarse.

EDUARDO.—I ademas tendrá que trabajar mañana, i...

PETA (*adelantándose*).—Qué ha e trabajar, señor, si este hombre está entregao al vicio e la borrachera!

POBLETE (*que no habia visto a Peta*).—¡De ónde ha salido este diablo!

PETA.—Es un hombre, señor, que apénas se orea...

POBLETE.—¿Quieres callarte, mujer?

PETA.—El no piensa en el trabajo, ni en su casa, ni en su mujer, ni en sus pobres hijos...

POBLETE.—¡Malhaya sea la mujer! ¡Le mando que se calle! ¡Venirme a esacreitar!...

PETA.—Borracho sin vergüenza. (I ustedes perdonen, caballeros).

POBLETE.—No le hagan caso a esta mujer, que yo creo que viene ébrida. Se queja e puro regalona que yo la tengo. Por eso no es güeno enseñarlas a mal.

FEDERICO.—Bien, amigo, así regalonas es como todos los buenos esposos deben tener a sus mujercitas i a sus hijos. I ahora váyase con ellos sosegadito... Aproveche los diez pesos que me pidió esta mañana para llevarles pan, porque yo no se los he dado a usted por el voto, sino simplemente como una limosna.

FELIPITO (*a su madre*).—¡Diez pesos le han regalao a mi taitita!

EDUARDO.—Sí, es mejor que se retire con su esposa i sus hijos. Adios, amigo, i váyase en paz.

FEDERICO.—I tambien vámonos nosotros, Eduardo, que no es mui agradable esta escena.

ESCENA V

POBLETE, PETA, FELIPITO

PETA.—Con que te han dao diez pesos, pícaro, perdulario! . . .

POBLETE (*con ademan amenazante, empuñando la mano*).—No me venga a insultar la mujer, porque le doi un moquete. . .

FELIPITO (*aflijido e interponiéndose entre ámbos*).—Nó, taitita, por Diosito!

PETA (*encarándosele*).—Sí, pégame no mas! . . . Hásela prueba, i veris como te mando cortito a la policía.

POBLETE.—¿A mí? ¿A mí a la policía? ¡A que le doi una guantá! Mándese usté cambiar, señora. . . Volando! . . . ¿Onde se ha visto a una persona ecente, a una señora casá como usté arengueando con su mario en la calle pública.

PETA.—(Pero, Dios mio, hasta cuándo sufro a este hombre!) Mira, te lo juro, desastrao, que yo me hei de saber buscar la vida de otra suerte.

POBLETE.—¿De qué suerte?

PETA.—Ya lo verás!

POBLETE.—¿Que lo veré? Esta mujer está loca. ¡Y no hai un municipal, señor, que reglamente a las mujeres casás!

PETA.—Los municipales debian empezar por reglamentar a los hombres, inclusos los municipales.

POBLETE.—(¡Vea usté lo que es el mundo! Ejar libres las señoras casás i querer reglamentar a las niñas solteras! . . .

PETA (*metiéndole repentinamente la mano en el bolsillo*).—A ver esos diez pesos que te han dao, tunante, pa comprarles pan a tus hijos.

POBLETE (*tratando de sacarle la mano*).—Ah! grandísima diabla! ¿Eso querias tú, los diez pesos, eh?

FELIPITO (*colgándosele por el otro bolsillo*).—Sí, taitita, los diez pesos.

POBLETE.—Tú tambien, diablillo! Lárgame, muchacho!... Suéltame, mujer! Ladrones!... Ausilio!...

FELIPITO (*saltando de alegría i mostrándole la moneda*).—Aquí están, mairecita! Aquí están!

POBLETE (*siguiendo a Felipito, tambaleando, i el niño sacándole lances*).—Muchacho condenao! A tu padre venir a saltear! Agárrenlo! Atajen a ese pícaro!... (*Váse el niño por el fondo, i tras él Peta*).

ESCENA VI

DICHOS, CARRION I BELTRAN, que llegan sin apercibirse de Poblete

CARRION (*con impaciencia*).—Estos bribones son capaces de venderse por dos vasos de chicha.

POBLETE.—(No tendrá que ecirlo por mí el comandante, porque nunca hei dao mi voto por ménos de veinte reales. I si lo hai hecho, no ha sido mas que por la pura necesia).

CARRION.—Así ¿cómo podrá contarse con los pueblos? I se habla de voluntad nacional, de opinion pública i qué sé yo de cuántas otras pamplinas! Estamos perdidos, sargento Beltran. Nos han traicionado. Hasta los empleados se nos han pasado.

POBLETE (*acercándosele*).—Qué picardía, señor!... Una causa tan santa!... Pero yo no lo creo toavía. ¡Si los gobiernos no pierden nunca, mi comandante!

BELTRAN.—Lo que es esta vez...

CARRION.—Vamos, esta vez el gobierno habrá querido dejarse ganar... I este tuno... ¿has votado ya?

POBLETE.—Toavía nó: a sus órdenes, mi comandante (*Se cuadra, siempre tambaleándose, pero haciendo esfuerzos por mantenerse inmóvil*).

CARRION.—Ven acá. (*Lo lleva a un lado*). ¿Tienes ahí tu calificación?

POBLETE.—Intautita, mi comandante. Toavía no ha pecao. (¡Si aflojará los dos cóndores!) (*Saca la calificacion i empieza a desdoblartla*).

CARRION.—Está bien. Tú eres de los nuestros, ¿no es verdad?

POBLETE.—Justo mi comandante. (Pero por los veinte pesos).

CARRION.—Entóces toma este voto i vete a la mesa. En seguida puedes verte conmigo, que no quedarás mal. (*Se acerca a Beltran*).

POBLETE.—(¡Malo!) ¿Con que lo veo despues, mi comendante?

CARRION.—Sí, hombre.

POBLETE.—I ónde lo veré mi comendante.

CARRION.—Por aquí, por aquí mismo me encontrarás.

POBLETE.—(*Váse, pero se detiene a dos o tres pasos*). (¿No se me irá el comendante?)

CARRION.—Mui mal se ha portado la compañía, mi sargento; casi todos nos han sido contrarios. (*Se vuelve i ve al cabo, que está parado a alguna distancia*). ¿Qué haces, hombre? ¿Esperas que se levante la mesa?

POBLETE.—¿Con que aquí lo encontraré, mi comendante?

CARRION. (*Impaciente*).—¡Te lo he dicho ya cien veces, canasto! ¡Habrá bribon! ¡Tambien desconfia de mí!

POBLETE.—(*Echa a correr haciendo equis, pero se detiene poco ántes de desaparecer, i dice, mirando al comandante*).—¡Si perderé estos veinte pesos!

ESCENA VII

DICHOS, MÉNOS POBLETE

BELTRAN.—Señor: yo he hecho cuanto me era lícito i compatible con mi honradez. Ademas, mi carácter no me permite

sobornar a nadie, i al contrario, tengo repugnancia a todo el que vende su conciencia.

CARRION.—Déjese de tonterías, sargento Beltran. Así nunca será usted nada.

BELTRAN.—¿I qué puedo ser yo, mi comandante? ¿Me ascederán? ¿Seré oficial alguna vez?

CARRION.—Mire usted, sargento, ¿no es usted carpintero?

BELTRAN.—Por lo mismo...

CARRION.—Oiga, sargento Beltran, ¿no es usted carpintero? Pues bien: el Gobierno tambien suele emprender obras de carpintería, i es mui justo que prefiera a sus amigos i no a sus enemigos.

BELTRAN.—Eso se dice ahora, señor, pero despues... que vengan los extranjeros, dice el Gobierno, porque los hijos del pais son mui trapalones. I en la mejor se la pegan tambien los extranjeros.

CARRION.—Tiene usted mucha razon, mi sargento, i la prueba es que el mismo Gobierno se está desengañando con ellos. Yo le prometo que no se olvidará de los hijos del pais. (*Golpeándole el hombro*). De usted sobre todo; yo lo recomendaré al Ministro, que es un buen amigo.

BELTRAN.—Muchas gracias, mi comandante. Pero si yo llegara a aceptar alguno de esos trabajitos... seria legalmente... porque no quiero que se diga... Ya usted sabe lo que es la gente de habladura...

CARRION.—(Hipócrita!) Qué ha de decirse, hombre! Usted es un partidario de conviccion, un hombre honrado: (I la tragó con toda su honradez).

(Murmurlos extraordinarios i agitacion en la mesa. Gritos de *¡¡fuera ese borracho, fuera!!*—*¡Es un vendido!*—*¡¡A la cárcel con ese gandul!!*—*¡Si! ¡que ha venido a votar dos veces!*—Carrion i Beltran acuden i se encuentran con Poblete que llega jadeante i despavorido, sin sombrero i la manta rota, huyendo de una parte del pueblo que lo persigue, pero

que se detiene al ver al comandante Carrion i al sargento Beltran).

ESCENA VIII

DICHOS, POBLETE I PUEBLO

CARRION.—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido? Dejen ustedes a ese hombre. Yo me encargo de él. (*El pueblo se retira*).

BELTRAN.—¿Por qué te persiguen, hombre? ¿Has hecho alguna barbaridad?

POBLETE.—(*Acezando i pronunciando palabras entre cortadas*). Nada... nada, mi comendante... Juí a la mesa... saqué... mi... calificacion... la entregué; pero... toavia... no la había abierto... cuando esos pícaros... empezaron a gritar... «¡Fuera ese borracho!... Vendido! Facineroso!... i hasta ladron me han dicho!... ¡A mí ladron!! Brrr...

CARRION.—Pero ¿por qué te han dicho eso? ¿No iba en regla tu calificacion?

POBLETE.—Justo! Pero decían que yo me había vendido... i que había votado dos veces...

BELTRAN.—Pero ¿es cierto que has ido a votar dos veces?

POBLETE.—Falso!... i mui falso!... yo no había ido a votar... mas que una... una sola vez... Con esta última sí que eran las dos.

CARRION.—Bárbaro! ¡De buena te has escapado!

BELTRAN.—I merecías haber ido a la cárcel.

POBLETE.—Güena cosa!... ¿Que no iba agora a votar por el gobierno? Si lo hubieran hecho en la otra, que voté por la oposición... toavia... Pero agora ha sido una picardía i naa mas.

CARRION.—Pero ¿cómo te has atrevido, estúpido, a faltar tan descaradamente a la lei?

POBLETE.—Yo no hai faltao a ninguna lei, mi comendante; al contrario, esta es una trampa legal i naa mas.

BELTRAN.—¡Qué cosa buena puede hacer un borracho!

POBLETE.—¿Yo borracho, mestro Beltran? ¿Ya empezamos con las indireutas? ... Es cierto que hei echao mi tragoito; no igo que nó; pero estoí un poquito alegre ... i naa mas ...

BELTRAN.—Sí, mui alegre, i del susto casi se te ha pasado la borrachera.

POBLETE.—Este mi comendante no mas tiene la culpa! Bien no queria ir, pero como no pueo hacerme rogar, porque yo soi así... (*I estira la mano para demostrar su larguezza*).

CARRION.—¡Me gusta la desfachatez!

POBLETE.—Pero no está too perdido, mi comandante; toavia pueo ir a votar.

CARRION.—¿Estás loco hombre?

POBLETE.—A lotra parroquia, pues mi comendante. (*Llevándose la mano a la cabeza*). Como me den mi sombrero, que me han robao esos pícaros ... ¡I me llamaban ladrón! ... ¿Qué ice, pues? ... (*Cómo pierdo estos veinte pesos!... I Filipito que me ha ejao sin cristo*). (*Cuadrándose ante Carrion*). A sus órdenes, mi comendante.

CARRION.—Nó, no te necesito, véte con Dios. Estás mui ebrio.

BELTRAN.—Hace rato que te aconsejé fueras a dormirla; i es lo mejor que puedes hacer ahora si no quieres ir a parar a la policía.

POBLETE.—Güen dar! Con que despues que me han pegao, me han corrió, me han robao el sombrero, ¿toavía tendrían valor de pasarme *pa entro*?

(Se siente mucha agitacion en la mesa, que se ha levantado.—Se oye decir dentro las palabras siguientes:—*Al escrutinio! al escrutinio! Viva la oposicion! Vivaaa!*—Se sienten cohetes i gritería jeneral).

CARRION. (Furioso i saliendo).—¡Cómo es eso! ¿Están quemando cohetes? ¡I qué hacen los pacos que no les sacan la multa?

BELTRAN.—No les haga caso, mi comandante. (Váse tambien).

POBLETE.—(El choreo es libre).

ESCENA IX

POBLETE, FEDERICO I EDUARDO, mui alegres.

FEDERICO.—¿Aun andas por aquí, hombre? . . . I sin sombrero.

EDUARDO.—¿Te has vuelto loco?

POBLETE.—Nó, señor, es que . . . me han robao.

FEDERICO.—¿Qué te ha sucedido?

POBLETE.—Ya se lo hei dicho a usted, patron: me han salteao!

FEDERICO.—¿A estas horas, i en la calle pública?

POBLETE.—Ya se vé! ¡Cómo hoi no se roba de dia claro! . . . Andan unos linces! . . .

EDUARDO.—Pobre hombre!

FEDERICO.—Pero ¿cómo te han salteado? ¿Estabas durmiendo?

POBLETE.—Ha e saber usted, señor, que en mal hora me juí a meter (*Se sienten murmullos en la mesa*) entre esa jente que está alborotá . . . i ¿no me alboroto yo tamien? Me saco el sombrero i lo tiro pa riba . . . i adios casero! . . .

Entónce les dije que eran unos pícaros, unos ladrones . . . ¡¡i me han seguiio, señor!! que si no es por el comandante Carrion, que me sirvió de ángel de la guardia, a estas horas el pobre Poblete estaria como un Santo Cristo . . . Pero golviendo a otra cosa, señor, parece que hemos triunfao al fin; i dicen que agora ya no vendrá mas obra hecha del estranjero i que los artesanos del país vamos a hacer toitito el trabajo.

FEDERICO.—¿Quién te ha dicho eso, hombre?

POBLETE.—A mí me lo ha dicho el sargento Beltran, que se lo contó el capitán, porque a él se lo dijo el comandante Carrion, que se lo mandó decir el ministro e la destrucción pública.

FEDERICO.—Ah, bárbaro!

POBLETE.—Cómo ha de ser bárbaro el ministro, señor.

(Federico i Eduardo empiezan a pasearse lentamente. Se les agrega Poblete).

FEDERICO.—¿A qué hora sabremos el resultado del escrutinio?

POBLETE.—Luequito ha de llegar el escrutinio, señor, porque hace ya mucho tiempo que lo están arreglando. I dégame, señor: de esta hecha a usted lo harán gobernador por lo menos.

FEDERICO.—Hombre, yo no seré nada, porque no trabajo por interes; yo no pertenezco al número de los logreros.

POBLETE.—Eso lo dice usted, pues patroncito; pero quién sabe si su corazón dirá otra cosa.

EDUARDO.—(El tal Poblete es un pillo . . .)

(Gran agitación afuera: se sienten gritos de *¡Viva el ministerio!* Van a salir Federico, Eduardo i Poblete, i se encuentran con Carrion i Beltran, que llegan muy alegres).

ESCENA X

DICHOS, CARRION I BELTRAN

CARRION.—¡Hemos triunfado! ¡Qué chasco tan solemne se han llevado!

BELTRAN.—¡Se les volvió la tortilla!

FEDERICO.—¿Cómo es eso?

CARRION.—Que la victoria es nuestra.

FEDERICO.—Imposible.

CARRION.—Ha habido un engaño, i de aquí el error en que todos estamos.

POBLETE.—Si ya lo ecia: los gobiernos no piarden nunca.

FEDERICO.—Pero no puede ser, comandante; a usted lo han engañado.

CARRION.—Así será, pues, si usted no lo quiere creer. (*Se repiten las aclamaciones de «¡Viva el ministerio!» i gritos de mucha gente.*) ¿Oye usted?

POBLETE (*a Eduardo*).—¡Nos fregamos!

EDUARDO.—Quita allá! (*i lo empuja*).

FEDERICO.—Pero cómo ha sido ese engaño . . .

CARRION.—Mui sencillo: que los empleados i muchos otros que querian votar por el gobierno i quedar bien a la vez con la oposicion, han sufragado con votos colorados, imitando los de los contrarios; i como ustedes contaban todos esos votos como suyos, de aquí el error.

FEDERICO.—¡Qué tal, Eduardo! ¿Tenia yo razon?

POBLETE.—Sí tenia mucha razon. ¡Viva el gobierno! ¡Viva mi comandante Carrion! Viva!!

(Vánse Federico i Eduardo, i al mismo tiempo llega el pueblo dando *vivas* al gobierno i al comandante Carrion.—Entre el pueblo viene Peta con sus niños).

ESCENA XI

DICHOS I PUEBLO, PETA I NIÑOS.

CARRION.—Gracias, ciudadanos, gracias. Pero mucho orden... orden! orden!

POBLETE.—¿No se abre la pipa mi comandante?

CARRION.—Bien, muchachos, se abrirá: quedan invitados. iremos al café mas inmediato.

UNA VOZ.—Al Chaperon, mi comandante!

OTRA VOZ.—Nó! nó! A la Botica e Briseño!

TODOS,—Sí, sí! ¡A la botica! ¡A la Botica!

POBLETE.—Yo soi de opinion que vamos a lo e los Trigueros.

—TODOS.—¡Sí, onde los Trigueros!

CARRION.—Pues allá, muchachos!

(Se pone en marcha la comitiva con Carrion en el centro.— Poblete, que va a seguir a los demas, es detenido por Peta, que lo coje de la manta).

PETA.—¿Con que onde los Trigueros, i con esa traza? ¡A tu casa demonio!

POBLETE.—Pero, mujer! ¿No me ejais ir a echar un vasito e chicha... pa no perderlo too...

PETA.—Nó, nó.

POBLETE.—Entónces éjame siquiera espeirme e los amigos.
(Se adelanta i se dirige al público, sacando la calificacion). ¿No hai alguno por hei que me la quiera comprar... pa las votaciones venideras?... Allí veo un ajente... Lueguitito voi: espéreme allá ajuerita. *(Corre seguido de su mujer e hijo).*

CAE EL TELON.

FIN DEL 2.^o TOMO

LA
TIA PEPA

LA MEJOR
Encyclopedia del Hogar



LA GRAN OBRA

DE

— Cocina Moderna —



EXITO COLOSAL \$ 2.50

LIBREROS 20 POR CIENTO





ÍNDICE

	PÁJS.
El Diezinueve de Setiembre	3
Un convidado convida a ciento.	61
Las Cocineras	87
Los Banquetes	98
La Procesion de San Pedro.	111
En las Estaciones.	136
¡Qué Tiempos. Qué tiempos aquéllos!	152
Por un Reloj	164
Una Votacion Popular	176

EN PRENSA

LOS

Grandiosos Episodios Nacionales

DEL

PRÍNCIPE DE NUESTROS NOVELISTAS

Liborio Brieba

TITULADOS

LOS TALAVERAS



Las Narraciones Históricas

DE

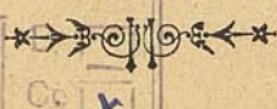
Don MIGUEL LUIS AMUNATEGUI

BIBLIOTECA NACIONAL

DEPTO. CENTRO NAC. DE PROCESOS TECNICOS

DL

17 AGO. 1987



Ca

C. X

